



R-55.356

~~5-7-9~~

5

~~7285~~

Al distinguido médico del Sr. Cardenal P. Cefel
D. Luis Ferrero
vino, dedica este pequeño recuerdo, como prueba
de agradecimiento y fina amistad:

M. Antof
D. S.

EL ESPIRITISMO Y EL HIPNOTISMO.

BT

1517

1

TIT 146118
C1193377

R. 121506

EL ESPIRITISMO Y EL HIPNOTISMO.

REALIDAD DE SUS FENÓMENOS. SUS
CAUSAS. SUS EFECTOS.

POR EL

M. R. P. FR. JUAN VILÁ,
DOMINICO,

DR. EN TEOLOGÍA Y FILOSOFÍA, CATEDRÁTICO DE PRIMA
DEL COLEGIO DE SANTO TOMÁS DE AVILA.

~~~~~  
CON LAS DEBIDAS LICENCIAS.  
~~~~~



PALENCIA:

Imp. de Santo Domingo, á cargo de Juan Guerra, T. D.
Calle del Arco, núm. 10.
1888.

Avilates.

Comandante

[Signature]

No. 914

ES PROPIEDAD DEL COLEGIO DE SANTO TOMÁS DE AVILA.

PRÓLOGO.

Háse dicho repetidas veces por sabios de gran talla, y últimamente por nuestro Santísimo Padre el actual Pontífice León XIII, que uno de los méritos especiales de las obras imperecederas del Doctor de Aquino es hallarse en ellas refutados no sólo los errores todos que contra la revelación y la sana filosofía aparecieron antes del siglo XIII, sino que en las mismas se encuentra un arsenal completo para rebatir todas las heregías y monstruosidades que con el andar de los tiempos puedan de nuevo surgir y oscurecer el horizonte sereno de la Iglesia Católica y de la razón ilustrada por la fe divina (1).

He aquí, lector benévolo, el objeto principal de

(1) Encíclica «Æterni Patris» del 4 de Agosto de 1879. He aquí sus palabras textuales: «A lo cual se allega que el angélico Doctor abarcó las conclusiones filosóficas en las razones y principios que por su considerable latitud contienen dentro de sí la semilla de innumerables verdades, desarrollada oportunamente con fruto muy abundante por los maestros que vinieron después. Y como asimismo se sirvió de este método en la refutación de los errores, alcanzó por aquí debelar él sólo todos los de los tiempos anteriores, y proporcionar armas incontrastables con que expugnar y destruir los que sucesivamente habían de nacer en adelante.»

este pequeño é insignificante trabajo científico: probarte que en la Suma Teológica de Santo Tomás y en los demás escritos que de su pluma inspirada salieron á luz, para bien de la humanidad y del Catolicismo, se halla la refutación más completa que desearse pueda de los dos errores tan en boga en nuestros días, el Espiritismo y el Hipnotismo, cuya aparición ha excitado grandemente la curiosidad y el deseo de novedades tan propio de nuestra sociedad por demás superficial y amante de grandes impresiones. Para engañar con más facilidad á los incautos, hánse cubierto con el ropaje deslumbrador de la ciencia y han encontrado en la medicina su más constante y firme apoyo, pretendiendo, el hipnotismo especialmente, ser un poderoso auxiliar de la cirugía y un excelente medio terapéutico para curar las enfermedades, sobre todo las llamadas neuropáticas, tormento hasta hoy y, con frecuencia, descrédito y desprestigio de los más afamados discípulos de Hipócrates y Galeno.

Teólogos y publicistas ilustres, como el P. Franco y el Dr. Meric, han tratado ya de un modo magistral de quitar la máscara á estas dos manifestaciones de la magia moderna, y presentarlas al público ilustrado en toda su desnudez, y evidenciar cuáles son los móviles y cuál el objetivo que se proponen los propagadores de esta nueva fase de la ciencia materialista de nuestros infortunados días. Pero ambos autores han escrito en su idioma respectivo sus ilustradas disquisiciones; y por esmeradas que sean las traducciones que de sus escritos se han publicado en nuestra patria, no pueden menos de resentirse de lo que es propio é inherente á toda versión á una lengua que no es la del autor.

Nuestra desgraciada España no se ha mostrado indiferente al ruido que en las naciones vecinas han causado los portentos del Espiritismo é Hipnotismo, y en la actualidad se están dando en la capital del principado de Cataluña públicas sesiones de este último, anunciándose por carteles fijados en las esquinas los días y teatros en que deben tener lugar y los actores que en semejantes representaciones han de tomar parte activa. A principios de este año fueron muy sonadas, con escándalo del pueblo fiel y creyente, unas veladas que en la Corte dió el médico hypnotista Sr. Das. Apesar de todo lo cual no tenemos noticia de que se haya publicado, fuera de las traducciones dichas, en nuestro nativo idioma, en la hermosa lengua de Cervantes, y por autor español, ningún libro que desentrañando la malicia y el veneno encubierto en esa llamada conquista de la ciencia médica, ponga de manifiesto lo insostenible de esas hipótesis absurdas en el terreno filosófico, y los peligros gravísimos en el orden físico y moral, que de la práctica del hipnotismo están llamados á reportar los individuos, la sociedad, la moral y las creencias católicas. Dos ilustres prelados españoles (1), han dado, es verdad, la voz de alerta á sus fieles hijos, poniéndoles ante la vista el riesgo inminente que corren su fe y su conciencia, sino se abstienen de semejantes prácticas; pero estas pastorales, escritas con un gran criterio teológico-moral-social y con una erudición envidiable, difícilmente se introducen en el hogar doméstico y tienen necesariamente un círculo de lectores harto re-

(1) Los Excmos. é Ilmos. Señores Obispos de Madrid-Alcalá y de Barcelona.

ducido por la índole misma de esta clase de trabajos.

Un folleto de propaganda, al alcance de todas las fortunas, es el llamado á llenar este vacío que en nuestra amada patria se experimenta.

Amante como el que más de la felicidad material y moral de mi patria, en un tiempo la primera entre las potencias católicas por la pureza de su doctrina, y entusiasta por las enseñanzas del Patrono Universal de las Escuelas Católicas, héme determinado, querido lector, á poner en tus manos este librito, cuyo mérito único es el ser un traslado, creo que fiel, de las sábias doctrinas del Angélico Maestro sobre estos asuntos; para que veas á donde te llevan los que tanto ponderan las maravillas de estos nuevos engendros del abismo, y retrocedas espantado ante la perspectiva horrible de la sima que á tus piés se abre con la práctica y ejercicio de estos medios inventados para tu mal, abusando á sabiendas sus patrocinadores de tu sencillez y buena fe, y reprobados por la Iglesia, madre solícita que vela sin cesar para precaver á sus hijos de cualquier peligro que vea les puede sobrevenir, así en el orden natural como en el espiritual.

Ahí tienes expuestos, católico lector, los móviles que me han impulsado á dedicarte este pequeño folleto, falto de estilo y de formas literarias, pero escrito con el lenguaje sencillo y persuasivo de la verdad, de cuya pacífica é indisputable posesión disfrutan los escritos de Santo Tomás, de quien ha dicho el sabio Pontífice reinante: «que ni la razón, elevada en alas del Doctor Angélico hasta la cumbre del humano saber, apenas puede elevarse ya á más sublime altura, ni á la fe le es dado obtener más eficaces y nume-

rosos auxilios, que los que obtuvo, gracias á Santo Tomás.» (1).

En estas fuentes purísimas he bebido las doctrinas expuestas en este insignificante trabajo, y en sus escritos me he inspirado para demostrarte la falsedad y heterodoxia de las enseñanzas propaladas por los espiritistas é hipnotistas, como lo verás á cada paso en los múltiples textos del Santo Doctor intercalados en esta obrita, los que transcribo íntegros, ya para que te aficiones á sus obras llenas de sabiduría y de una sobriedad admirable en el lenguaje, ya para suplir la falta que de sus voluminosas obras pueda experimentar el lector menos acomodado.

Si consigo arrancar de las garras del error una sola víctima; si logro que uno sólo de mis lectores se aficione, con este trabajito, más y más á las enseñanzas del Angélico Maestro, daré por coronada mi obra y por más que suficientemente remuneradas mis horas de estudio, mis afanes y fatigas.

EL AUTOR.

(1) Encíclica antes citada.



EL ESPIRITISMO Y EL HIPNOTISMO.

REALIDAD DE SUS FENÓMENOS. SUS CAUSAS.
SUS EFECTOS.

I.

INTRODUCCIÓN.

HÁSE observado en todos tiempos y en todos los países una tendencia marcada hacia el fanatismo y la superstición. Es este un hecho confirmado plenamente en las elocuentes páginas de la historia, así antigua como moderna. Una de las causas de este fenómeno hay que buscarla en el encono y odio inveterado profesado por los espíritus malos á la Divinidad, contra la cual se rebelaron en el empíreo y de donde fueron lanzados ignominiosamente en justo castigo de su insubordinación y orgullo desmesurado. Desde entonces el abismo declaró guerra sin tregua á los intereses de Dios, y ha insistido en su vano empeño y loca pretensión de usurpar los derechos inherentes á la Divinidad, y ha procurado por todos los medios que

los hombres le rindiesen el culto debido á el Hacedor Supremo (1).

Hubo un tiempo en que la inmensa mayoría de los pueblos y de las naciones, así las civilizadas como las sumidas en la más degradante barbarie, le estaba completamente sujeta y le ofrecía la sangre palpitante de las víctimas y el suave perfume del incienso, le dedicaba templos suntuosos y consagraba y deputaba para las ceremonias de su culto sacerdotes, augures, pontífices, sibilas y pitonisas. Hasta que vino Jesucristo á romper las cadenas, bajo las cuales gemía la mísera humanidad, y á destruir el reinado de Satanás sobre las almas, éste se enseñoreó ufano sobre el linaje de Adán y le hizo tributario suyo, exigiendo de él oraciones, sacrificios, y los honores en fin de la Divinidad.

Pero desde que apareció sobre la tierra el *Deseado de las gentes*, el poder del ángel de las tinieblas fué coartado y su imperio y dominación sobre las almas fué en progresión descendente, viéndosele de día en día perder terreno, y en la dura precisión de abandonar las naciones que iban abriendo los ojos á la luz esplendorosa de la revelación y de la civilización verdadera, para refugiarse en los antros tenebrosos de los montes entre la gente salvaje, privada todavía de la antorcha radiante de la fe católica. Este es un hecho incontestable, una verdad comunmente admitida y un fenómeno observado por todos los historiadores.

El catolicismo, según esto, fué desde su principio el más

(1) Hasta del mismo Jesucristo exigió la adoración, cuando le tentó en el desierto. Bien es verdad que entonces no conocía que aquel hombre fuera Dios. «*Haec omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me,*» dijo á Jesús el espíritu de soberbia Math. 4. v. 9.

encarnizado antagonista de la idolatría, de la superstición, de la magia y del fanatismo; pues todas estas diversas fases del error pueden considerarse como otros tantos conatos con que el padre de la mentira ha pretendido en todo tiempo hacerse adorar de los hombres. Constantemente se ha notado que, donde quiera que las creencias católicas se han conservado intactas y puras, no han podido fijar su planta inmunda ni tomar carta de naturaleza por mucho tiempo ni la magia ni la superstición (1), al paso que en las naciones en las que se ha dejado enfriar el fervor católico y se han alterado las creencias de la Iglesia, se han multiplicado los crédulos, los fanáticos y la gente supersticiosa con una rapidez extraordinaria. ¡Con cuánta razón dijo Chateaubriand, *que las cavernas de los hechiceros se abren, cuando se cierran los templos del Señor!*

Esto nos da la razón y nos explica la verdadera causa del incremento que en el corto espacio de un siglo han tomado el magnetismo, el sonambulismo, el espiritismo y el hipnotismo de nuestros días, propagándose con una velocidad

(1) Nótese de paso que una de las naciones que más rehácia se ha mostrado en entrar de lleno por las teorías del magnetismo, del espiritismo y del hipnotismo, ha sido nuestra católica nación, el país clásico del Cristianismo, donde los sectarios y sacerdotes de estos absurdos sistemas no han logrado aclimatarlos hasta que, por desdicha nuestra, se han socavado las bases sólidas en las que descansaba nuestra legislación, echando por tierra una de nuestras leyes fundamentales, envidia de las demás naciones. En España puede decirse que no se importó, á lo ménos de una manera pública, el error que combatimos, hasta que sobrevinieron los trastornos religiosos y sociales que de algún tiempo acá lamenta todo buen español; la razón de este fenómeno hay que buscarla en que la España era la nación católica por excelencia.

prodigiosa entre las naciones tenidas por algunos como las más cultas y civilizadas (1), reclutando un sinnúmero de prosélitos entre los hijos de la impiedad y de la duda, cautivando á millares de personas de todas las clases de la sociedad moderna y causando en ellas extragos indecibles. ¡Quién lo creyera! ¡En pleno siglo diez y nueve... en el siglo del *progreso*, y de los adelantos, y de las luces... en el siglo en fin de la incredulidad y del escepticismo... se han hecho de moda la nigromancia, el comercio con el demonio, los encantamientos, las adivinaciones, las brujerías, en una palabra, que tanto hicieron reir á los filósofos de la última centuria! Porque, apesar de haber cubierto con manto de aparatosa ciencia y haber dado un tinte filosófico y racionalista á todas estas manifestaciones diabólicas, en el fondo han permanecido las mismas que en la pseudo-teurgia de los pasados siglos; puesto que su naturaleza en nada se alteró. ¡Aquellos mismos que ayer negaban la verdad de los milagros, creen hoy á ciegas los prodigios del espiritismo y del hipno-

(1) En los países protestantes es donde ha encontrado más eco y ha afiliado mayor número de prosélitos esta nueva manifestación del error. Los Estados Unidos en primer término, (*la república modelo*, al decir de los demagogos de nuestros días), la Alemania, la Gran Bretaña, Suiza, Italia y Francia, naciones que hace tiempo se divorciaron en todo ó en parte de la Iglesia Católica, son cabalmente las que cuentan mayor suma de espiritistas llegando en alguna de ellas á una cifra incalculable. A más de 500.000 ascedian en América los espiritistas en el año 1854, según dice el P. Perrone, que toma estos datos del cé-Matignón; y Bizouard afirma que en 1852 se contaban tan sólo en la ciudad de New York unos 52.000 afiliados en esa nueva superstición. Bizouard. *Rapports de l'homme avec le Démon* tom. 6, pag. 146.

tismo: aquellos que se reían hace poco de las profecías, dan ahora entero crédito á las predicciones y revelaciones hechas, por lo que en lenguaje espiritista se llama *medium*, ó por un hipnotizador: aquellos que sólo admitían años atrás la existencia de la materia, salen en nuestros días de una sesión magnética enteramente convencidos y confiados de haber conversado largo rato con el *espíritu* de sus padres, amigos ó allegados, con quienes les pusiera en relación un miserable embaucador!

Pero, dejándonos de exclamaciones estériles y haciendo caso omiso de las contradicciones en que á cada paso incurre nuestro siglo descreído y el más crédulo á la vez, pasemos ya á examinar los fenómenos observados comunmente en el espiritismo y en el hipnotismo, su hijo legítimo, cuáles son sus causas y cuáles los efectos que produce; á fin de que, vista la monstruosidad de este error y aterrizados los ánimos con los graves trastornos que en el individuo lo mismo que en la sociedad está causando, retrocedan espantados ante tan terrorífico espectáculo y ante el abismo profundo que se abre á sus piés, los que miserablemente engañados se hubieren iniciado en estos misterios tenebrosos, y sepan á qué atenderse aquellos á quienes con semejantes adelantos se pretenda alucinar.

A fin de precaver á los hijos de este suelo privilegiado, amamantados al calor benéfico de la verdadera Religión, de estos engendros monstruosos, salidos de lo profundo del averno, voy á presentar en toda su desnudez la horrible fealdad del espiritismo y de sus múltiples manifestaciones, y los desastrosos resultados que de él se siguen, y que más de una vez han alarmado al Gobierno de los Estados-Unidos.

(1), donde existen en mayor número los *mediums*, las mesas giratorias y los consultores de tripodes, bancos y veladores.

(1) Véase lo que á este propósito dice una revista que vé la luz pública en España. «Llegaron á ser en los Estados Unidos de la América tan públicos los hechos, tan profunda la preocupación que causaban, tan general la exaltación de los ánimos, que eran raras las personas que no consultaban todas sus cosas á los espíritus, muy pocas las casas que no estaban infestadas de hechizos y brujerías, y contadas las familias que no padecían funestas consecuencias de la influencia diabólica. Entregáronse muchos á la superstición; espantáronse los demás; nadie pudo negar lo que sucedía á vista de todos: todos pusieron los ojos en el Parlamento, deseando que con alguna medida atajase aquel tan nuevo y extraordinario peligro. Inspirados por la gravedad de las circunstancias, movidos por la opinión general, en presencia y con aplauso de todos, reuniéronse los más conocedores y expertos, y dirigieron á las honradas Cámaras del Congreso federal una exposición, refiriendo la suma de los hechos que pasaban delante de todos, suplicándole que nombrase una comisión científica que los estudiase y votase los recursos necesarios, para que se hiciesen todas las investigaciones convenientes... El Parlamento no tomó á broma el suceso; al contrario, movido por el clamor general, la evidencia de los hechos y lo desastroso de sus efectos, se apresuró á nombrar la comisión solicitada.» Tomo 4.º de la «Civilización» págs. 117 y 118.



II.

VARIEDAD Y CLASIFICACIÓN DE LOS FENÓMENOS ESPIRITISTAS.

A dos clases reduce el erudito autor de las «Prelecciones teológicas» los fenómenos observados en el espiritismo, los cuales subdivide después en varias especies. Unos fenómenos, dice, son meramente *mecánicos* y los otros son además *significativos* ó encaminados á indicar alguna cosa. Entre los meramente mecánicos pueden contarse las cuatro especies enumeradas por algunos ciudadanos del Norte de América en el documento presentado sobre este particular al Congreso el año 1853 (1), del cual acabo de hacer mención en la nota anterior, y son: a) los *mecánicos* propiamente dichos y en todo el rigor de la palabra, cuales son la rotación de mesas, la elevación y traslación de sillas, veladores y otros muebles, martillazos, bailes, danzas y suspensión de cuerpos graves cargados de enormes pesos contra las leyes de la gravedad y del equilibrio: b) *fenómenos luminosos*, á los que pueden reducirse el resplandor y claridad de varias

(1) Dicho documento vió la luz pública por primera vez en Europa en las columnas de un periódico francés, titulado *L'Ami de la Religión*, el día 24 de Enero, de 1854.

formas y colores que iluminan de repente una sala oscura, donde no se encuentra ningún cuerpo luminoso, ni instrumento alguno capaz de producir la electricidad ó la combustión: c) *fenómenos acústicos*, tales como los ruidos y sonidos, chasquidos, gritos, cantos, músicas, truenos espantosos, silbidos de un viento huracanado, estando la atmósfera tranquila y serena, conmociones de edificios producidas por un disparo que asemeja al del cañón, instrumentos músicos que por sí solos ejecutan con una afinación y armonía sorprendentes, piezas de Bellini; Donizetti y otros consumados maestros, ó acompañan el canto de los asistentes á las sesiones espiritistas con una precisión admirable, ó bien se dejan oír afinadísimos conciertos sin instrumento músico del que procedan (1): d) *fenómenos*, en fin, *fisiológicos*, (2) entre los cuales se cuentan la interrupción de las sensaciones y trasposición de los sentidos, como la visión por el occipucio ó por el epigastrio, el detener la circulación de la sangre y suspender la respiración muchas horas, y aún días, volviendo después á su estado normal unas veces, y causando otras trastornos mentales, muertes repentinas y enfermedades incurables, el dejar los cuerpos yertos con el frío y rigidez de la muerte y mantenerlos inmóviles como troncos en posturas imposibles, atendidas las leyes de la Estática, las parálisis, catalepsias, convulsiones violentísimas, hincha-

(1) Véase á de Pailloux en la obra titulada «*Le Magné-tisme*», *entreten. V.* en donde se citan muchos otros experimentos sacados de las obras de «*La Magia en el siglo diez y nueve*» de Mirville y Des Mousseaux.

(2) Esta clase de fenómenos se produce de igual manera por el hipnotismo, que según se practica comunmente en el día, no es otra cosa que una rama del espiritismo.

zones monstruosas, espasmos dolorosísimos y otras análogas manifestaciones (1).

(1) «La Civiltà Cattolica» en el tomo 4.º serie 3.ª pág. 145, refiere una multitud de casos verdaderamente admirables sobre cada una de estas especies de fenómenos. Pero, para mayor confirmación de los hechos aducidos, vamos á transcribir aquí un párrafo de la obra *Des Rapports de l'home avec le Démon* escrita por Mr. Bizouard, que ha tratado esta materia con mucha difusión y acierto. Dice así el citado Autor: «Le courrier des Etats-Unis du 18 juin 1852 contient une lettre datée de Saint-Luis, dans laquelle on raconte que les demoiselles Fox ont comparu dans l'amphithéâtre de l'Ecole de médecine de l'université de Missouri devant cinq à six cent personnes. La réunion était présidée par un ancien maire de la ville opposé á la doctrine nouvelle. Ces demoiselles furent placées sur la table de dissection, de manière á ce que le moindre de leurs mouvements ne put échapper á personne. L'assemblée muette dans son attente les contemplait. Un dialogue par *oui* et *non* s'est alors établi entre le doyen de la faculté et les esprits qui ont répondu fort á propos aux questions scientifiques par de légers coups de marteau.. Les demoiselles Fox étant isolées ensuite sur de tabourets de verre, les bruits ont continué, et on a vu que le galvanisme et le magnetisme terrestre n'y était pour rien. M. le doyen, vieux materialiste, á déclaré qu'il croyait á la présence des esprits.»

«Un pasteur potestant, M. Hammoud, raconte ce qu'il a vu chez les demoiselles Fox. A peine assis, on entendit des bruits qui augmentéren de rapidité, et d'intensité jusqu' á ce que la salle entière fut agitée d'un tremblement»...

«Ayant tous les mains posées sur la table, celle-ci s'eleva en l'air: voulant la retenir, ellers' échappa, et fut transportée á une distance de six pieds. Il n'y avait ni fil ni corde pour la trainer; la table revint. La famille Fox entonna le chant des esprits, et cette table battait la mesure; une main transparente se présenta devant le visage: du pasteur, une main tres-froide, s'appliqua sur son visage: il sentit plusieurs coups sur le genou gauche, et les epaules, sa chaise fut entraînée avec lui. Un morceau du carton parcourut la chambre en tous sens..., un sofa dansa violenment, etc.» Bizouard, obra cit., t. VI, págs. 147 y 148.

Los otros fenómenos producidos por el espiritismo son lo que hemos denominado antes *significativos*; estos se subdividen á su vez en varias especies según los diversos medios adoptados por los agentes del espiritismo para darse á entender; porque, a) á veces los espíritus por medio de golpes convencionales responden á las preguntas ó cuestiones que se les proponen, b) otras cogiendo violentamente la mano del *medium*, la fijan sucesivamente sobre varias letras de un alfabeto de antemano preparado, para formar dicciones y oraciones enteras; c) sucede por el contrario que impedida por una fuerza irresistible la mano del mismo *medium*, después de adquirir una rigidez extraordinaria, escribe á veces con asombrosa rapidez sobre materias completamente ignoradas por el que sirve de instrumento, ó contra sus propias convicciones, ó en un lenguaje del todo desconocido para la persona que tales cosas escribe; por fin, d) en casos dados el mismo espíritu es el que, por medio de un lápiz colocado sobre una mesa ó suspendido en el aire, escribe páginas enteras sobre diversas materias con su tecnicismo propio, ó dibuja con una maestría y un primor tal, que á primera vista se descubre que aquello es obra de un ser superior en conocimientos, artísticos á los mejores pintores y artistas del mundo (1).

(1) A esta clase de fenómenos corresponden los diálogos entablados en repetidas ocasiones entre el *medium* y la mesa giratoria, la cual responde á las varias cuestiones que se le proponen, ó bien por medio de golpes, levantándose sobre dos de sus pies y dejando caer el otro las veces convenidas para significar tal ó cual letra ó palabra, ó escribiendo por medio de un lápiz colocado encima de ella, sin que haya agente visible que lo mueva, ó por medio de sonidos y voces articuladas. A veces

Estos son los hechos más culminantes que se reproducen todos los días en las sesiones espiritistas, y que señalan comunmente los autores que tratan expreso de estas materias.

revela lo que está pasando á millares de leguas de distancia, otras dice qué enfermedad padece el doliente que le consulta y los medios de que se ha de valer para librarse de ella, otras predice, aunque esto no con mucha frecuencia, cambios políticos y trastornos sociales que han de verificarse en tal ó cual reino, república ó localidad, otras veces se muestra rehacio ó no responde á lo que se le interroga. Esta última clase de fenómenos obsérvanse también en las sesiones hipnóticas.

Citaremos aquí, en confirmación de la realidad de estos hechos, un diálogo habido entre un trípode y los que le consultaban, según lo refiere Des Monsseaux. «El hecho, dice el autor citado, tuvo lugar en Francia delante de una concurrencia numerosa, donde había personas de distinción y de saber, de varias clases y profesiones. Al principio la mesa se resistió á responder á las cuestiones propuestas; mas luego, obedeciendo al mandato de uno de los presentes, como poseída de un vértigo, empezó á revolverse con celeridad suma, impeliendo hacia la puerta de la sala á los espectadores. Al poco rato se para, y un golpe repentino advirtió á los curiosos que el espíritu la animaba. Preguntado si era espíritu, respondió que sí;—si era malo, contestó afirmativamente;—si amaba á Cristo, dijo que no;—como se llamaba, y á esta pregunta no le pareció bien contestar. Interrogado nuevamente por uno de los circunstantes si tenía hermanos respondió que dos, lo cual era verdad;—si bajo la acción del flúido magnético había un espíritu, dijo que sí;—si estaba sujeto á la voluntad de los espectadores, contestó que nó;—en dónde residía, y afirmó que en el aire...»

«Así fué respondiendo á otras varias preguntas que no añadimos, para no hacernos pesados á nuestros lectores.» Des Monsseaux en la obra titulada *Mœurs et pratiques du démon*. También refiere este diálogo Pailloux en su libro sobre «El magnetismo, el Espiritismo, y la Posesión,» edición de París del año 1863, págs. 9 y siguientes.

III.

SU REALIDAD SE APOYA EN TESTIMONIOS IRRECUSABLES.

Los fenómenos referidos son á la verdad extraordinarios y prodigiosos; empero ¿será esto suficiente para negar su realidad? No nos parece que esté conforme con las reglas de la Crítica la conducta observada por algunos escritores (1) sobre este particular, los cuales, no sabiendo darse razón de la causa de semejantes maravillas, han adoptado el sistema de negar su existencia; como si fuera bastante el no comprender la razón ó causa de un hecho, sucedido ante testigos abonados y nada sospechosos, para no admitir su realidad. Este es el sistema seguido por los racionalistas é impíos, que niegan la verdad de los milagros y de las profecías, porque son superiores á sus cortos alcances y á su vista de miope los verdaderos agentes que los realizaron.

(1) Entre estos debe contarse el autor de los «Pensamientos de un creyente», que se muestra bastante incrédulo en esta materia por un sólo caso en que él descubrió manifiesta mala fé; ¿pero porque una vez la haya habido, es lógico, es racional inferir que ésta existe siempre, aun en los casos en que ella es imposible, atendidas las reglas de sana crítica admitidas por todos los historiadores? El creer que él solo tiene bastante criterio y la necesaria habilidad para discernir lo verdadero de lo falso sobre este punto, nos parece demasiada arrogancia.

Voy á detenerme un poco en el exámen de la verdad y real existencia de estos fenómenos; pues esta cuestión es más importante de lo que á algunos pudiera á primera vista parecer. Pero ante todo me es forzoso notar; que no pretendo defender la veracidad histórica de todos y cada uno de los hechos que se citan; pues en varias ocasiones se ha sorprendido la colusión, el fraude y el engaño de algunos impostores, interesados en explotar la nimia credulidad de gente ruda é ignorante. Hecha esta salvedad que creí necesaria, paso á demostrar que hay muchos hechos é innumerables fenómenos espiritistas plenamente comprobados y que el conjunto de ellos es indudablemente cierto. Voy á pasar por alto varios testimonios de la Sagrada Escritura que aseguran la realidad de hechos de esta naturaleza, tales como el engaño de nuestros primeros padres verificado por el espíritu diabólico bajo la forma ó sirviéndose de *medium*, hablando el lenguaje espiritista, de una serpiente; los prodigios obrados por los magos de Faraón, y otros muchos que pudieran aducirse en confirmación de la existencia del comercio del hombre con los espíritus infernales, comercio condenado repetidas veces bajo severísimas penas por las sagradas páginas. Testimonios son estos irrecusables para todo católico, y que bastarían por sí solos para dejar probada la real existencia del espiritismo; paso sin embargo, á proponer otras pruebas más del agrado de los filósofos de nuestra culta sociedad y conformes en todo con los preceptos de la más severa crítica (1).

(1) Nos abstenemos de alegar aquí hechos del gentilismo; pues sabido es de todos cuán profundas raíces ha echado siempre la superstición entre las gentes paganas, en las cuales era frecuen-

Los prodigios del espiritismo, del mesmerismo y del hipnotismo son fenómenos patentes, visibles, palpables, perceptibles, en una palabra, por los sentidos. No son hechos secretos, sino públicos, ni se hicieron todos á puertas cerradas ó ante un público alucinado é interesado; sino á la vista de todas las naciones, en presencia de todos los partidos y á la faz de todas las creencias religiosas. Ni es el que más ha frecuentado las sesiones espiristas el vulgo ó pueblo bajo y rudo, cuya buena fe pudiera haber sido fácilmente sorprendida, en cuyo caso sería recusable su testimonio; sino las mayores eminencias de nuestros días: unos por curiosidad, otros confiados en que sus opuestas teorías saldrían triunfantes del charlatanismo, algunos delegados por centros y academias científicas para analizar despacio tales hechos, otros en fin, para prevenir á la grey encomendada á su cuidado contra esta nueva manifestación del espíritu de las tinieblas, á ser ciertos los hechos que habían oído referir; médicos afamados prevenidos contra el espiritismo, jueces y magistrados entendidos, deseosos de saber á que atenerse para fallar con rectitud y justicia en muchas causas pendientes de resolución, químicos muy conocedores de los secretos de la naturaleza, eclesiásticos de gran talla y de ilus-

tísimo el comercio con los espíritus malignos, como lo acreditan las pitonisas y las sibilas de Roma y Grecia, que eran los *mediums* de aquellos tiempos, existiendo entre aquellas y éstos completa analogía. Nótese de paso el predominio que parece haber reconquistado el espíritu de las tinieblas sobre las sociedades modernas, desde que estas han renegado de Dios y lo han desterrado de las regiones oficiales caminando á marchas forzadas al gentilismo y entregándose en brazos de las potestades tenebrosas del averno, de cuyo poder fueran sustraídas por la virtud de la cruz y del Hombre-Dios que en ella nos redimió.

tración nada común: tales son los autores que deponen en favor de la realidad de los fenómenos que nos ocupan. Todos ellos convienen en admitir la existencia de muchos hechos y de gran parte de los experimentos, aunque discrepan entre sí en la explicación que, según sus peculiares teorías, dan de la causa productora de semejantes prodigios. De manera que la duda versa, no sobre el fenómeno, sino sobre el agente poderosísimo que lo produce.

¿Hay impostura que se resista á la mirada perspicaz, al sano criterio, al análisis detenido y á la reconocida ilustración de las notabilidades que se llaman Cubier, Laplace, Franklin, Berzelins, Orfila, Broussais, Arago, De Jussieu, Claproth, el Cardenal Gousset, Mons. Sibour, arzobispo de París, el Cardenal González, actual arzobispo de Sevilla, P. Lacordaire, P. Félix, P. Matignón, el Cardenal Zigliara, P. Ráulica, P. Gury, P. Perrone y P. Franco? Pues tales son los testigos que á su favor tiene la realidad de los hechos espiritistas. Si toda esta falange compacta de hombres ilustres ha sido engañada, sin haber podido descubrir el fraude y la impostura, podemos renunciar á todas las reglas que el arte crítico señala para la averiguación de los sucesos históricos y para la autenticidad de los hechos (1).

En buena crítica es irrecusable el testimonio de hombres

(1) El P. Perrone en la página 175 de las Prelecciones teológicas, pone un largo catálogo de distinguidos autores que admiten la realidad de los prodigios del espiritismo, citando las obras en donde han consignado su opinión sobre dicho asunto. También en el tomo 4.º de la *Civilización* se citan las mayores notabilidades en ciencias naturales y eclesiásticas de estos tiempos en corroboración de la verdad que venimos defendiendo. De estas dos obras hemos entresacado la mayor parte de los nombres de las celebridades que acabamos de consignar. Debemos

que no pudieron equivocarse, ni quisieron engañar: dos condiciones en la que estriba todo el criterio de la autoridad humana. Creo que me relevaréis fácilmente de probar la probidad y buena fe de las autoridades alegadas, y que por lo tanto no quisieron engañarnos; pues son nombres ilustres todos los citados y cuya reputación bien sentada y posición científica no les permitieron tales bajezas. Sólo quedará por consiguiente la duda de si pudieron equivocarse en el exámen practicado en la averiguación de tales hechos, no viendo el dolo y el artificio que á tales experimentos presidía; pero esta vacilación queda completamente desvanecida y se ve ser un temor destituido de todo fundamento racional (1), si se considera atentamente que jamás ha existido en el mundo una impostura que haya burlado el saber y la perspicacia de toda una colección de sabios de la talla de los aducidos.

¿Qué impostores hubieran sido estos, diremos con el autor de la *Magia negra* (2) que en medicina pudieron engañar al célebre Orfila y al materialista Broussais; en ma-

hacer notar que algunos de los autores citados son acérrimos defensores del materialismo, pero entre ellos descuella Mr. Broussais, para quien todos los fenómenos del magnetismo y del espiritismo son producidos por los flúidos magnético y ódico.

(1) Un gran literato español, el Sr. Comín, no teme asegurar que «No parece que pueda dudarse racionalmente de la certidumbre de algunos hechos, es decir, de las revelaciones hechas por agentes desconocidos á determinadas personas por medio de mesas giratorias ó de otros vehiculos de comunicación más ó menos sorprendentes y maravillosos. Hállanse atestiguados esos hechos por personas de todas clase y condiciones, por sacerdotes respetables, por periódicos católicos, acerca de cuya ortodoxia, sabiduría y celo no cabe la más mínima sospecha,» *Literatura católica*, tomo 1.º pág. 285.

(2) D. Ramón Nocedal, tomo 4.º de la *Civilización* pág. 115.

terias físicas, astronómicas, químicas y naturales consiguieron sobreponerse á la ciencia de Cuvier, Laplace, Franklin, Arago, Berzelius y Jussieu; en asuntos de nigromancia, superstición y comercio con las potestades infernales lograron sorprender á teólogos eminentísimos como Gousset, Zigliara, González, Lacordaire, Sibour, Perrone, Matignón y otros no menos renombrados? No cabe en lo verosímil tanta sagacidad, tanta astucia, tanta osadía en charlatanes y embaucadores, que se presentan á sufrir un minucioso análisis de sus artificios y de sus amaños miserables. Si es un apotegma universalmente recibido entre los autores críticos que *peritis in arte credendum est*, podemos descansar, confiados de haber hallado la verdad, cediendo al testimonio unánime y á la palabra autorizada de tan considerable número de celebridades en las materias con estos hechos íntimamente relacionadas.

Pudiera multiplicar los testimonios tomados de enemigos acérrimos del espiritismo, que al principio recibieron con risas y carcajadas la noticia de semejantes prodigios, y luego vinieron á ser sus más ardientes defensores convencidos de la realidad de los hechos: fácil me sería citar la sensación que en el mundo científico produjo la noble y franca confesión del Dr. Rostán, célebre médico de la Facultad de París, el cual después de emplear diez años en ridiculizar los modernos magos, resolvió estudiar detenidamente los fenómenos, y concluyó por declarar sinceramente que se había equivocado, y censuró con dureza la ciega preocupación de su propio juicio, que *tanto tiempo le hizo negar sin sólido fundamento* lo que era una verdad manifiesta (1). No cos-

(1) Dictionnaire de Médecine de Mr. Rostan.

taría gran trabajo patentizar que á las risas, y á las bur-las, y á los desdenes conque al principio fueran recibidas semejantes maravillas, respondieron los modernos magos sin impacientarse ni desanimarse, como quien está seguro del éxito, repitiendo los prodigios y obrándolos cada día ma-yores, hasta que poco á poco ante *la tina* de Mesmer, ante *el árbol* de Puysegur, y *el espejo* de Dupotet, y *las me-sas golpeantes* de Fox, y *los tripodes parlantes* de Mi-lán, y los portentos asombrosos de Home, y la sugestión y fascinación de Braid, enmudecieron de espanto y se les heló la risa en los labios á los que se habían mostrado más incrédulos, y recibido con algazara, y mirado con la más glacial indiferencia la noticia de tan estupendos prodi-gios.

Únicamente añadiré á los documentos aducidos otros, que pudiéranse llamar oficiales, por los centros de donde ema-naron. Los hechos espiritistas son de tal naturaleza, en nú-mero tan crecido, tan públicos y notorios, y sus consecuencias tan funestas, que muchas veces ha tenido que intervenir la acción de la Justicia, no en un sólo tribunal sino en varios y de naciones distintas, desprendiéndose de su fallo basado en la deposición de testigos, que reunían todas las condiciones legales, la verdad de hechos de esta naturaleza (1).

No han sido sólo los tribunales de justicia los que con sus sentencias han apoyado la realidad de los fenómenos y efectos del espiritismo: varios gobiernos, sobresaltados con razón por las consecuencias funestísimas de esta nueva ma-

(1) Véase lo que sobre este punto se halla consignado en la ya citada obra del P. Perrone, página 178 y en el tom. 4.º de la «Civilización» página 106.

nifestación del poder de los espíritus, han nombrado comisiones científicas para averiguar lo que había de real en lo que tanta alarma producía entre sus gobernados. Prusia, Rusia y Dinamarca consultaron de oficio á las mayores notabilidades médicas de sus países respectivos reunidas en juntas, y todas ellas á una voz contestaron á sus gobernantes en largos y razonados informes, firmados por la generalidad de los miembros de las comisiones creadas de real órden, ser verdaderos los hechos sobre que se les consultaba y que era una *manifiesta temeridad* el ponerlos en tela de juicio. Tan convencida estaba la Real Academia de Ciencias de Berlín de la autenticidad de lo que en las sesiones espiritistas sucedía, que, empeñada en no ver en dichos fenómenos más que efectos de un agente material, en 1818 brindó con un premio de 3.300 francos al sábio que lograrse demostrar con datos y razones convincentes que los fenómenos en cuestión eran producto de la naturaleza orgánica y que no excedían ni traspasaban los límites de lo natural y corpóreo. La Real Academia de Medicina de París que, al aparecer el magnetismo habíase burlado de los experimentos de Mesmer y despreciado altamente su método curativo, en 11 de Octubre de 1825, á instancias del Dr. Foissac, nombró una comisión (1) formada de las mayores eminencias de aquel centro científico, para que examinase de nuevo con la mayor escrupulosidad los fenómenos portentosos del espiritismo, en especial los que tenían íntima conexión

(1) Dice el docto y erudito Jesuita, que acabamos de citar en la nota anterior, que esta comisión la formaban los doctores Mr. Leroux, Bourdoix de la Mothe, Double, Magendie, Guersant, Laenec, Thillaye, Marc, Itard, Fouquier, Gueneau de Mussy. Pág. 179 de las *Prelección. teológ.*

con la ciencia médica. Esta docta y por ende competentísima comisión tardó seis años en emitir su dictámen, dedicándose en el trascurso de tan largo periodo con un celo y laboriosidad incansables al exámen de tan difícil y espinosa tarea, repitiendo para ello toda clase de pruebas y experimentos, oyendo todo género de impugnaciones y defensas, y en 1831 emitió su parecer en un bien trabajado informe á la Academia, la cual lo aprobó en todas sus partes. En él se reconocían como hechos auténticamente probados todos los fenómenos espiritistas relacionados con su Instituto. Respecto al hipnotismo, nueva fase del espiritismo, más del gusto de los médicos modernos, quizá porque en este sistema se cubre mejor con el manto de una ciencia aparente los portentos espiritistas caídos ya en el ridículo y el desprecio y de los cuales habían concebido fundadas sospechas los sábios verdaderos, tenemos también el testimonio reciente de dos centros científicos, el de la facultad de Medicina de Viena, reunida el año 1880 para emitir su dictámen sobre los fenómenos fisiológicos y patológicos producidos por las prácticas hipnóticas, y el del Consejo Superior de Sanidad de Italia alarmado con razón por los efectos obrados en Milán y en Turín por el hipnotizador Donato y que en 1886 fué de parecer que debían prohibirse tales experimentos como sumamente peligrosos á la salud pública y privada. En ambos documentos se confiesa á las claras la realidad de los fenómenos del hipnotismo, y por los graves inconvenientes que de su práctica pudieran originarse y por los originados de hecho así en el órden moral como en el patológico, se aconseja á los respectivos gobiernos que con mano fuerte se apliquen medidas enérgicas para atajar sus peligros inminentes.

En vista de estos datos tan luminosos ¿habrá todavía quien se atreva á creer que es una farsa y una impostura cuanto se dice del espiritismo? Por lo que á mí toca, confieso paladinamente que me tendría por reo de lesa Crítica, si no prestara completo asentimiento á hechos referidos por testigos tan ilustrados, tan fidedignos, tan desinteresados la mayor parte de ellos, tantos en número como diversos en religión, en costumbres, en patria, en profesión y en las teorías que sostenían. ¡Ojalá todos los hechos históricos admitidos comúnmente tuviesen á su favor una probanza tan completa y estuvieran garantidos por autoridades tan respetables (1).

(1) De intento no hemos querido citar circulares de Obispos, algunos de ellos españoles, y sobre todo las respuestas dadas por el Supremo Tribunal de la Sag. Cong. de la Inquis. Rom. el 4 de Agosto de 1856 y el 2 de Abril de 1864, en cuyos documentos se reprueba enérgicamente el uso y la práctica del espiritismo y se condenan los libros que enseñen tales prácticas bajo severísimas penas, al paso que se dan por ciertos y auténticos sus fenómenos; para que no se recusasen semejantes testimonios por algunos, que tal vez no desieran, cual se debe, á la palabra autorizada de los Prelados y Congregaciones de la Iglesia católica, la cual, dicho sea de paso, es la que examina mejor las cosas antes de condenarlas, y procede con más cautela y prudencia para dar un fallo decisivo.



IV.

TEORÍAS INVENTADAS PARA EXPLICAR LOS FENÓMENOS DEL ESPIRITISMO.

Si bien todos los autores mencionados convienen unánimemente en reconocer y admitir como un hecho las manifestaciones sorprendentes del espiritismo, no sucede lo propio al tratar de averiguar la causa inmediata y el verdadero agente obrador de semejantes prodigios. A dos grandes agrupaciones pueden reducirse las teorías inventadas para dar una explicación más ó menos admisible de las maravillas observadas en los experimentos espiritistas.

A) Según unos debe buscarse la razón suficiente de los sobredichos fenómenos en las manifestaciones y extraordinaria fuerza de cierto fluido imponderable é invisible apellidado por algunos magnético, por otros lumínico, calórico, etéreo, ó todos ellos reunidos, variando su nomenclatura según los efectos que produce: hasta se ha ideado un fluido especial denominado por sus descubridores *Od ú odilo* (1), el cual,

(1) La palabra *od* está tomada del Sanscrito, y significa una agitación á la cual es imposible resistir, según se explica Reichembach, quien atribuye á este fluido propiedades verdaderamente peregrinas: «penetra todas las sustancias, en ninguna parte se coagula, en ningún cuerpo se condensa, nadie es capaz de

al decir de sus patronos, se encuentra en todos los hombres y se conserva en el alma después de separada del cuerpo. De la comunicación ó preponderancia del *od* de una persona sobre el de otra, se originan, según ellos, la mayor parte de los fenómenos del espiritismo especialmente los psicológicos (1). Esta teoría podría ser llamada con razón la teoría de los fluidos.

separarlo de los demás fluidos y darle fijeza y estabilidad...» *Lettres odiques, magnetiques* du Chev. de Reichembach. Según Cahagnet «El *od* es el espíritu de Dios, el espíritu universal, el éter, el fluido electro-magnético, el fluido de la vida...» *Lettres odiques* de Cahagnet, págs. 101 y 102.

(1) Por su originalidad y rareza vamos á transcribir aquí la teoría, ingeniosa en verdad, pero bien poco racional, de este agente invisible *nuevamente descubierto*, según se halla expuesta en la obra *Des Rapports de l'homme avec le démon*. Este fluido (el *od* ó fluido *odilo*) dice el célebre Bizouard, se desprende de ciertas sustancias y de ciertos lugares, y viene á obrar sobre el sistema nervioso: entre el mundo inorgánico y el organismo humano establece este fluido una simpatía, pero con más facilidad en las personas *sensitivas*: afectadas éstas de cierto estado nervioso, ejercen una reacción sobre dicho fluido, por medio de la cual se desprende de su centro nervioso. Producense entonces los fenómenos que la Religión considera como sobrenaturales; el *od* de las personas sensibles, escápase de su cerebro como un dardo, se precipita sobre el *od* del cerebro de otra persona, uniéndose ó combinándose con él. ¿Qué sucede en seguida? El *od* más poderoso domina el alma de aquel cuyo *od* es mas débil, se la sujeta magnéticamente, hace ver á esta persona, á pesar de sus repugnancias, todo cuanto quiere, le dicta sus voluntades, sus palabras, etc...»

«Estos golpes débiles ó fuertes que se oyen, esas melodías, esos conciertos que resuenan en una habitación, reconocen por causa este fluido *odilo* que desprenden los nervios enfermos; el sujeto *sensitivo*, lejos de darse razón de esto, se espanta y atribuye estos fenómenos á los demonios, mientras que la verda-

B) Otros, persuadidos de la imposibilidad existente en la materia, por sutil y vaporosa que se la quiera suponer, para producir muchas de las manifestaciones del espiritismo, han ideado otra hipótesis, viendo en la intervención de los espíritus la razón verdadera de todos los fenómenos que diariamente sorprenden á los curiosos asistentes á las sesiones magnéticas, espiritistas é hipnóticas. A ésta pudiérase denominar la teoría de los espíritus.

Patrocinan esta teoría: a) los que en las *fuerzas latentes* de nuestra alma quieren ver la razón suficiente de dicho poder mágico (1). Estas fuerzas las explican algunos en sentido panteístico, identificando el alma con Dios; otros afirman ser efecto de la imaginación, que en virtud de cierto estado patológico llega al colmo de la propia vitalidad y de la manifestación fenomenal (2); otros admiten en el alma

dera causa es su propio *od* que se combina con las emanaciones universales ó terrestres. Esta fuerza obra á lo lejos lo mismo que de cerca; es la que hace dar vueltas á una mesa, la suspende en el aire, la pasea en él, apaga las bujías, toca el tambor, hiere, mata, incendia, cura, hace conocer muchas lenguas... Es también este *od* el que crea las apariciones de espectros, unas veces desprendiéndose del cerebro de un enfermo, otras de las partículas de un cadáver, para reproducir la imagen del enfermo ó del difunto en un vapor luminoso; unas veces el espectro es objetivo, y hasta temible; otras, existe solamente en el cerebro de los espectadores.» En la citada obra tomo 6.º págs. 291 y 92. González, Filos. elem. tom. 2.º pág. 241. not. 3.ª

(1) Tal es el parecer de Charpignon y de algunos otros, que pretenden ser dichas *fuerzas latentes* reliquias del estado primitivo de Adán antes de su caída. Perrone, *Praelec. theolog.* pág. 200, not. 1.ª

(2) Bizouard en la obra y tomo citados pág. 282 describe así esta teoría: *Les facultés que vous croyez latentes en l'homme ne sont pas des facultés, ce ne sont que des produits appareils sen-*

la repercusión ó vibración de ideas, por medio de la cual se pone la persona en comunicación con el magnetizante y con los objetos exteriores, aunque estén á grandes distancias (1) otros finalmente apelan al hipnotismo ó sea la fijeza de la vista sobre objetos luminosos ó brillantes, con lo cual se obtienen la *sugestión muscular*, el sueño magnético, llamado también hipnótico, la catalepsia artificial, y durante este estado, la anestesia ó sea la insensibilidad, y la hiperestesia ó sea la sensibilidad en grado superior al natural, y la completa y automática sujeción del hipnotizado al hipnotizante (2).

b) Entre los afiliados al segundo grupo en que hemos dividido las teorías del espiritismo, deben ser también contados los llamados por el sábio filósofo P. Ceferino González (3) *espiritistas y espiritualistas* cuyas hipótesis explica con

soriaux on cerebraux montés par un état pathologique jusqu'à leur summum de vitalité et de manifestation phénoménale.

(1) De esta manera lo explican muchos escritores del *Journal du magnétisme*, tom. 14. pág. 555, y tal es la teoría que sostiene Morin en su obra *Comment l'esprit vient aux tables*, pág. 169.

(2) Esta invención es debida al inglés Braid expuesta en su obra titulada *Neurypnology or the rationale of various steep considered in relation with animal magnetism*. Ridiculizando esta teoría, dice Lafontaine, en su *l'art de magnetizer chap, 2., Malgré cela son système tomba promptement pour ne pas se releve. Il se rendit à Londres pour y essayer sa pretendue decouverte, mais il fut, baffonné; et se contenta de traiter à samanière a Manchester*. Esta teoría ha sido en nuestros días desenterrada, después de haber caído en el más completo olvido, por los doctores franceses Mr. Carcot y Richer, por el dinamarqués Hansen y por el italiano Donato entre otros; sus repetidos experimentos están llamando hoy la atención y excitando la curiosidad en varios estados de la *culta Europa*.

(3) *Filos. elem.* tom. 2.º pág. 242.

claridad y precisión en los siguientes términos: «Pertene-
cen, dice el dignísimo Cardenal Arzobispo de Sevilla (1),
á la primera clase los que, renovando en todo ó en parte las
doctrinas de Pitágoras, Platón y Orígenes, suponen que las
almas humanas están sujetas á una serie de encarnaciones
y reencarnaciones sucesivas, morando en diferentes astros y
lugares, en relación con los cuerpos más ó menos sutiles y
perfectos á que se hallan unidas; y estas almas son las que
intervienen en la evocación y fenómenos del magnetismo
trascendental (2). Esto es lo que constitutuye propiamente

(1) Loc. cit.

(2) He aquí los puntos culminantes de esta teoría, según la
expone Allan Kardec, príncipe de la secta espiritista: «Los es-
píritus, dice, no son seres aparte de la creación; son las almas
de los que han vivido sobre la tierra ó en otros mundos, des-
pojadas de su envoltura corporal. Quien admite la existencia
del alma sobreviviendo al cuerpo, admite por eso mismo la de
los espíritus; negar los espíritus sería negar el alma.»

«No son, como algunos los imaginan, seres vagos é indefini-
dos, ni llamas como los fuegos fatuos, ni fantasmas como las de
los cuentos de los aparecidos. Son semejantes á nosotros, tie-
nen un cuerpo como el nuestro, aunque fluidico é invisible en
su estado normal. Cuando el alma se halla unida al cuerpo du-
rante la vida, tiene una doble envoltura; la una pesada, gro-
sera y destructible que es el cuerpo, la otra fluidica, ligera é
indestructible que se llama *perespiritu*.»

«Hay por consiguiente en el hombre tres cosas esenciales:
primera, el alma ó espíritu, principio inteligente en el cual re-
siden el pensamiento, la voluntad y el sentido moral; segunda,
el cuerpo, envoltura material que pone al espíritu en relación
con el mundo exterior: tercera, el *perispiritu*, envoltura fluidica
ligera, imponderable, que sirve de lazo y de intermediario entre
el espíritu y el cuerpo.»

«La muerte no es más que la destrucción de la envoltura
exterior, la cual le desembaraza de esa envoltura que le atrae

el espiritismo ó la teoría espiritista: á diferencia de la teoría *espiritualista*, que atribuye los fenómenos magnéticos á la intervención de los ángeles ó demonios.»

Reseñadas, aunque muy á la ligera, las principales teorías ideadas por los filósofos para explicar la verdadera causa productora de los fenómenos del espiritismo, tócame investigar ahora, cual entre todas ellas puede con razón gloriarse de ser la más racional y fundada y la que, considerada

á la tierra y le hace sufrir; una vez libre de este peso, no le queda ya más que su cuerpo etéreo, que le permite recorrer el espacio y franquear las distancias con la rapidez del pensamiento.»

«La unión del alma, del *perespíritu* y del cuerpo material constituye el hombre; el alma y el *perespíritu* separados del cuerpo constituyen el ser llamado espíritu.»

«Los espíritus tienen todas las percepciones que tenían sobre la tierra, pero en mayor grado, porque sus facultades no están debilitadas por la materia: tienen sensaciones desconocidas para nosotros: ven y oyen cosas que nuestros sentidos limitados no pueden ver ni oír... Todos nuestros pensamientos tienen en ellos su repercusión, y ellos leen en nuestros pensamientos como en un libro abierto.»

«Los espíritus están en todas partes: entre nosotros, á nuestro lado, rodeándonos y observándonos sin cesar. Por su presencia continua en medio de nosotros, los espíritus son los agentes de diversos fenómenos, juegan un papel importante en el mundo moral y hasta cierto punto físico, constituyendo así una de las potencias de la naturaleza.»

«Desde que se admite la sobrevivencia del alma ó del espíritu, es racional admitir la sobrevivencia de sus afectos... Y como los espíritus pueden ir por todas partes, es igualmente racional admitir que aquellos, que nos han amado durante su vida terrenal, nos amen todavía después de la muerte, que vengan cerca de nosotros que deseen comunicarse con nosotros, sirviéndose para ello de los medios que están á su disposición.» Allan Kardec; *Qu' est ce que le spiritisme?*

á la luz de la sana Filosofía, ofrece más garantías de verdad para toda persona sensata y que discurra con criterio recto, seguro y libre de añejas preocupaciones.

¡Cuánta hipótesis! ¡cuánta suposición completamente gratuita! ¡cuánto se dejan sentir la falta y la total ausencia de pruebas sólidas y de razones fundadas en apoyo de esta teoría, parto legítimo de una imaginación calenturienta! El sentar una proposición, por avanzada que sea, poco cuesta, el probarla... ya es tarea más ardua y espinosa.





V.

LA HIPÓTESIS DE LOS FLUIDOS NO LOS EXPLICA
SATISFACTORIAMENTE.

A poco que se reflexione, aparece con toda claridad la insuficiencia de la teoría de los fluidos, sea cual fuere la fase bajo que se presente y la forma de que se revista, para darnos razón satisfactoria de la mayor parte de los portentos espiritistas é hipnóticos. Y á la verdad; si es un principio inconcuso y un axioma universalmente admitido entre los filósofos que *los efectos son proporcionales á sus causas*, y que guardan con ellas una relación íntima y necesaria; á efectos de un orden preternatural deberemos por necesidad asignarles también causas preternaturales, pues todo el ser del efecto debe estar precontenido en la causa que lo produce. Si esto nos dice la luz natural, si esto nos enseña la Filosofía, ¿no sería un absurdo á los ojos de la razón, del sentido común y de la verdadera ciencia el atribuir á fluidos materiales y corpóreos una gran parte de las manifestaciones del espiritismo, y con especialidad aquellas que dependen esencialmente del entendimiento y de la voluntad, potencias necesariamente inmateriales y supra-sensibles? ¿Cómo es posible que un fluido, ponderable ó imponderable, produzca el conocimiento de cosas ocultas y

distantes, la presciencia y previsión de sucesos futuros, que dé facilidad para hablar idiomas desconocidos y discurrir con rectitud sobre ciencias y materias ignoradas? ¿Cómo pueden objetos sensibles ser la verdadera causa de las respuestas recibidas de los espíritus evocados, y esto por medio de palabras habladas ó escritas, ó por signos convencionales, cuando estos y otros fenómenos análogos indican claramente y revelan á todas luces la presencia é intervención de agentes intelectuales y libres, que nada tienen de común con la materialidad de los fluidos, cuyo maravilloso poder y extraordinaria virtud tanto se quiere ponderar? ¿Cómo puede animar lo que carece de vida? ¿Cómo puede comunicar un movimiento cualquiera lo que de suyo es inerte é inactivo? ¿Cómo puede discurrir lo que está falto de razón? ¿Cómo puede ver, oír ó gustar lo que está destituido de estos sentidos?

Nó; la razón no puede avenirse con ese cúmulo de dislates; jamás puede conceder, sin renegar de sí misma y ponerse en abierta contradicción con los primeros principios, que un efecto sea superior á la causa que le da el ser, pues esta, en dicha suposición, otorgara á aquél una perfección y una realidad de que ella carece. Tan abierta contradicción y absurdo tan manifiesto se realizarían, á ser cierto que los fluidos son los verdaderos agentes de esos efectos superiores á todo orden material y que exceden inmensamente á todas las manifestaciones de la naturaleza sensible. Del raciocinio que acabamos de sentar, se deduce en buena lógica que la hipótesis ó teoría de los fluidos considerada en general, está destituida de todo fundamento filosófico, y que es inadmisibile semejante explicación para todo hombre de mediano entendimiento y

que no haya olvidado por completo los preceptos más triviales del arte de discurrir.

Milita además contra la teoría de los fluidos otra razón poderosísima y no menos concluyente que la anterior, la cual demuestra hasta la evidencia cuan infundada es dicha hipótesis y cuan insostenible dicho sistema. Es una ley constante en la naturaleza y un principio generalmente recibido entre los físicos, base á la vez y fundamento de todas las ciencias experimentales, que las causas naturales y necesarias producen siempre idénticos resultados dadas las mismas circunstancias. Empero esto no se verifica en los fonómenos del espiritismo; pues, ¿quién ignora en efecto que, en ocasiones dadas, se mueven en sentido horizontal las mesas giratorias, mientras que otras veces se levantan con tal fuerza, que arrojan con violencia al suelo á los que, con brazo de hierro y cargándoles un peso enorme, trataran de estorbarlo (1), ó

(1) Refiere Mirville que el Dr. De Sauley, miembro del Instituto de París, no sólo consiguió de las mesas los acostumbrados movimientos y golpes convencionales y la escritura por medio de los hematites; (especie de piedra mineral de color sanguineo;) sino que además se produjeron á su vista una variedad de horribles y violentas manifestaciones inesperadas. Entre otras, cuenta que en cierta ocasión una mesa de roble muy pesada y muy fuerte, y comprimida además por los brazos de tres robustos carpinteros, ejerciendo sobre ella toda la presión posible, apenas con una señal la mandó levantar dicho doctor parisiense, lo verificó con tal ímpetu, que dió en tierra con los tres carpinteros y ella se hizo pedazos, Mirville, *Questions des esprits*. París 1855, pág. 68.

El Dr. Bénétzet, testigo ocular, hace mención de un caso análogo, el cual dice haber sucedido en Francia. Véase su obra: *Des tables tournantes et du Pantheisme*. París 1854, pág. 77 y siguientes.

practican un movimiento de traslación empujando hacia adelante con fuerza irresistible cuanto les impide el paso; ora se levantan apoyándose sobre uno de sus piés, para inclinarse después con majestad y dar tantos ó cuantos golpes en relación con lo convenido con el *medium*, para significar tal ó cual palabra; ora permanecen inmóviles resistiéndose á responder á las preguntas de los que las interrogan? ¿Cómo se explica que un mismo agente natural, dados los mismos aparatos, siendo el mismo el *medium* que los manipula, unas veces ejecuta movimientos de rotación y otras de traslación ó elevación? ¿Qué fluido es ese que está á disposición del *medium* en ocasiones dadas, obedeciendo prontamente á la más insignificante seña ó insinuación, al paso que otras veces se resiste á obedecer y se niega á responder á las preguntas dirigidas por el mismo *medium*, á quien momentos antes se mostrara tan sumiso y respetuoso? (1) ¿Qué fluido es ese tan deferente con cierta clase de personas, al propio tiempo que de otras no hacer el menor caso y se burla de sus mandatos?

Preciso es convenir en que ó esos fluidos son seres inteligentes y libres, puesto que entre los efectos por ellos producidos se cuentan algunos, en los cuales se ven indicios ciertos y evidentes de inteligencia, y no vulgar, y de la más completa libertad; ó que á la acción de esos fluidos deben presidir como á los demás agentes de la naturaleza

(1) En una de las notas anteriores hemos hecho fijar la atención sobre una de esas mesas que al principio rehusó responder á las cuestiones que se le proponían; pero que después, obedeciendo al mandato de uno de los que presenten estaban, empezó á dar sus contestaciones; no obstante, á lo mejor del interrogatorio, se calló á cierta pregunta, respondiendo sin embargo á las que se le fueron haciendo consecutivamente.

leyes fijas é inmutables y un modo de obrar constante y uniforme en todos los casos en que las circunstancias permanezcan las mismas. Afirmar lo primero es un absurdo manifiesto y una contradicción palmaria: pues tendríamos un fluido material y espiritual á la vez, es decir, un fluido que no sería fluido; y lo segundo está desmentido por los hechos admitidos y autorizados por testimonios irrecusables, y en abierta oposición con lo que sucede diariamente á la vista de pueblos y naciones enteras. Concluyamos, pues, que semejante teoría, sobre ser ridícula, es absurda y digna sólo de los filósofos del siglo de las *luces* (1), que á fuerza de desoír y repudiar la voz *oscura*, según ellos, de la Revelación, han llegado al extremo de no oír ni atender á lo que la voz *clara* de la recta razón enseña á todo serio pensador.

Sino temiera hacerme pesado á mis lectores y abusar de su indulgencia, pasaría á examinar en detall las múltiples y variadas especies en las que se fracciona la teoría fluidista, y les pondría ante los ojos los inconvenientes que presenta cada una de ellas, y su insuficiencia para explicar los fenómenos y manifestaciones del espiritismo; pero creo que lo dicho bastará para convencerse plenamente de que en ninguna de semejantes hipótesis es posible hallar la razón suficiente y la causa verdadera de tales portentos y de tamañas maravillas (2).

(1) Tanta luz y claridad han difundido los racionalistas de nuestra época sobre las ciencias filosóficas, que se han quedado como ofuscados y casi á oscuras, no viendo las contradicciones en que incurren á cada momento, y pasando para ellos desapercibidos absurdos de gran tamaño que distingue el miopismo de cualquier escolar que frecuente las clases de Filosofía.

(2) Varios partidarios de esta teoría, convencidos de la in-

VI.

TAMPOCO LA HIPÓTESIS DE LAS FUERZAS LATENTES CONTIENE LA VERDADERA CLAVE PARA LA SOLUCIÓN DEL PROBLEMA.

Convencidos ya de que en la teoría fluidista no es posible encontrar explicación satisfactoria de los hechos que analizamos, pasemos á examinar si la hipótesis de los espíritus es más fundada y racional. En primer término se presenta la opinión de los que sobre las *fuerzas latentes* de nuestra alma pretenden basar todo su sistema, y con ellas se glorían de haber hallado la clave para descifrar los enigmas de tan variadas á la par que sorprendentes manifestaciones. Estudiado con alguna detención este sistema, obsérvese fácilmente que es una suposición completamente gratuita y arbitraria; porque extiende y agranda indefinidamente el poder y las facultades de nuestra alma, sin alegar prueba alguna en apoyo y confirmación de semejante hipótesis. Empero

suficiencia de los fluidos para la producción de la mayor parte de los fenómenos espiritistas, han abandonado sus antiguas creencias y apelado á la intervención de los espíritus, para explicárselos de un modo más satisfactorio y sin incurrir en tan graves inconsecuencias. Entre ellos debe contarse al célebre espiritista Dupotet y á Verati. *Perrone, Praelec. theolg.* pág. 192. not. 2.^a

no es este el único flaco de la teoría que combatimos; pues, aun dada la existencia de esas *fuerzas latentes*, no descubiertas hasta nuestros días, y que deberían hallarse sin embargo en el alma de todo ser racional, llámase Abrahan, Ciro, Alejandro, Cicerón, Pascal, Allan-Kardec ó Bassols, pues todos están dotados de una misma alma racional, y donde existe unidad de especie, debe existir también uniformidad en las propiedades específicas; concediendo además que dichas *fuerzas latentes* son tan grandes y extraordinarias, como se las quiere suponer, han de guardar por necesidad perfecta armonía con la naturaleza de que proceden; y siendo ésta limitada, humana y viviente, aquellas deben por precisión ser también limitadas, humanas y vitales.

Ahora bien; ningún ser limitado y finito, como no sea puro espíritu, puede con un acto interior imprimir un movimiento cualquiera en la materia, ni con un simple mandato poner en conmoción cuerpos inertes, ni elevarlos ó suspenderlos sin ningún contacto material; y sin embargo, esto sucede en el espiritismo: pues las mesas y los muebles de una habitación ejecutan diversas clases de bailes y danzas á una simple indicación del *medium* espiritista. Ningún ser humano (1) puede penetrar en el santuario del entendimiento

(1) Sólo Dios es el que conoce los arcanos de nuestra conciencia y penetra los secretos de nuestro corazón. Ningún espíritu, por alta que sea su gerarquía, puede entrar en el *sancta sanctorum* de nuestro pensamiento y de nuestra voluntad, sin que nosotros le franqueemos la entrada, es decir, sin que nosotros mismos le abramos las puertas de nuestra voluntad revelándole nuestros secretos, como se les podemos revelar á otro hombre. Pero el entendimiento así de los ángeles buenos como de los malos es mucho más sutil y penetrante que el nuestro, y por medio de ligerísimos signos exteriores sí, pero que pasan comunmente

ó de la voluntad de otro hombre, sin que este por algún signo exterior le manifieste su pensamiento ó le revele sus afecciones; más en el espiritismo pasa esto de muy distinta manera; pues el *medium* sabe perfectamente lo que piensa otro hombre con quien no puede ponerse en comunicación, ni éste descubrirle por alguna señal sensible y exteriorizada su modo de sentir, á causa de la enorme distancia que entre los dos se interpone; conoce además secretos á nadie revelados y cri-

desapercibidos á la generalidad de los hombres, pueden comprender lo que pasa en nuestro interior. Un movimiento de cabeza casi imperceptible, una palabra articulada, sin que apenas se perciba su sonido, un agolpamiento casi insignificante de sangre á la cara causado por el rubor, una sonrisita indicativa de el consentimiento interior que damos á una cosa que nos agrada, un desdén para indicar la repugnancia que nos causa un objeto cualquiera, la circulación de la sangre más rápida ó más lenta que lo ordinario, todo ello puede ser indicio de lo que pasa en nuestro interior y ser causa de que conozca el ángel bueno ó el malo lo que fraguamos á puertas cerradas, digámoslo así, en lo más recóndito de nuestras casas: y estas ligerísimas indicaciones, apenas perceptibles en la mayoría de los casos para los demás hombres, no pasan desapercibidas para los entendimientos angélicos, y de ellas pueden servirse, como de hecho se sirven los espíritus malos en los casos de espiritismo é hipnotismo en que intervienen, para conocer lo que llamamos pensamientos ocultos, y revelarlos á las personas que con ellos se han puesto en comunicación por medios vedados y prohibidos.

Fuera de estos casos en que de alguna manera se exterioriza el consentimiento de nuestra voluntad, ésta permanece completamente cerrada para todo sér que no sea Dios, nosotros mismos, ó aquellos á quienes queramos comunicar nuestros deseos, ya sean hombres, ya espíritus angélicos. Esta doctrina está tomada de la Suma de Santo Tomás 1.^a part. quæst. 57. art. IV. Más adelante veremos como explica el Santo Doctor la intervención que pueden tener los ángeles, buenos y malos, sobre los fantasmas de la imaginación pura.

menes perpetrados en la soledad más completa y velados á la mirada escudriñadora de la policía por las sombras de una noche tenebrosa. Ningún ser viviente puede ejercer sus funciones naturales, sino mediante órganos debidamente dispuestos y sin ningún obstáculo que impida su ejercicio; no obstante, en las sesiones espiritistas se presencian con frecuencia casos de personas que ven con los ojos perfectamente vendados y leen por el occipucio, por el epigastrio y por otras partes del cuerpo; á sordo-mudos se les oye con estupor hablar largamente, y hasta con elegancia, sobre asuntos que jamás pudieron aprender, por faltarles la necesaria instrucción para esta clase de razonamientos (1). Luego, si existen en la naturaleza estas *fuerzas latentes*, de ninguna manera pueden proceder del alma en su estado de unión con el cuerpo, siendo, como acabamos de probar, inmensamente superiores á su constitución y á su modo de obrar; á no ser que digamos que un mineral puede dar señales de vida, y una planta producir fenómenos del orden sensitivo, ó que un objeto material es capaz de manifestaciones espirituales, ó en fin que los efectos pueden superar la virtud de la causa que los realiza.

En vista de este raciocinio, dígase ingénuamente si con la teoría de las *fuerzas latentes* pueden explicarse los fenómenos espiritistas, hallándose aquellas en abierta oposición con el modo de obrar de nuestra alma, como ser finito, como

(1) Dupotet refiere de un sordo-mudo que, mientras permaneció bajo la influencia del espiritismo, hablaba y entendía perfectamente y contestaba con maestría á preguntas y cuestiones intrincadas y de difícil resolución; vuelto á su estado normal, no pudo articular ni una palabra, ni se acordó de cuanto había dicho momentos antes. Dupotet. Esai sur l'enseignement philol. du magnét. pág. 195.

ser humano y como ser viviente; sabido como es de todos que las facultades están en relación con el modo de obrar de cada ser, y el modo de obrar guarda perfecta analogía con la naturaleza específica de cada cosa; por eso las operaciones del bruto son distintas de las del hombre; porque aquél y éste poseen naturalezas específicamente diversas y en general á seres distintos corresponden operaciones distintas.

Por descubrirse á poco que se reflexione su insuficiencia, no me parece conveniente refutar detalladamente las teorías, que han creído hallar la solución de tan difícil problema en la imaginación del hombre, cuando se halla en cierto estado morboso, y en la vibración ó repercusión de las ideas. Es á todas luces evidente que estas teorías son incompletas y sólo dan razón de efectos parciales del espiritismo, y que de ninguna manera bastan para explicar el conjunto variado y asaz heterogéneo de todos los que dejamos reseñados. En efecto; á nadie se oculta que por la imaginación sólo se producirían, cuando más, ciertos fenómenos subjetivos en la persona que se encontrara en ese estado de exaltación, que se supone indispensable (1): la vibración y la repercusión de ideas es un contrasentido filosófico, pues atribuye propiedades materiales

(1) Según esto, únicamente serían sujetos aptos para recibir las impresiones del espiritismo las personas dolientes y enfermas, lo cual está completamente desmentido por la historia, que refiere experimentos de esta clase verificados en toda suerte de personas, hombres y mujeres, adultos y niños, débiles y robustos; y aún se encuentran casos en que ha producido el espiritismo mejores resultados en persona sanas y fuertes que en sujetos enfermos y de complexión delicada. Puede consultarse, entre otros muchos autores que hacen mención de una infinidad de casos analogos, á Charpignon en su obra titulada: *Physiologie du magnétisme*, pág. 282.

á seres que por su naturaleza se hallan colocados á una inmensa distancia de la materia; áun salvado ese gravísimo inconveniente, no explicaría dicha hipótesis más que los fenómenos de conocimiento, que no otra cosa puede surgir del mundo de las ideas humanas. ¿Cómo se explica por este sistema que el *espiritizado* descubra á veces secretos, y revele conocimientos del todo ignorados por el que *le espiritizó*? La reflexión es imposible cuando no hay sujeto de donde proceda.

VII.

EL HIPNOTISMO COMPLICA MÁS EL MISTERIO EN LUGAR DE ACLARARLO.

Merece refutación aparte la teoría del hipnotismo, no porque explique mejor que las anteriores los fenómenos descritos; sino por ser cuestión de actualidad y porque por hombres de ciencia, médicos en su mayor parte, se pretende haber hallado en este sistema la explicación plausible y natural de gran parte de los prodigios espiritistas, sin necesidad de apelar para nada al poder de los espíritus puros, encontrando en el alma del hombre, en su estado de unión con el cuerpo, fuerzas suficientes, desconocidas hasta ahora, según ellos, para la producción de todos los efectos fisiológicos y de algunos psicológicos, llamados por ellos *psíquicos*, atribuidos hasta el presente al mesmerismo, al magnetismo animal ó al espiritismo.

Hipnotismo, según la etimología de la palabra, es lo mismo que sueño ó adormecimiento, habiendo sido inventada para significar el *sueño nervioso* por el inglés Jorge Braid, el cual define el estado hipnótico diciendo que es: «Un estado particular del sistema nervioso producido por la concentración fija y abstracta del ojo mental y del visual sobre un objeto que no sea por su naturaleza excitante.» (1)

(1) Braid *Neurypnology*, pág. 13 y 19.

En cuanto á los efectos que se atribuyen al hipnotismo difieren de un modo asombroso entre sí los patronos de este sistema; pues mientras los unos eliminan de él todos los fenómenos llamados mecánicos, no viendo en el hipnotismo más que un medio terapéutico para curar cierta clase de enfermedades, las nerviosas por ejemplo, y las que proceden del histerismo, y como un gran auxiliar de la cirugía por la propiedad que en él reconocen de adormecer al hipnotizado, prefiriéndolo al cloroformo, ópio ú otro fuerte narcótico; otros ven en el hipnotismo un suplente de las Tisanas de Mesmer, pero que producen en los pacientes los mismos efectos que el mesmerismo; otros se burlan de los fenómenos llamados superiores como productos de la aplicación del hipnotismo, así que niegan que por él se obtengan la adivinación, la trasposición de los sentidos, la comunicación del pensamiento, la acción á largas distancias ó á través de obstáculos, como la visión á través de un cuerpo opaco; otros en fin miran todos estos efectos extraordinarios, añadiendo á los indicados el diagnóstico de las enfermedades y el conocimiento de su método terapéutico ó curativo, como parto legítimo del hipnotismo, porque un gran número de testigos veraces les fuerza á admitirlos, y se esfuerzan en explicar la adivinación del porvenir y la penetración del pensamiento y la mayor fuerza del conocimiento por medios puramente naturales, sin que para ello crean necesaria la intervención de ningún ser espiritual.

Si de la mera enumeración de los fenómenos del hipnotismo, pasamos á investigar su etiología, su causa productora ó su fuerza generatriz, tampoco hallamos más conformes entre sí á los defensores de esta teoría; pues al paso que unos

aseguran producirse la hipnósis por una simple palabra imperiosa: «dormid»; otros adormecen por un simple acto ordenativo de la voluntad, y áun por la sola presencia del hipnotizante sin necesidad de ningún acto imperativo, otros, y esto es lo más común en nuestros días, afirman ser necesario para el sueño hipnótico el fijar la vista en un objeto brillante, lo cual puede hacer uno por sí mismo dando por resultado lo que se llama *autohipnotism*; á algunos les parece indispensable que la fijeza parta del hipnotizante y se pose, digámoslo así, sobre los ojos del sujeto que debe ser hipnotizado, y á esto se llama *fascinar*; algunos médicos tratándose, de hipnotizar cierta clase de enfermos se sirven de la luz, de un ruido estrepitoso, de la compresión del pulso, del cosquilleo, del imán, de las corrientes eléctricas, del canto, del tic-tac de un reloj, de ciertos tocamientos, y de otros y otros medios multiplicados á placer. «En resúmen, dice el P. Franco, (1) todo puede emplearse y cualquier medio es bueno. Lo cual es como si dijéramos que el sueño magnético (ó hipnótico) con todos sus fenómenos, no tiene causa alguna determinada; y que de ningún género de acción hypnogénica (es decir productora de la hypnósis) puede decirse: ésta es la causa física de la enfermedad hypnótica».

Si de las causas hypnogénicas, nos trasladamos al sujeto y á las condiciones en que debe hallarse para ser hipnotizado, encontramos la misma divergencia de opiniones y la misma contrariedad de pareceres. Algunos hipnotistas aseguran ser necesario que en el sujeto hypnotizando se hallen

(1) El hipnotismo puesto en moda, pág. 125.

ciertas propensiones y tendencias marcadas al histerismo, á la locura y á la neurósis; á otros les parece necesario cierto estado patológico en el paciente, para que surta sus efectos la mirada hypnótica; otros opinan que los efectos de la fascinación, sugestión, sueño artificial, anestesia é hiperestesia de los sentidos y clara visión se producen por el hypnotismo indistintamente en toda clase de personas, lo mismo hombres que mujeres, sanos ó enfermos, débiles ó robustos; por algunos se exige para la producción de los fenómenos descritos la firme voluntad del hypnotizante y del hypnotizando, mientras que á otros les parece completamente supérflua esta última, bastando la del operador.

En medio de esta revuelta confusión de opiniones contrarias las unas á las otras, dígase de buena fe si es posible encontrar nada fijo ni estable en el hypnotismo y si él puede darnos la solución verdadera del problema que examinamos, siendo cierto que la verdad no varía y que es tan inmutable como el mismo Dios, autor y causa de toda verdad así natural como sobrenatural. ¿No podremos aplicar á este sistema el criterio que emplea el gran Bosuet tratando del protestantismo? ¿no podremos decir al hypnotismo: «Tú varías, luego no está en tí la verdad»?

Si el hypnotismo constituye una ciencia, una fase nueva de la terapéutica, preciso es afirmar que esta ciencia se encuentra todavía en pañales y en un estado muy embrionario, y que son todavía muy problemáticos sus síntomas, sus causas y sus efectos, y que es indispensable que los señores médicos estudien mejor este medio terapéutico antes de aplicarlo, pudiendo suceder muy probablemente que tratando de curar una enfermedad por este sistema, se la agrave ó pasa

el paciente de un estado patológico á otro cien veces peor, y que, por este tratamiento, de un nervioso resulte un loco, y una simple excitación se convierta en una coestión cerebral, en un aneurisma, en una sofocación; en una palabra: de la enfermedad se pase á la muerte, del sueño magnético al sueño eterno, del que no le despierte más que la trompeta del ángel que le llame al juicio de Dios, á dar cuenta de haber puesto su vida en manos de un charlatán. Preciso se hace decir que estima en muy poco su salud y su vida, bienes inapreciables, el que por el hypnotismo las expone á un probable peligro de perderlas, para no volverlas á recobrar jamás.

Creemos que la mejor refutación del hypnotismo es la sencilla narración que acabamos de hacer, muy á la ligera, de sus efectos, de sus causas y de las disposiciones del hypnotizando, tomado todo ello de los corifeos de esta monstruosa doctrina (1). De la contradicción jamás salió la verdad: la afirmación y negación de una misma cosa y desde el mismo punto de vista nunca produjeron más que el caos y la nada más absoluta.

Pero tiene el hypnotismo muchos puntos flacos por los que se le puede atacar y por ende hacer ver su falsedad como sistema, y su insuficiencia para explicar los efectos maravillosos que se le atribuyen, y áun los que no traspasan los límites de lo natural. Vamos á intentar demostrarlo con razones convincentes y que merecen un sério y detenido exá-

(1) Por no multiplicar las notas, no citamos las obras de Braid, Richer, Zanardelli, Lombroso, Cullere, Morselli, Vizioli, Esdaile, Donato y otros, de los cuales están tomados los datos referidos en todo este artículo.

men de parte de aquellos que, tal vez inconsideradamente, han creído ver en el hypnotismo un recurso poderoso del arte médica para curar una buena parte de las enfermedades que aquejan á la humanidad doliente.

Al primer golpe de vista se nota que en la teoría hypnotista no se da razón de todos los efectos del espiritismo, puesto que en este sistema se descartan desde luego por sus inventores todos ó casi todos los efectos puramente mecánicos, que se observan en las sesiones espiritistas, y que dejamos ya reseñados. También los menos inconsiderados—no me atrevo á llamarlos los más cuerdos—eliminan y dejan á un lado los fenómenos denominados *superiores*, tales como la predicción de los futuros, la trasposición de los sentidos, el conocimiento de los pensamientos ajenos, el hablar lenguas desconocidas, el disertar sobre materias que no se han estudiado y otros parecidos que hemos probado tener lugar en el espiritismo; de modo que, según confesión de los mismos hypnotistas, su hipótesis, á ser cierta, daría una solución muy parcial de los efectos descritos, dejando sin explicación la causa productora de la mayor parte, y la más difícil por cierto, de las manifestaciones y revelaciones espiritistas, quedando por lo tanto reducida á muy estrechos límites y contentándose con darnos explicación, á su manera, únicamente de los fenómenos fisiológicos y de los psíquicos ó psicológico-empíricos, como la fascinación, el sonambulismo lúcido, la sugestión, la irregularidad en las funciones sensitivas, la alteración del sistema muscular y nervioso, la amnesia, ó sea la pérdida de la memoria, la rigidez tetánica, el aumento ó disminución de las fuerzas sensitivas y otros análogos. Más aun de estos pocos fenómenos que han que-

dado con vida después de este recuento, vamos á probar que no puede ser el hypnotismo su generador, por falta de causas naturales y necesarias para su manifestación; no porque estos efectos no puedan en absoluto ser producto de la naturaleza, sino que por la causa que se les asigna, por el modo como se producen y por la manera como desaparecen acusan evidentemente el influjo de un ser preternatural y la presencia de un sér inteligente y libre que tenga extraordinario dominio sobre la materia.

Si es cierto é indudable, y un apotegma universalmente admitido en filosofía, que no hay efecto sin causa; no lo es menos que el obrar se sigue al ser, *operari sequitur esse*, como dicen los Escolásticos, y que la operación y la actividad de la causa guarda necesaria proporción con su naturaleza, de la cual aquella no es más que una derivación y una propiedad esencial, una consecuencia natural y lógica: de manera que según sea el ser, así será su modo de obrar. A un ser natural le corresponderá por lo tanto una operación natural, mientras que un ser libre deberá por precisión tener un modo de obrar libre; de una causa necesaria nacerá indefectiblemente una operación necesaria y un ser contingente producirá sus efectos de un modo contingente y defectible.

Está igualmente fuera de toda duda que las causas naturales y necesarias producen siempre los mismos efectos dadas las mismas circunstancias; que sólo una fuerza mayor las impele á ir contra su innata inclinación y las puede impedir la consecución de su fin natural, y en cesando esta violencia, vuelven á su estado normal y ejecutan los movimientos á su actividad impresos por el autor de la naturaleza: finalmente que no todas las causas naturales sirven

para toda clase de efectos, áun los naturales, por tener todas ellas una virtud finita y una actividad determinada. Por esto nos valemos del fuego para quemar y del hielo para enfriar, la fuerza digestiva convierte en quilo, en carne y en sangre un alimento sano y proporcionado á esta actividad vital, al paso que deja intactas ciertas sustancias, que no son digeribles por no guardar proporción con la virtud operativa del estómago que debe elaborar esta transformación. Para una clase de enfermedades es preciso valerse de ciertos remedios, nocivos y perjudiciales á otras; de aquí esa multitud y diferencia de específicos que se aplican según la variedad de dolencias, y que á ningún médico se le haya jamás ocurrido propinar una dosis de quinina para batir una catarata, ni un colirio para cicatrizar una herida; que ni la terapéutica ni el sano criterio han creído nunca en las panaceas universales anunciadas tantas veces en la cuarta plana de los periódicos; de aquí el aforismo de que *á grandes males grandes remedios*.

Con todas estas verdades claras y evidentes, con todos estos principios inconcusos é indiscutibles está en abierta lucha la teoría hipnotista; pues en ella á causas insignificantes y casi nulas se atribuyen efectos grandiosos y sorprendentes. A un ligero soplo, á una fijeza de la vista, por ejemplo, responden una alteración universal en el sistema nervioso, un trastorno completo en el organismo humano y una série interminable de fenómenos correspondientes á diversas causas, diametralmente opuestas entre sí. Hay más todavía: estas causas insuficientes de suyo y de tan poca virtud natural producen sus efectos á gusto del consumidor, como vulgarmente se dice, dependiendo su casualidad de la voluntad del operante, elemento indispensable, en la mayoría de

los casos hipnóticos, para que la eficiencia natural se manifieste y produzca los efectos de ella necesariamente dependientes y con ella coligados por la necesidad de su naturaleza. ¿Quién no ve aquí una contradicción palmaria? ¿Quién no observa ser esto un absurdo palpable y manifiesto? Causa productora por necesidad imperiosa de su constitución intrínseca, y que no obstante no llega á realizar sus efectos sino á condición de un acto libre de la voluntad, equivale á afirmar que semejante actividad es natural y necesaria á la vez que contingente y libre con respecto á un mismo sujeto y dadas las mismas circunstancias. Si el acto hypnotizante fuera una verdadera causa física obraría como cualquiera otra causa de este orden, de un modo constante, fijo é invariable. ¿De dónde le viene á la causa hypnotizante esa variabilidad, esa inconstancia en el modo de ejercer su virtud operadora?

Se comprende perfectamente que dos causas de virtudes similares produzcan efectos semejantes, con más ó menos fuerza según el grado en que las contengan; dos narcóticos, por ejemplo, producirán un sopor más ó menos profundo, según sea la virtud adormecedora de cada uno de ellos ó la dosis en que se toman; ¿pero será bastante para obtener este mismo resultado aplicar una causa cualquiera, aunque no posea esta cualidad soporífera? Es evidente que nó. ¿Pues, cómo en la hypnogénesis se admite tanta variedad de causas, tan disimilares entre sí, tan desproporcionadas con el objeto que se desea conseguir; y sin embargo con todas ellas se tocan los mismos resultados, se obtienen los mismos efectos? ¿En qué se parecen entre sí, qué analogía de virtud letárgica hay entre la mirada, el soplo, los pases de manos, la luz y demás, para que por todos estos medios se

consiga producir el mismo adormecimiento, el mismo sopor, el mismo letargo? ¿Dónde está aquí la igualdad de virtud natural para que, según las leyes físicas, se produzca el mismo efecto, se consiga el mismo fin?

La recta razón y la sana filosofía nos dicen de consuno no ser posible hallarse en el efecto lo que no preesiste formal ó virtualmente en su causa productora, por esto una causa que no contenga la entidad del efecto no puede realizarlo, ni es posible escoger á voluntad un agente para la producción de un fenómeno dado. ¿Sólo el hypnotismo será una excepción de esta regla general, de esa ley fija é inmutable de la naturaleza? ¿Se ha de conceder á los hombres mayor poder sobre el mundo material que el concedido por Dios á los espíritus, superiores en su ser y en su modo de obrar á todos los demás seres de la creación? Pues bien, cuando los espíritus producen algún efecto material han de valerse siempre de las virtudes materiales de la naturaleza y aplicando estas virtudes, mucho mejor conocidas por ellos que por nosotros, consiguen los efectos apetecidos: se presupone pues en el ser de que se valen una eficacia, que ellos no le dan y que no hacen más que aplicarla á un efecto determinado; obran en una palabra, como dice Santo Tomás, eco fiel en este punto de San Agustín, *aplicando activa passivis*; (1) á la manera que el hombre se sirve del fue-

(1) Santo Tomás Suma Teológica 1.^a part. cuest. 110 arts. 2.^o 3.^o y 4.^o Por la mucha luz que difunde sobre esta cuestión, no podemos resistir al deseo de transcribir un texto del Santo Doctor, algo difuso sí, pero que explica admirablemente el modo como obran los espíritus puros creados sobre los seres materiales. En la Suma contra Gentes, libro 3.^o cap.^o 103, se explica así el Angélico Maestro: «*Substantia igitur spiritualis creata propria*

go para ablandar los metales, aplicando solamente la actividad que existe en el fuego para este efecto.

Se nota además en el hypnotismo una grandísima desproporción entre el efecto producido y su causa generadora. Todo hombre sensato encontrará una dificultad insuperable en creer que un desorden fisiológico gravísimo que agita y conmueve todo el sistema nervioso, muscular, sanguíneo y cerebral, con síntomas de las más terribles enfermedades, las cuales asemejan al hypnotizado á un demente furioso, se produzca con sólo fijar voluntariamente la vista en

virtute nullam formam inducere potest in materiam corporalem quasi materia ad hoc sibi obediente, ut exeat in actum alicujus formae, nisi per motum localem alicujus corporis. Est enim hoc in virtute substantiae spiritualis creatae, ut corpus obediat sibi ad motum localem: movendo autem localiter aliquod corpus, adhibere potest aliqua naturaliter activa ad affectus aliquos producendos: sicut etiam ars fabrilis adhibet ignem ad mollificationem ferri... Considerandum tamen est, quod cum res aliquas naturales vel angeli, vel daemones adhibent ad aliquos determinatos effectus utuntur eis quasi instrumentis quibusdam, sicut medicus utitur ut instrumentis aliquibus herbis ad sanandum. Ex instrumento autem procedit non solum suae virtuti correspondens effectus, sed etiam aliquid ultra propriam virtutem: in quantum agit in virtute principalis agentis. Serra enim et securis non possunt facere lectum, nisi in quantum agunt ut motae ab arte, et ad talem effectum: nec calor naturalis posset carnem generare, nisi virtute animae vegetabilis, quae utitur ipso quasi quodam instrumento. Conveniens est igitur, quod ex ipsis rebus naturalibus proveniant aliqui altiores affectus ex hoc, quod spirituales substantiae eis utuntur quasi instrumentis quibusdam. Sic ergo; licet tales effectus simpliciter miracula dici non possint, quia ex naturalibus causis proveniunt; mirabiles tamen redduntur nobis dupliciter: Uno modo ex hoc, quod per spirituales substantias tales causae, modo nobis inconsueto, ad proprios affectus

un pomo de latón, ó con la mirada torva del hypnotizante, ó con unos pases de mano, ó con cualquier otro movimiento hecho á distancia, ó con un soplo, ó con una aspersión de agua. Dígase con sinceridad si hay ecuación entre estas causas tan insignificantes y la terribilidad y grandiosidad de los trastornos producidos por estos medios en toda la economía animal del cuerpo humano.

Y no se diga que existe en los individuos sujetos á la acción hypnotica una gran disposición, una marcada tendencia á estos efectos, y que las causas alegadas no son otra cosa que la gota que hace verter el vaso lleno: cerrada está por los mismos hypnotistas esta puerta de escape, cuando nos afirman muchos de ellos en gran número no ser necesaria en el hypnotizando ninguna disposición previa; los hechos vienen además á confirmar esta aserción, pues en un sin nú-

apponuntur: unde ingeniosorum artificum opera mira adduntur, cum ab aliis non percipitur qualiter operantur. Alio modo ex hoc, quod causae naturales appositae ad effectus aliquos produendos aliquid virtutes sortiuntur ex hoc, quod sunt instrumenta spiritualium substantiarum, et hoc magis accedit ad rationem miraculi.»

Esta misma doctrina aplicada á los espíritus puros y áun al alma racional, se encuentra expuesta por el Santo Doctor en la Suma Teológica 1.º part. cues. 117, art. 3.º

He aquí sus palabras: «*Materia corporalis non inmutatur ad formam, nisi vel ab agente aliquo composito ex materia et forma, vel ab ipso Deo, in quo virtualiter et materia et forma praexistit, sicut in primordiali causa utriusque. Unde et de angelis supra dictum est, quod materiam corporalem immutare non possunt naturali virtute, nisi applicando corporalia agentia ad effectus aliquos produendos. Multo igitur minus anima sua virtute naturali potest immutare materiam corporalem, nisi mediantibus aliquibus corporibus.»*

mero de casos se vé claramente no existir estas predisposiciones en los hypnotizandos.

Para que no se nos crea por nuestra sola palabra, vamos á robustecerla con el testimonio de hechos muy recientes. Dice el P. Franco en su *Hypnotismo puesto en moda* (1): «La supuesta predisposición no existe, á lo menos en un grandísimo número de casos. Decimos en un grandísimo número de casos, porque en alguno raro podría existir. No creemos improbable que un cerebro debilitado, un loco, una histérica en alto grado, con muy pequeña sacudida, puedan ser llevados á la epilepsia, catalepsia y sonambulismo... Pero lo que nadie podrá tragar es que todos ó casi todos los hombres se hallen tan dispuestos á la gravísima enfermedad de la hipnosis, que baste una mirada para desarrollarla, y casi la nada hunda en el piélago de los neurosis más formidables con delirio etc. Braid no hypnotizaba sólo los anémicos, cloróticas é histéricas; refiere él mismo haber hypnotizado en una sesión pública celebrada en Manchester, catorce adultos varones, *de buena salud*, á quienes no conocía, de los cuales diez quedaron adormecidos. Rochdale hypnotizó veinte; y dos solamente se resistieron. En otra ocasión hypnotizó diez y ocho en Lóndres, y treinta y dos niños sin hallar un sólo refractario (2)...

En las revistas científicas alemanas del año 1880 se refieren las valentías del hypnotizador Hansen sobre médicos y hombres doctos en Breslavia parecidas en todo á las de Donato en Turín y en Milán; en ellas se nota como Hansen

(1) Pág. 130.

(2) Braid. *Neurypnology* pág. 29 y siguientes.

en vez de dirigirse á los sujetos pálidos y enfermizos, á quienes la enfermedad nerviosa debiera predisponer para sufrir la acción del fluido magnético, aceptaba preferentemente los individuos fuertes, robustos y de espléndida salud. Donato presenta un registro en el cual se inscribieron de propia mano tres mil por él hypnotizados. Véase toda clase de gente; desde el ínfimo pueblo á los príncipes, de los idiotas á los eminentes hombres de ciencia. ¿Debemos considerar á estos tres mil todos histéricos con predisposición á la neurosis hypnótica? En la ciudadela de Vicennes, cerca de Paris, Donato hypnotizó un buen número de sargentos, que le fueron presentados por sus jefes..... En Turin y en Milán toda suerte de hombres, y en particular jóvenes robustos, periodistas, alumnos de la Academia y del Politécnico, hombres sanos y en el apogeo de sus fuerzas. Un día en Turín tuvo que hypnotizar unos cuarenta oficiales de la guarnición, seguramente no todos neuropáticos.» Hasta aquí el sábio jesuita. De todo lo cual se deduce que las disposiciones previas para la hypnosis son una pura quimera, una locura inventada para salir del paso, una explicación cogida á lazo por la necesidad de asignar algún agente á esta enfermedad misteriosa sin etiología y sin génesis racional y admisible. Queda, pues, suficientemente desvanecida esta salida de pié de banco tan destituida de fundamento filosófico y de base científica.

VIII.

LA FASCINACIÓN.—SUS VARIAS CLASES.—NINGUNA DE ELLAS PUEDE SER LA CAUSA VERDADERA DE LA HIP- NOSIS.

Pero la fascinación de la vista, se dirá, la fascinación... ¿quién se atreverá á poner límites á este agente poderoso, á esta fuerza mágica capaz de convertir en perros falderos las fieras más indómitas? ¿no vemos todos los días temblar como un azogado á un súbdito ante la mirada torva, imponente y severa de un superior airado? ¿no observamos como se le muda repentinamente el color del rostro y se queda lívido y sin sangre? ¿no hemos presenciado mil veces la caída de un hombre, porque se le ha ido la cabeza al fijarse en el abismo profundo que se abre á sus piés y que se presenta á su turbada vista pavoroso y aterrador? ¿No son estos hechos notorios y de todos conocidos y que pasan á la faz de todo el mundo? ¿Quién podrá por lo tanto explicar esta fuerza secreta, estos efectos sorprendentes que proceden de la fascinación? Admitimos de buen grado los hechos que se acaban de alegar; y apesar de todo, no creemos que con ellos pueda explicarse la virtud hypnogénica que se quiere atribuir á la fascinación.

En primer lugar, hemos visto ya que no todos los hypnotistas se valen de la fascinación para producir el sueño

magnético y la hypnosis; luego en esta hipótesis no deberán atribuirse los efectos á una causa que no se aplica, así como por grande que sea la virtud del fuego para quemar, mientras no se le aproxime al combustible, éste quedará intacto y no será reducido á pavesas.

Mas aún, presuponiendo que la fascinación es indispensable para hypnotizar, no nos resolvemos á creer que posea esa propiedad maravillosa que se le supone para realizar fenómenos tan raros y sorprendentes. Comprendemos sin dificultad que la vista repentina é inesperada de un peligro inminente é inevitable paralice toda acción y nos deje sin movimiento, y que la imaginación y el sistema muscular queden afectados hasta el punto de perderse las fuerzas, el movimiento y la voz. Todo el mundo sabe que uno de los efectos del miedo es agolpar la sangre al rededor del corazón y abandonar por consiguiente las extremidades; ¿qué extraño es pues que, retirada de estas la fuerza vital aneja á la sangre, queden paralizadas y sin fuerza? ¿qué extraño es que debilitada la cabeza se desvanezca, y perdido el equilibrio venga á dar con el cuerpo en el suelo, cayendo de la altura que le produjera el vértigo? No es en este caso la fascinación, ni la fijeza de la vista la causa de esta caída, sino el miedo de un mal grave é inminente que se le presenta de repente ante los ojos con un aspecto terrorífico; ¿por qué esa misma fijeza no da igual resultado, cuando parte de un hombre acostumbrado á andar por andamios y avezado á ver precipicios tendidos á las plantas de sus piés? La misma explicación puede darse respecto del efecto producido en el súbdito por la mirada torva del superior.

Entre todos los sentidos el que más revela las pasiones

de nuestro ánimo es sin duda ninguna el más noble entre todos ellos, el de la vista; por esto se dice con razón ser los ojos el espejo del alma y el reflejo de nuestro interior. Una mirada extraviada es indicio de locura ó de un trastorno mental, la llama de la inspiración se ve fulgurar en los ojos de un genio; una mirada lánguida revela un espíritu muelle é indolente y los ojos fosforescentes y exaltados acusan una alma dominada de la ira. La fijeza, pues, de la vista es solamente un signo de lo que detrás de ella se esconde, y esto es lo que hace temblar al hijo y al subordinado ante la mirada severa de su padre ó de su jefe encolerizado. Esto es lo que contiene á la fiera al ver á su domador armado de una vara de hierro, pues los ojos airados que en ella clava son indicio del peligro próximo de que la descargue sobre sus costillas. Según esto la sola fijeza de la vista es impotente para producir los efectos indicados, si no va acompañada de la consignificación íntimamente con ella ligada. Por esta razón le tiene completamente sin cuidado que se fije ó no sobre él la vista, al que no descubre en esta fijeza un peligro próximo é inminente. Dígase sino, porqué este fenómeno se observa principalmente en los niños, en las mujeres, en los enfermos de anemia, en los débiles, en los hombres de espíritu apocado y en los animales que reconocen instintivamente en el domador armado la superioridad sobre su ser. Ahora bien, no todos los que se sujetan á la acción hypnótica son niños, mujeres ú hombres débiles y enfermizos. Hemos visto asistir á estos espectáculos, en los casos arriba citados, soldados y sargentos de alma muy templada, avezados á despreciar los mayores peligros y expuestos á perder la vida entre el fragor de cien batallas, jóvenes robustos y osados,

varones fuertes y fornidos, oficiales que no conocían el miedo, estudiantes dispuestos á armar quimera con el más guapo, periodistas, caballeros, sabios, labriegos, campesinos y trabajadores de musculatura bien desarrollada, en una palabra, sujetos de todas las clases sociales y de todas condiciones. ¿Diremos que todos ellos quedaban subyugados por la mirada de un ser, enteco y raquítico muchas veces, por un hombre á quien de un puntapié hubieran podido hacer rodar por el suelo? ¿Qué miedo ni qué pavor podía excitar en su alma, de un temple muy subido, un hombre de quien nada tenían que esperar ni que temer en la mayoría de los experimentos? Comprenderíamos estos efectos en una mujer histérica, en una jóven ética ó clorótica, en un imbécil ó un simple; pero en hombres de las condiciones descritas nó: y estamos convencidos de que lo mismo que nosotros opinan todos los hombres de sano juicio y de criterio imparcial, y los médicos que hablen el lenguaje de la ciencia y de la recta razón.

Hay además de esta fascinación otra de virtud maléfica y que procede de la vista envenenada, permítase la expresión, de algunos seres corrompidos, cuya alma encallecida en el vicio exhala malicia, ira y saña por todos sus respiraderos y despide de sus ojos efluvios malignos y dañinos, en particular sobre criaturas fácilmente impresionables. Los hypnotistas y muchos médicos modernos riense á mandíbula batiente de esta teoría sostenida por Santo Tomás (1) y por

(1) En varios lugares de sus voluminosas obras habla el Santo Doctor de la fascinación como puede verse entre otras en la Suma contra Gentiles lib. 3.º cap. 103 y en la Suma Teológica I.ª parte cuest. 117 art. 3.º ad. 2. donde dice: «Ex forti imaginatione animae immutantur spiritus conjuncti, quo quidem in-

todos sus discípulos; y que, á decir verdad, explica, aún físicamente, mejor la fascinación y sus virtudes malélicas que la inventada por ellos para darnos cuenta de los efectos del hypnotismo. Pues mientras aquella alega una causa física para la

mutatio spirituum maxima fit in oculis, ad quos subtiliores spiritus perveniunt. Oculi autem inficiunt aerem continuum usque ad determinatum spatium, per quem modum specula, si fuerint nova et pura, contrahunt quandam impuritatem ex aspectu mulieris menstruatae, ut Aristoteles dicit in lib. de somn. et vigil. Sic igitur cum aliqua anima fuerit vehementer commota ad malitiam, sicut maxime in vetulis contingit, efficitur secundum modum praedictum aspectus ejus venenosus et noxius: et maxime pueris, qui habent corpus tenerum et de facili receptivum impressionis.»

En la exposición de la epístola de San Pablo á los Gálatas capítulo 3.º lección 1.ª explica el Santo más latamente esta materia distinguiendo dos clases de fascinación: una que pudiéramos llamar subjetiva y que reconoce por causa la imaginación, y objetiva la otra, que partiendo de una causa física trasciende al exterior y transmuta un cuerpo proporcionado á su pequeña virtud. Permitanos el benévolo lector transcribir el texto del Santo, aunque largo, en gracia de la mucha luz que sobre esta materia derrama. Dice así: «Fascinatio proprie dicitur ludificatio sensus, quo per artes magicas fieri consuevit: puta quum hominem facit aspectibus aliorum apparere leonem, vel cornutum et hujusmodi. Et hoc etiam per daemones potest fieri, qui habent potestatem movendi phantasmata, et reducendi ad principia sensuum, ipsos sensus immutando... Alio modo accipitur fascinatio secundum quod aliquis ex aspectu malevolo laeditur, et hoc maxime in vetulis quae visu urenti et aspectu invidio fascinant pueros, qui ex hoc infirmantur et vomunt cibum. Hujus causam volens assignare Avicenna in libro suo de Anima dicit quod materia corporalis obedit substantiae intellectuali magis quam qualitatibus activis et passivis in natura... Et hinc est quod... quia anima alicujus foedata passionibus carnalibus, habet fortem apprehensionem in malitia, obedit ei natura ad transmutationem materiae, in illis maxime, in quibus materia habilis est, sicut in pueris teneris contingit, secundum eum, quod ex forti ap-

producción de un fenómeno físico, y su pequeña virtud está en relación con el efecto producido en seres necesariamente débiles é impresionables y á una distancia determinada de su

prehensione vetularum in malitiam, immutatur puer et fascinatur...»

«Sed hoc quidem improbatur á Philosopho Agens enim oportet esse simile subjecto. Non fit autem forma tantum, nec materia, sed compositum ex materia et forma. Id ergo quod agit ad esse corporalium, oportet quod habeat materiam et formam. Unde dicit quod transmutare materiam et formam non potest, nisi id quod habet materiam et formam, et hoc quidem, vel virtute sicut Deus, qui actor est formae et materiae, vel actu, sicut agens corporeum. Et ideo materia corporalis quantum ad huiusmodi formas, nec angelis nec alicui purae creaturae obedit ad nutum, sed soli Deo, ut Augustinus dicit. Unde non est verum quod Avicenna dicit de huiusmodi fascinatione. Es ideo dicendum, quod ad imaginationem seu apprehensionem nominis quando fortis est, immutatur sensus, seu appetitus sensitivus: quae quidem immutatio non est sine alteratione corporis, et spirituum corporis, sicut nos videmus quod ad apprehensionem delectabilis movetur appetitus sensitivus ad concupiscentiam, et exinde corpus calefit.»

«Similiter ex apprehensione timendi frigescit. Inmutatio autem spirituum maxime inficit oculos, qui infecti, rem per aspectum inficiunt, sicut patet in speculo mundo, quod ex aspectu menstruatae inficitur. Sic ergo, quia vetulae obstinatae in malitia et durae sunt, ex forti apprehensione immutatur appetitus sensitivus, et ex hoc, sicut dictum est, infectio maxime fit á venis ad oculos, et ex oculis ad rem perspectam. Unde quia caro pueri mollis est, ad earum invidum aspectum inficitur et fascinatur.»

¡Cuánto más racional y científica es esta teoría del Santo Doctor que la de los señores hypnotistas! ¡cuánto más conforme á la experiencia y á las leyes que presiden al mundo material! En ella á un efecto físico se le asigna una causa física, á un sujeto débil un agente débil también, y á una virtud pequeña un radio de actividad proporcionado á su pequeñez; mientras que pasa todo lo contrario en la opuesta hipótesis de la fascinación á largas distancias, y en sujetos fuertes y robustos, y produciendo fenómenos grandiosos y estupendos.

agente; la de los hypnotistas está en abierta oposición con el resultado obtenido, y no guarda proporción ninguna con los efectos á ella atribuidos; pues á una causa de virtud débil y casi insignificante se le asignan trastornos gravísimos en toda la economía animal del cuerpo humano.

Esta fascinación, según confiesan propios y extraños, no contiene la clave para descifrar el enigma entrañado en el hypnotismo; porque, según la explicación del Angélico Doctor, sólo es aplicable en casos dados de impresionabilidad por parte del sujeto, que debe además estar á una aproximación proporcionada; y según confesión de la mayor parte de los hypnotistas porque no existe tal virtud maléfica en el cuerpo humano.

Réstanos examinar otra clase de fascinación, si puede ser así llamada, procedente de la fijeza, no precisamente de la vista, sino de la atención, y que produce fenómenos de un parecido más aproximado á los del hypnotismo. En algunos individuos por su idiosincrasia es tal la fuerza y viveza de la imaginación, que cuando se fijan en un objeto dado, quedan como atontados y embebidos contemplando lo que les llama la atención con la boca abierta, con los ojos fijos y como si quisieran salirse de sus órbitas, sin darse cuenta de lo que pasa en derredor suyo.

Esto tiene lugar principalmente cuando se percibe alguna cosa nunca vista ni oída, como le sucede á un paleta que por primera vez vé la locomotora arrastrar treinta ó cuarenta wagoes con una velocidad nunca por él imaginada; ó cuando un objeto por su grandiosidad ó belleza rara y singular absorbe todas las fuerzas de nuestra alma y lo contemplamos extáticos é inmóviles; ó cuando aparece ante nuestra

vista algún fenómeno insólito y sorprendente, cuya causa efectiva no atinamos á descubrir; ó finalmente, cuando reconcentrada nuestra alma y absortos en la investigación de una verdad ó en la resolución de algún problema científico, político ó financiero, que mucho nos interesa, nos roba toda la atención de nuestro espíritu y deja como paralizadas y suspensas las funciones de las demás potencias del alma y causa cierto estupor y marasmo en los sentidos en casos dados, como cuando esta fijeza y atención tocan á su período álguido. Así le pasó á Arquímedes que absorto y profundamente ocupado en sus meditaciones y operaciones geométricas no se dió cuenta de la algazara y ruido estrepitoso producidos en la toma de la ciudad de Siracusa; así le sucedió á Santo Tomás, cuando atento únicamente su espíritu y afanado en hallar un argumento convincente contra el error de los Maniqueos, embebido en esta meditación y fuera de sí, olvidóse por completo de que estaba en la mesa del rey San Luís de Francia, y sin darse cuenta de lo que hacía, descargó sobre ella un soberbio golpe en son de triunfo y regocijado por haber encontrado lo que tanto le preocupaba, exclamando alborozado: *Conclusum est contra Maniqueos.*

A poco que se reflexione, se echa de ver al instante la línea divisoria que separa estos fenómenos de los hypnóticos y la inmensa diferencia que existe entre estos hechos y los producidos por el hypnotismo. Los primeros son todos ellos actos extáticos, ó si se quiere, de *auto-fascinación*, permítase la palabra, procedentes de la fijeza del sujeto sobre un objeto, ya sea del orden sensible ya del intelectual, al paso que en los segundos se exige, en la mayoría de los casos, que la fijeza de la vista parta del operante y se pose en

el operado; de modo que la facultad de fascinar más bien se atribuye al agente que al paciente. En aquellos nótase la insensibilidad, la anestesia; no porque los sentidos no perciban su objeto propio, sino porque altamente preocupado el espíritu y reconcentrada toda la atención del alma en el objetivo de su contemplación, no le permite fijarse en otra cosa fuera de lo que tan viva y profundamente le preocupa: nunca adquieren los sentidos en estos casos una sensibilidad extremada, la hiperestesia, antes al contrario quedan todos ellos, excepto aquél de quien dimana la fijeza, como embotados y aletargados; todo lo contrario se advierte en los segundos, pues en ellos, á voluntad del hypnotizante, pasa el paciente de la más completa insensibilidad y del parasismo á la hiperestesia y á la sensibilidad elevada al cubo. La misma insensibilidad originada de la atención fija rarísima vez adquiere las proporciones colosales y alarmantes del hypnotismo, capaces de sustituir con creces al opio, al cloroformo y á la morfina en la mayoría de los casos, según confesión de los mismos hypnotistas. En aquellos como su causa generatriz es la fijeza de la atención se observa el mismo resultado, cualquiera que sea la potencia ó sentido interesados. Así que un número de ópera escogida, una melodía arrebatadora produce esta misma suspensión en un espíritu filarmónico, en un sujeto extremadamente aficionado al bel canto y á la música clásica. Un trozo selecto de oratoria, una concepción sublime de un poeta inspirado enloquece, transporta el alma y paraliza la acción de los sentidos del entusiasta apasionado por las musas, del que delira por la literatura de buen gusto, del frenético admirador de las composiciones retóricas y de los pensamientos bellos expresados con

naturalidad y maestría. En estos la fascinación es producto ordinariamente de la simple fijeza de la vista del hypnotizante, ó cuando más, de la percepción é impresión de algún objeto sensible, incapaz por su pequeñez y poca importancia de absorber y fijar la atención del que lo percibe. Para que tengan lugar los fenómenos referidos en el primer caso, es condición indispensable de ordinario estar dotado de una imaginación viva y brillante que aprenda con fuerza extraordinaria el objeto que le arrebató, una afición decidida é innata á las cosas que le enagenan de los sentidos y una gran facilidad á fijarse atentamente en sólo aquello que le conmueve y excita en él tan vivos sentimientos: de todas estas cualidades se prescinde en el que va á ser hypnotizado; pues vemos todos los días obtenerse idénticos resultados de toda clase de sujetos; estén adornados ó nó de las condiciones indicadas, ya sean de una imaginación ardiente y exaltada ó ya la tengan apagada y difícil de concebir con calor y viveza. Allí se encuentra belleza, grandiosidad, extrañeza y sublimidad de parte de los objetos que tan poderosamente excitan la atención, aquí todo es vulgar, trivial y común, impotente para despertar grandes sentimientos. ¿Puede, en efecto, darse cosa más vulgar y ordinaria, más pequeña é insignificante que un soplo, un ruido, un tictac de un reloj, una aspersion de agua, un cosquilleo, una mirada torva y severa? Tales son, no obstante, los objetos que en la hipnosis tienen la virtud de exaltar la imaginación y de interesar las potencias del alma hasta la enagenación, y de paralizar la acción de los sentidos hasta el punto que hemos visto. Finalmente, la razón y la filosofía hallan una prueba muy convincente para la explicación de los primeros fenómenos fundada en la limi-

tación de las facultades de nuestra alma y en la íntima comunicación y reciprocidad de esta y del cuerpo, y en el mútuo comercio que se nota entre las operaciones de ambos. Razón por la cual se explican perfectamente los fenómenos que observamos á cada paso de que se debilita el cuerpo cuando nos entregamos con demasiado ardor y ahinco á trabajos mentales, y vice-versa la dificultad que sentimos para dedicarnos al estudio, cuando el cuerpo no está sano, ó embotamos las facultades intelectuales con la exuberancia de los placeres sensitivos, ó la demasía en la comida y la bebida. Como una sola es el alma que siente, vegeta y entiende, no puede dedicar sus cuidados preferentes á una de estas operaciones, sino con perjuicio de las otras, descuidándolas en cierto modo por atender especialmente á la que absorbe su atención (1). Y así como decían los antiguos que «*pluribus*

(1) Hé aquí la razón altamente filosófica y basada en la experiencia que alega Santo Tomás para explicar esta mútua influencia del alma sobre el cuerpo, y de éste sobre aquella, fundada en la unidad del alma que informa, anima y vivifica nuestro cuerpo y en la unidad personal ó de supuesto que termina cada naturaleza individual de la especie humana:

Propter colligantiam virium animae in una esesntia, et animae, et corporis in uno esse compositi, vires superiores et inferiores, et etiam corpus invicem in se effluunt, quod in aliquo eorum superabundant, Et inde est, quod ex apprehensione animae transmutatur corpus secundum calorem et frigus, et quandoque usque ad sanitatem et aegritudinem, et usque ad mortem; contingit enim aliquem ex gaudio vel tristitia vel amore mortem incurrere...

»Anima enim conjuncta corpori ejus complexionem imitatur secundum amentiam vel docilitatem et alia hujusmodi, ut dicitur in lib. Sex Principiorum. Similiter ex viribus superioribus fit redundantia in inferiores, ut cum ad motum voluntatis intensum sequitur passio in sensuali appetitu, et ex intensa contemplatione retrahuntur vel impediuntur vires animales suis actibus, et é

intentus minor est ad singula sensus,» es decir, que cuando el alma se fija en muchas cosas á la vez es menor la parte alícuota de su atención que á cada una de ellas corresponde; así por el contrario, cuando queda absorta el alma en la contemplación de un objeto que llama poderosamente su atención, se retira de las demás cosas, y abstraída de ellas y atenta sólo á la que por entonces tanto la interesa, quedan como suspendidas las funciones de las otras potencias que no intervienen directamente en el objeto que por entonces arrastra en pos de sí toda la atención y llévase todos los cuidados de nuestro espíritu. Pórtase en estos casos nuestra alma como una madre de familia cargada de muchos hijos, entre todos los cuales reparte ordinariamente sus atenciones y cuidados; pero que atacado de repente uno de ellos de un accidente mortal, no se acuerda en esta ocasión más que de aquél, cuyo estado alarmante reclama toda su atención, y, clavada su mirada en el rostro sin expresión del hijo accidentado, ni se cuida de los demás, ni se da cuenta de la algarazara que en la pieza inmediata mueven los otros tiernos hijos que no alcanzan la gravedad de lo ocurrido con su hermano, ¿Puede darse razón más natural, más filosófica y plausible para explicar estos fenómenos?

No pasa lo mismo cuando tratamos de investigar el porqué de los efectos de la fascinación hypnótica, pues en ellos todo es innatural, misterioso y enigmático. Digase sino: ¿porqué el hypnotizado pasa de repente, y á voluntad del

converso ex viribus inferioribus fit redundantia in superiores, ut cum ex vehementia passionum in sensuali appetitu existentium obtenebratur ratio... *Questiones disputadas. De passionibus animae quaest. 26 art. 10.*

operante por añadidura, de la más completa insensibilidad á la sensibilidad más exquisita? ¿porqué en este estado el hypnotizado entiende, recuerda y quiere con más lucidez, con más viveza y con más energía que en su estado normal, si así le place al hypnotizante? ¿porqué su cuerpo de rígido y cadavérico se trasforma en un abrir y cerrar de ojos en otro cuerpo ligero y que ejecuta los movimientos más difíciles, las suertes más prodigiosas de un acróbata consumado? Dígase además; ¿dónde está en el caso presente el objeto grandioso, la causa poderosa que produce la insensibilidad y logra fijar de un modo tan raro y tan extraño la atención del alma?; porque hemos probado ya que un ruido, un soplo y además cosas que se asignan, son demasiado pobres y desproporcionadas para realizar efectos tan maravillosos. La fascinación, por lo tanto, sea cualquiera el punto de vista desde el cual se la considere, dista mucho de ser la verdadera solución del problema del hypnotismo y es impotente para producir los fenómenos, de los cuales se pretende sea el generador; es un factor muy pequeño é insignificante para un producto tan grandioso y de tan colosales proporciones.

Generalizando ahora la deducción, infiérese en buena lógica de todo lo dicho que, ó para la existencia y manifestación de un efecto dado basta aplicar una causa, cualquiera que sea su virtud y eficacia, lo cual pugna abiertamente con lo que de consuno nos dicen el sentido común, la experiencia cotidiana y la sana filosofía, ó que no se explica naturalmente cómo en el hypnotismo se obtiene un mismo resultado por procedimientos tan heterogéneos, un mismo efecto por causas tan diversas y tan desemejantes en sus virtudes y en sus propiedades naturales.

IX.

LA ENFERMEDAD HYPNÓTICA ES INNATURAL POR SU GÉ- NESIS, POR SU DESARROLLO Y POR SU TERMINACIÓN Ó CURACIÓN.

Si la hypnósis es una hija sin padre conocido en la naturaleza si la etiología de ese estado patológico es sumamente dudoso y oscura, cuando menos, si la hypnogénesis es un misterio que no se explica, según hemos visto, por las causas naturales; el diagnóstico, el pronóstico, el tratamiento y la crisis final ó la terminación de esta enfermedad son todavía más misteriosos y enigmáticos, atendido el modo como los emplean y los aplican los hypnotistas. Vamos á verlo.

Por diagnóstico entienden los médicos según el diccionario de la Academia, «el conjunto de signos que sirven para fijar el carácter peculiar de una enfermedad.» Estos signos no son otra cosa que los síntomas ó las modificaciones fisiológicas y patológicas que se manifiestan durante el estado morbozo, acusando el aumento, disminución ó agravación de la dolencia, ¿Cuáles son en el hypnotismo estos síntomas, estas modificaciones? el más completo trastorno de toda la economía animal, la más absoluta irregularidad en todo el sistema nervioso, sanguíneo y muscular, y la revolución

más espantosa de todas las facultades sensitivas y de las funciones vitales del hypnotizado, producido todo ello frecuentemente á capricho y á elección del operador. ¿Qué médico será capaz de clasificar esta enfermedad tan rara y desconocida hasta hoy en las clínicas? ¿á que clase reducirá esta dolencia que presenta los síntomas más contrarios y opuestos, y contiene los caracteres de una aglomeración de enfermedades de las más graves y de más difícil curación? Si cada estado morboso se conoce por sus desórdenes peculiares, por sus síntomas característicos; ¿á qué género corresponderá este agregado monstruoso de dolencias y padecimientos producimos separadamente por agentes patológicos de gran virtud y eficacia? ¿Cómo podrá, en una palabra, diagnosticarse una enfermedad, cuyos síntomas no son fijos, sino que varían hasta lo increíble y que tan pronto se manifiestan como se disipan y evaporan? ¿Cómo se explica que el curso ordinario de los demás estados morbosos desarróllase paulatinamente y afecta desde un principio una gravedad mayor ó menor, pero que va manifestándose por grados hasta llegar á su mayor pujanza, cuando en la hypnósis todo es repentino, y desde su aparición ostenta ya los síntomas que se descubren en los demás al tocar á su período álgido? Aquí todo es súbito, todo repentino, todo contrario á las leyes que presiden á la formación y agravación de las otras dolencias. Un jóven, que un minuto antes se hallaba despierto, gozando de la más completa salud, está ahora letárgico, anestésico, hyperestésico, delirante, sonámbulo, rígido á modo de un cadáver, todas sus sensaciones son falaces y morbosas... luego, á una ligera indicación ó sugestión del hypnotizante, desaparecen como por ensalmo todas estas manifestaciones, y vuelve á su es-

tado normal y á su acostumbrada calma este mar poco antes tan revuelto y tempestuoso. ¿Qué síntomas son estos que aparecen y desaparecen en un abrir y cerrar de ojos? ¿qué enfermedad es esta que presenta unos caracteres tan revueltos, tan confusos, tan opuestos entre sí, y que se manifiestan cómo y de la manera que mejor le parece al causante de todo este trastorno tan radical y de estas tan profundas alteraciones fisiológicas? ¿Sobre un punto de apoyo tan débil, sobre una base tan inestable, podrá fundarse ningún juicio cierto, ningún diagnóstico que tenga siquiera visos, no ya de verdad, sino ni áun de remota probabilidad, especialmente si se tiene en cuenta el gran papel que en la manifestación de esta clase de dolencias representa el libre albedrío, la volubilidad é inconstancia de la libertad de un hombre que modifica á su placer estos síntomas y estas manifestaciones? El pretender dar un fallo decisivo sobre esta enfermedad basado en unos signos tan equivocados, en unos caracteres tan inconstantes, en unas manifestaciones que, cual otro Proteo, mudan á cada instante de aspecto y revisiten nuevas formas, mejor que discurrir científicamente, mejor que diagnosticar, débese llamar delirar por todo lo alto. Apelo sino al juicio recto y al criterio imparcial de todo médico despreocupado y avezado á estudiar á la cabecera del enfermo y en las salas de clínica los síntomas que ofrecen á su consideración las múltiples y varias enfermedades y su desarrollo progresivo. De seguro nos dirá que jamás ha observado padecimientos tan raros y complicados y que revistan desde su aparición caracteres tan graves y alarmantes, y sobre todo que, á manera de las olas de la mar, vayan y vengan en pocos instantes, y sin aplicar grandes remedios,

físicos, como su estado de gravedad requería para obtener su curación.

El pronóstico de la hypnósis preséntase revestido igualmente de circunstancias muy raras y singulares, dignas de ser estudiadas y tenidas en consideración. La base el y fundamento del pronóstico no es otro que el conocimiento perfecto del estado del doliente, de las causas de su padecimientos, de los varios períodos porque pasa su enfermedad y de la regularidad ó irregularidad de los síntomas que la preceden ó la acompañan: en una palabra; para pronosticar el resultado final de una dolencia cualquiera, lo primero que se presupone es el diagnóstico de la misma. Si éste no es exacto, es decir, sino se conoce la enfermedad, mal se puede augurar su éxito feliz ó desgraciado. A pesar de ser esto cierto é indudable, nos encontramos con que el pronóstico de esta terrible dolencia que se llama hypnósis es sumamente fácil y lo puede hacer cualquiera, médico ó no médico, por más que no conozca la naturaleza del paciente, ni la causa física, origen de este trastorno, ni sepa á que obedecen los terribles síntomas observados en el hypnotizado. Sí: el médico lo mismo que el profano en el arte de curar pueden pronosticar, sin temor de equivocarse, que este estado patológico, que esta excitación neurálgica, que esta catalepsia y demás trastornos gravísimos producidos por el hypnotismo terminarán favorablemente, cuando le parezca bien al causante de esta borrasca desencadenada ¿Es esto natural? ¿Es éste el modo como pronostican los médicos el éxito, probable nada más, de la mayor parte de las afecciones morbosas? ¿En muchos casos no confiesan paladinamente ser reservado el pronóstico que forman, porque andan á tientas y no ven

claro lo que del conocimiento de la enfermedad se desprende, por no darles bastante luz los síntomas observados, y esperan, para augurar con fundamento, que el progreso de la enfermedad, ó una crisis favorable, aunque parcial, les vengán á sacar de la duda y perplejidad en que se hallan? ¿Porqué en las otras dolencias tanta suspensión de juicio; tanto tiento en pronosticar, tanto miedo de equivocarse; y en la hypnósis tanta certeza, tanto aplomo y tanta seguridad en predecir siempre un éxito feliz, una curación completa? y cuenta con que debiera suceder precisamente todo al revés; porque en la hypnósis todo es incierto y dudoso, sino salimos de la esfera de lo natural. Incierta la causa física y fisiológica determinante de este estado morboso, pues hemos visto cuanto difieren entre sí los mismos hypnotistas en asignarla; dudosos, por no decir otra cosa, los síntomas de esta revuelta mezcla y de este conjunto abigarrado de enfermedades, comprendidas bajo el nombre de hypnósis; ignoradas, la mayor parte de las veces, las condiciones fisiológicas y patológicas, y la idiosincrasia de los pacientes, todo, en fin, es en ella oscuridad, todo tinieblas, sino salimos del terreno de lo natural: ¿sólo el pronóstico, que descansa necesariamente sobre el conocimiento de todas estas cosas ignoradas del hypnotizante, ha de ser cierto, y seguro, y pronunciado sin el menor miedo de equivocarse? ¿No es esto confesar implícitamente que el autor de todas estas afecciones es un agente libre, y que, así como por la indicación y mandato de la voluntad aparecen en la escena, así por un mandato contrario se vienen abajo como castillo de naipes? Sólo así se explica la seguridad de este pronóstico en medio de ese mar borrascoso de dudas, incertidumbres y oscuridades. ¿Y

puede acaso la libre voluntad del hombre llamarse causa natural, física, ó fisiológica de estos efectos, en sí naturales, físicos y fisiológicos, que requieren por necesidad una causa proporcionada y del mismo orden que ellos? ¿Puede por ventura, insistiremos, la voluntad sola del hombre trastornar de esta manera tan patente las leyes naturales, físicas y fisiológicas, sin aplicar otro agente que su libre voluntad? ¿Es quizá la voluntad del hombre de tanta eficacia como la de Dios, que hace lo que dice y á cuyo mandato nada puede resistirse? Luego, si los hechos son ciertos é innegables, como parece, es menester buscar otro agente que se esconde detrás de la voluntad humana, y con la que aquél se halla en íntima inteligencia, en secreta comunicación: luego es preciso decir que la manifestación exterior del deseo del hombre no es más que un reclamo, al que responde un ser superior á sus fuerzas y de un orden preternatural, bastante poderoso para aplicar de un modo, para nosotros oculto y desconocido, causas y agentes del orden natural, cuya virtud puesta por él en acción, produzca estos efectos que no puede realizar el hombre con su simple querer: porque á un efecto físico corresponde una causa física, y un trastorno fisiológico exige por necesidad un trastornador fisiológico de igual naturaleza.

¿Y qué diremos si del simple pronóstico, avanzando un paso más, entramos de lleno en el exámen del tratamiento y del método terapéutico con que se obtiene la más completa curación de esta tan violenta enfermedad? Es un aforismo comunmente admitido en medicina que *in extremis extrema sunt tentanda*, y que á grandes enfermedades grandes remedios: ¿y qué remedios heróicos emplean los hypnotistas

para curar esta dolencia violentísima y que acusa á la vez los síntomas de un número considerable de enfermedades, cada una de las cuales pondría á prueba la ciencia de un aventajado discípulo de Hipócrates y Galeno? ¿qué agentes terapéuticos de eficacia reconocida se propinan por los hypnotistas al doliente, que presenta en revuelto torbellino los caracteres todos de una espantosa neurosis, de una catalepsia de alarmantes proporciones? ¿qué antihistéricos, qué anti-espasmódicos, qué inyecciones hipodérmicas de morfina, qué revulsivos se aplican á ese cuerpo cuya vida aparenta escaparse por momentos, y que tan pronto afecta la rigidez tetánica, como adquiere los movimientos más violentos y ejecuta suertes del más inexplicable equilibrio? Oídlo... y pasáos. Pues ese remedio heróico, esa medicina de una eficacia incalculable es... ¡un soplo!!! ¿Un soplo nada más, me diréis? sí; un sencillo soplo en la cara del hypnotizado le vuelve á su estado normal y calma la desencadenada borrasca que poco antes habíais presenciado. El soplo!! ni que se tratara de hacer botellas ó de apagar una bujía tendría mejor aplicación. ¿De dónde le viene al soplo esta virtud mágica de curar por ensalmo las más violentas enfermedades? No lo sé; pero me consuelo en mi ignorancia; porque tengo la seguridad de que tampoco lo saben los que para este efecto la aplican. Dirán quizá lo que el relojero del cuanto, que no consiste en soplar, sino en saber soplar. Tal vez... quizá... pudiera ser...; pero la píldora es tan gorda que no pasa sin masticarla antes. Dígase si es esto sério y formal, y no más bien un juego de chiquillos, que armados de sus canutitos correspondientes al rededor de un barreño lleno de agua enjabonada se entretienen en levantar *soplando* ampo-

llitas, deshaciéndolas luego con otro *soplo*. ¡Un soplo para apagar un incendio de tan gigantescas proporciones!!! En todo caso deberíamos decir de esos efectos lo que de los dineros del sacristán, que cantando se vienen y cantando se van: es decir, que los efectos hypnóticos, *soplando* se vienen y *soplando* se van: porque, en efecto, hemos visto ya que algunos hypnotizadores se valen del soplo para hypnotizar. No es posible guardar formalidad, cuando se encuentra uno con salidas de tono de este tenor. Se me figura ver salir del fondo del mar á Neptuno armado de su tridente é increpar á las olas, porque, sin su órden ni permiso, se habían levantado hasta las nubes, revolucionándose contra su legítimo rey y señor y obedeciendo á Eolo que desde su estrado real había desencadenado los vientos y producido tal alteración en el líquido elemento, y después de apostrofarlas en tono severo y airado, obedecerle sumisas y reverentes volviendo á su acostumbrada calma. *Et citius dicto æquora placat*: como dice Virgilio. Así el hypnotizante levanta con su soplo ó con su mirada, que para el caso es lo mismo, una furiosa tempestad en todo el organismo del cuerpo humano, y cuando más revueltas están todas las potencias y facultades del hombre sujeto á su poder, devuélvele con un soplo la paz y la calma tan perturbadas y la salud que tan profundamente le había alterado. *Et citius dicto æquora placat*.

Para verdades el tiempo. Hasta ahora no habían conocido los médicos este medio tan sencillo de curar á soplos; era menester que viniera el siglo de las luces á descubrirnos este poderoso agente de la naturaleza, este medio terapéutico de tanta virtud y de tan poco coste, y causar una revolución completa en el arte de curar. Antójaseme que no

les deberá hacer gracia ninguna á los farmacéuticos este específico de nueva invención y más barato todavía que el *agua putei*. Hasta ahora las enfermedades neurálgicas eran el tormento, la cruz y el desprestigio de los más afamados profesores de medicina, eran las dolencias que más rebeldes se mostraban á todo tratamiento terapéutico. Cuando los médicos daban con algún doliente afectado de esta clase de padecimientos, armábanse de paciencia ó dábanse á todos los diablos; pero en ambos casos agotaban los específicos todos de una farmacopea sin resultado satisfactorio las más de las veces, apelaban á los decúbitos, á las corrientes eléctricas, á las duchas ó baños de impresión, á la hidroterapia; llamaban en su auxilio á la homeopatía, á la dosimetría, á la higiene, al ejercicio metódico; pero esta rebelde enfermedad con frecuencia burlábase de todos los remedios y recetas desacreditando á los que las habían rubricado. Mas la hypnósis, que es sin duda una neurósis llevada á su grado supremo, muéstrase más dócil al tratamiento; pues después de haberse enfurecido presentando unos fenómenos espantosos, se calma con un ligero soplo. ¡Oh soplo reparador! ¡oh soplo de virtud increíble! ¡cómo ha permanecido oculta tanto tiempo tu eficacia maravillosa en perjuicio de la humanidad doliente y en desprestigio de la medicina, que hasta hoy no ha sabido aplicarte convenientemente!: á los hypnotistas les cabe la alta honra de este descubrimiento, pasmo de nuestro siglo ilustrado.

La ciencia médica de los hypnólogos tiene también como las mujeres sus caprichos y sus modas, y ahora impera la de curar á soplos; y hasta que no pase su época, no tienen otro remedio los médicos que soplar ó rabiarse. Antes se em-

pleaba el soplo para hypnotizar, ahora quiere la caprichosa diosa que sirva para deshacer lo hecho, y en efecto deshypnotiza; y éste es el remedio que suple con creces á los empleados en otros tiempos, como el cosquilleo, la compresión de los párpados, un golpe vivo en la mano ó en el brazo, una corriente de aire fresco aplicada á la cara, una copita de ginebra, etc. etc. etc. Pues así como hemos visto que todos los medios son buenos para hypnotizar, todos ellos sirven admirablemente para deshypnotizar; lo cual prueba en buena lógica que lo mismo sirven para lo uno que para lo otro, es decir, que todos ellos no son más que una pantalla, detrás de la cual se encubre el verdadero mago, operador de todos estos trastornos, de una virtud inmensamente superior á la de todos estos remedios fútiles y ridículos. Esto, amigo lector, refútase por sí mismo y es hacerle mucho honor al hypnotismo el ocuparse en rebatir sériamente sus extravagancias y necesidades.

Vamos á concluir haciendo nuestras unas palabras del P. Franco, que dirigiéndose á los hombres doctos y especialmente á los médicos notables por su saber y por su cordura les apostrofa en los siguientes términos (1): «Creen estos realmente, bajo su palabra, que un soplo, un bofetón ó las cosquillas son remedios físicamente bastantes para interrumpir el curso de una desenfrenada neurosis, enfermedad que saben es casi incurable. Y sin embargo, los fenómenos de alta neurosis son palpables, y el soplo los destruye; ¿que contestan? Digan lo que ellos opinan, que á nosotros nos parece razonar con la lógica y la fisiología, si decimos que esta

(1) El hypnotismo puesto en moda, pág. 163.

enfermedad es misteriosa é innatural en el resultado y en la curación como en lo demás...

«Sean pues atentos los hombres de ciencia, si nosotros en vista de tantos absurdos, no nos inclinamos á creer natural el hypnotismo ó bien meramente natural. Sabiendo nosotros que nada se produce sin causa, suponemos que donde no llegan las causas fisiológicas, debe haber una que sea extrafisiológica ó bien no natural. Y esta convicción, muestra firmísima es absoluta.»

Habrá notado el lector que nos hemos concretado á refutar el hypnotismo en la parte únicamente de sus fenómenos que en absoluto no traspasan los límites del orden natural, por más que acusen un elemento preternatural, atendido el modo como aparecen y desaparecen; porque una vez probado esto, queda sentada implícitamente la completa imposibilidad de explicar por esta teoría los fenómenos superiores y que en absoluto exceden las fuerzas naturales, como son la trasposición de los sentidos, la adivinación más ó menos cierta de los pensamientos ocultos, la visión de objetos á través de cuerpos opacos ó á largas distancias y la sugestión, sobre todo la llamada á *plazo fatal*, que creemos ser el punto más negro del hypnotismo y el de más funestas y trascendentales consecuencias, especialmente en el orden moral.

Despréndese por lo tanto de lo dicho en estos tres últimos artículos que el hypnotismo es impotente para dar una solución satisfactoria al problema que nos ocupa, ya porque en él sólo se da explicación parcial de los fenómenos observados en el espiritismo, por ejemplo, los fisiológicos y los psicológico-empíricos, ya porque aun esta explicación es muy

deficiente, ya finalmente porque, atendido el modo de su génesis y de su crisis final ó terminación, y su variabilidad y dependencia del libre albedrío, revelan la intervención de un ser inteligente y libre y de un agente superior á las fuerzas naturales sujetas á las leyes físicas é inmutables, todo lo cual pugna con lo que vemos en los experimentos hypnotistas.

X.

LAS ALMAS DE LOS FINADOS NO SON NI PUEDEN SER
LOS VERDADEROS AGENTES DE LOS FENÓMENOS
ESPIRITISTAS É HYPNÓTICOS.

Desembarazados ya de toda esa série de teorías incompletas y ridículas, y libres de tantas hipótesis gratuitas é infundadas, podemos entrar de lleno en el exámen detenido y en el análisis minucioso de las que hemos llamado antes con el sábio é ilustrado Cardenal Arzobispo de Sevilla teorías *espiritistas* y *espiritualistas*, las cuales han reunido en derredor suyo mayor número de partidarios. La teoría espiritista, según lo expuesto, sostiene que la causa de todos los efectos, así de los mecánicos como de los fisiológicos y psicológicos producidos por el espiritismo, no puede ser otra que las almas de los finados. Aunque semejante suposición no encierre en su seno tan patentes absurdos, como las anteriores, todavía ofrece gravísimos inconvenientes dignos de tomarse en cuenta, antes de pronunciarse á favor de ella. Voy á reseñarlos con la mayor brevedad y lucidez posibles.

Santo Tomás enseña que las almas, una vez separadas de los cuerpos que vivificaron en este mundo, se hallan incapacitadas de mover ningún otro cuerpo por su propia virtud y lo prueba del modo siguiente: «Es una cosa patente y manifiesta á todos que en el estado de unión del alma con

el cuerpo, aquella sola puede mover un cuerpo vivificado; por lo que, si algún miembro de nuestro cuerpo se encuentra muerto, (paralizado) no obedece á el impulso impreso por nuestra alma á los miembros. Es igualmente cierto que el alma separada no vuelve á vivificar ningún otro cuerpo; (sopena de incurrir en el error enseñado por Pitágoras acerca de la trasmigración de las almas, el cual admitía una série infinita de animaciones y reincarnaciones). Luego, atendida la virtud natural de nuestra alma, no puede ésta dar movimiento á ningún otro cuerpo después de su separación (1).»

Permitanme nuestros lectores que para mayor claridad explique con más difusión y latitud la razón expuesta por el Ángel de las Escuelas con la precisión, profundidad y laconismo tan habituales en el Santo Doctor.

La potencia locomotiva de nuestra alma es de una virtud y un poder limitado; por eso tiene un objeto particular y propio fuera del cual nada le es dado obrar, á no ser va-

(1) *Anima separata sua naturali virtute non potest movere aliquod corpus. Manifestum est enim quod cum est corpori unita, non movet nisi corpus vivificatum, unde si aliquod membrum corporis mortificatur, non obedit anima ad motum localem. Manifestum est autem quod ab anima separata, nullum corpus vivificatur, unde nullum corpus obedit ei ad motum localem, quantum est, de virtute sua natura. Santo Tomás 1.^a part. cuest. 117 art. 4.*

Poco antes aduce el Santo el testimonio del Estagirita que afirma lo mismo en el libro *De anima* con estas palabras: *Quod anima non potest movere quodcumque corpus, sed solummodo proprium. Loc. cit.* Y en la cuestión «*De malo*» 16 art. 10 repite esto mismo. Hé aquí sus palabras: «*Anima humana... non habet virtutem movendi corpus, etiam localiter, nisi proportionatum sibi per hoc quod est vivificatum ab ea.*»

liéndose de él como de medio ó instrumento; á la manera que por ser los colores el objeto propio y peculiar de la potencia visiva, ésta no puede percibir cuerpos incoloros, cuales son los gases y ciertos fluidos imponderables é invisibles. Ahora bien el objeto propio de la potencia locomotiva de nuestra alma es mover su *propio cuerpo vivificado y devidamente organizado*, y mediante él, los demás cuerpos proporcionados á sus fuerzas musculares. Esto nos lo está diciendo á grandes voces la experiencia; pues vemos todos los días que cuando algún miembro de nuestro cuerpo está paralizado ó separado del conjunto, ni recibe del alma movimiento alguno animal, ni puede por medio de él comunicarlo ó imprimirlo en los otros cuerpos. Luego, después de la separación, no le es dado al alma desarrollar su fuerza locomotiva, ni en otros cuerpos, porque su virtud está limitada al suyo propio; ni tampoco ejercerla en el que abandonó, pues ya no está vivificado ni tiene la necesaria organización, lo cual constituye, como se ha dicho, su objeto propio y peculiar.

Por consiguiente; ó hemos de conceder que después de la muerte puede nuestra alma pasar á informar ó vivificar otros cuerpos, según el error manifiesto de la escuela pitagórica, error incompatible con la doctrina católica y hasta con la filosófica sobre el destino de las almas después de esta vida; ó hemos de resignarnos á decir que, una vez verificada la separación del alma y del cuerpo, aquella queda completamente imposibilitada, naturalmente hablando, para imprimir movimiento alguno; por insignificante que sea, en ningún cuerpo. En pocas palabras: ninguna potencia, como dicen los filósofos, puede extralimitarse ú obrar fuera de su objeto connatural, éste en la potencia locomotiva del alma

es mover su propio cuerpo vivificado y debidamente organizado; luego separada de, él, no puede, naturalmente hablando, mover ningún otro, ni siquiera el que antes vivificara. Con toda intención he añadido la cláusula *naturalmente hablando*, porque voy á examinar inmediatamente, si en otro sentido, permitiéndolo Dios, pueden las almas de los difuntos ser los verdaderos agentes de las maravillas y portentos del espiritismo, lo cual constituirá otra prueba contra la teoría espiritista.

Según la doctrina católica, la única racional en esta materia, en tres estados pueden encontrarse las almas de los finados, después de desprendidas de la carne que animaban en vida: a) ó bien están percibiendo en la gloria el fruto de sus trabajos y recibiendo el premio debido á su virtud y á los méritos adquiridos durante su peregrinación y su paso por este mundo; b) ó bien hállanse purificando en el lugar de expiación hasta pagar el *último cuadrante*, á causa del reato de pena temporal incurrida por los pecados cometidos en este valle de miserias y satisfaciendo por ello á la divina justicia; c) ó bien experimentan en el infierno todo el rigor de la ira de un Dios vengador, provocado por sus infidelidades á la gracia y á los llamamientos divinos, por sus maldades, sobre todo por la impenitencia final y por la obstinación diabólica en permanecer en el pecado hasta el último aliento, hasta el momento postrimero de la vida. En cualquiera de estos tres estados en que se encuentren las almas de los difuntos, no pueden intervenir ni ser los agentes de los efectos del espiritismo; toda vez que separada el alma del cuerpo, cualquiera que sea la condición y estado de su destino, está completamente sujeta á la voluntad de Dios

(1) y sustraída del poder de cualquiera otra criatura, sin que sea dado á nadie evocarla á su placer del lugar donde reside y á donde fuera destinada por la divina Providencia en conformidad con las acciones que practicara en el mundo.

¿Qué virtud especial poseen los *mediums* para usurpar á Dios el señorío sobre las almas que ha sustraído del imperio y mando de toda criatura, sea hombre, sea ángel, sea demonio del infierno? ¿Cómo, pues, concederá los *mediums* la facultad de evocar á su antojo esas almas, y obligarlas á satisfacer á sus preguntas vanas y curiosas, y á representar el papel más ridículo y cómico que pueda imaginarse, para entretener y divertir á un público inmoral y por demás supersticioso? Acerca de las almas bienaventuradas que gozan de la presencia y posesión de la divinidad, no cabe siquiera imaginar que Dios permita sean juguete de hombres, que por este medio se proponen alcanzar un torpe lucro, ó un vano entretenimiento, ó quizá la propagación de errores fu-

(1) Véase lo que opina San Agustín sobre esta materia. En el libro *De cura pro mortuis*, cap. 13, dice el Santo Obispo de Hipona que, una vez separadas las almas de sus cuerpos, no intervienen, por su propia voluntad y naturalmente hablando, en nuestros negocios. Hé aquí sus palabras: «*Si rebus viventium interessent animae mortuorum et ipsae nos quando eas videmus, alloquerentur in somniis: ut de aliis taceam, me ipsum pia mater mea nulla nocte desereret, quae terra marique secuta est ut mecum viveret... Si autem parentes non intersunt, qui sunt alii mortuorum qui noverunt quid agamus quidve patiamur?*»

De la misma opinión es el Angélico, fiel y constante discípulo del Aguila de los Doctores. En la Suma teológica lo enseña terminantemente: «*Sanctorum animae, dice el Santo, sunt perfectissime justitiae divinae conjunctae, nec tristantur, nec rebus viventium se ingerunt, nisi secundum quod justitiae divinae dispositio exigit*» 1.^a part. quæst. 89 art. 8.

nestisimos y de un culto indigno de la Majestad infinita, y por lo mismo idolátrico y supersticioso. Sobre las almas detenidas en el purgatorio hasta satisfacer á la justicia divina el *último cuadrante* en expresión de un libro santo (1), podemos sin ningún temor afirmar que no es decoroso ni digno de la infinita santidad de Dios, con cuya santísima voluntad está identificada la voluntad de las almas que expían en el purgatorio las pequeñas faltas y el reato de pena temporal correspondiente á los pecados mortales perdonados y no completamente satisfechos con que salieron manchadas de este mundo miserable, permitir que, puestas á disposición de hombres irreligiosos é inmorales, sirvan á sus perversos fines, obedeciendo á sus mandatos, ejecutando sus órdenes y siendo instrumento de su perversidad y malicia refinada. Con respecto, en fin, á las almas encerradas por sus pecados y por su voluntad depravada en las eternas mazmorras, que Dios destinara para castigo de los perversos y obstinados, están ellas bajo la inmediata vigilancia y poder infinito de Dios y bajo la acción de la justicia divina, grande é incomprendible en los castigos lo mismo que en los premios, sin que le sea dado á mortal alguno el sacarlas á su placer, ni evocarlas de tan miserable lugar, ni librarlas por un solo instante de los tormentos eternos á que se hallan condenadas (2).

No se me oculta que podrá objetarse contra lo dicho la realidad de un sin número de apariciones de difuntos, ates-

(1) Evang. de San Mateo, cap. 5. v. 26.

(2) Véase á del Rio, lib. 3. cuest. 26. sec. 7. pág. 138, en donde sienta la siguiente tésis: *Magi nequeunt opera daemonum veras defunctorum animas novis ostendere.*

figuadas debidamente por la historia eclesiástica, y también por la contemporánea del espiritismo, cuya autenticidad no es posible poner en duda. Admitiendo gustoso la realidad histórica de estos hechos, trataré de explicarlos con la doctrina y enseñanzas del angélico Doctor Santo Tomás de Aquino. Dos hipótesis muy fundadas en razón y muy aceptables indica el Santo en la *Suma* (1), para dar razón de estas apariciones: la primera es que Dios, obrando sobrenaturalmente, es decir sobre las leyes ordinarias, puede aumentar de un modo prodigioso las fuerzas naturales de dichas almas y concederles un dominio sobre la materia mucho mayor que el tenido en su estado de unión con el cuerpo; pero nótese que ni esas fuerzas ni ese dominio son naturales á las almas de los finados, sino sobreañadidas por dispensación divina á las que por su naturaleza les competen, lo cual es un verdadero milagro. La segunda explicación dada por el Santo Doctor de las apariciones en cuestión, es que puede suceder muy bien que los aparecidos ó evocados no sean realmente los difuntos, sino los ángeles buenos ó malos que toman sus apariencias, su forma, su color, su voz, sus maneras y

(1) *Ad secundum dicendum quod hoc quod mortui viventibus appareant, vel contingit per specialem Dei dispensationem, ut animae mortuorum rebus viventium intersint, et est inter divina miracula computandum; vel hujusmodi apparitiones fiunt per operationes angelorum bonorum vel malorum, etiam ignorantibus mortuis, sicut etiam vivi ignorantes aliis viventibus apparent in somnis, ut Aug. dicit in lib. «De cura pro mortuis agenda» Unde et de Samuele dici potest quod ipse apparuit per revelationem divinam, secundum hoc quod dicitur: Eccli 4: «Quod dormivit et notum fecit Regi finem vitæ suæ». Vel illa apparitio fuit procurata per daemones... Santo Tomás, 1.^a part. cuest. 89. art. 8, respuesta al 2.^o argum.*

demás condiciones individuales. En esto no ve la razón imposibilidad alguna, pues sabido es que el poder de los ángeles sobre la materia es incomparablemente mayor que el de las almas, las cuales ocupan el último peldaño en la inmensa escala de los seres espirituales.

La primera hipótesis adoptada por el Angélico Preceptor, aplicable en muchos de los casos referidos en la historia eclesiástica y en las vidas de los santos, no tiene aplicación en los hechos espiritistas; á no ser que digamos que Dios puede hacer milagros, (pues de tales califica el Santo las apariciones de las almas en la primera suposición) en favor de doctrinas erróneas, de prácticas pecaminosas y de diversiones y curiosidades sembradas de peligros inminentes para la eterna salvación. Sólo podrán por lo tanto explicarse las apariciones verificadas en las veladas espiritistas, apelando á la segunda hipótesis, como lo hace el Santo, apoyado en la autoridad de San Agustín y San Crisóstomo, al tratar de explicar un hecho concreto de esta especie, en que Simón Mago aseguraba aparecérsele el alma de un niño por él asesinado y que por su medio obraba portentos y maravillas. Son dignas de notarse las palabras del Angélico Maestro: «Con frecuencia, dice, los demonios se fingen ser almas de los finados para confirmar en su error á los gentiles (lo mismo puede decirse de los herejes, impíos é incredulos de nuestros tiempos) que tales cosas creían (1).

(1) *Ad secundum dicendum quod (sicut dicit Aug. 10 de Civit. Dei et Chrysost. super Matth.) frequenter daemones simulant se esse animas mortuorum ad confirmandum gentilium errorem qui hoc credebant. Et ideo credibile est quod Simon Magus illudebatur ab aliquo daemone, qui simulabat se esse animam pueri quem ipse occiderat.* (Santo Tomás, 1.^a part. cuest. 117 art. 4.^o respuesta al 2.^o argum.)

Ni son solos los respetables autores citados los que explican ciertas apariciones de difuntos por la simulación ó fingimiento de los espíritus infernales, Tertuliano (1), Clemente Alejandrino (2), Orígenes (3), Arnobio (4), San Cipriano (5), Porfirio (6), y otras muchas autoridades de gran peso vienen en apoyo de la hipótesis del gran filósofo cristiano del siglo trece. Hasta los mismo espíritus evocados, que en las sesiones espiritistas tan cómico papel y tan indigna farsa representaron, han confesado, sin embargo, claramente este fingimiento, confirmando con tan elocuente testimonio la verdad de la teoría de Santo Tomás. Considerable número de estas importantes confesiones hechas por los mismos espíritus podría acumular aquí, si la índole de este trabajo lo permitiera; me concretaré con transcribir una que refiere Pailloux: «Un espíritu, dice este ilustrado autor, (7)

(1) *Lib. de anima, cap. 57.*

(2) *In admonitione ad gentes: edic. de Silburg, pág. 4 y sig.*

(3) *Contra Cels. lib. 2º. num. 51,*

(4) *Disput. adversus gentes, lib. 7.º*

(5) *Epist. ad Demetrianum et Donatum.*

(6) Por ser étnico este autor y por lo terminante de su testimonio, vamos á transcribirlo textualmente. «*Nondum didicisti* (son palabras que Porfirio pone en boca de Euchiteo en el diálogo entre éste y Enesio Platónico) *maleficos daemones materiae involucro septos, humanas imitando animas mentiri se eos qui jan mortui sunt ab inferis excitaturos, qui tamen hominum animas carminibus non eliciunt, sed daemones qui formas mortuorum induunt. Lib. de anima.*»

(7) *Le magnetisme: pág. 120.* En la página siguiente prosigue dicho autor el relato del diálogo entablado entre el *medium* y el espíritu, en el cual aquél interpela á éste del modo siguiente: *Medium-Mais tu n'a point toujours parlé de la sorte, esprit menteur et jaloux! Tu souffrais, tu prétendais souffrir, tu te donnais pour une âme et tu parlais comm' un enfant de l'Eglise. Tu de-*

que al principio había simulado ser una alma que padecía en el purgatorio y que pedía sufragios y oraciones, para verse libre de tan terribles penas, al fin descorrió el velo y manifestó públicamente que era un espíritu infernal, el cual pedía que pactase con él la entrega de su alma, y negaba la existencia del purgatorio y del infierno, y afirmaba que buenos y malos habían de disfrutar de la misma bienaventuranza.»

Vista por una parte la impotencia natural de las almas separadas de sus cuerpos para imprimir cualquier movimiento en la materia y por otra la imposibilidad absoluta de que Dios, como autor sobrenatural, les conceda esa gracia extraordinaria y esa facultad tan superior á las fuerzas de su naturaleza, para un fin inútil y pecaminoso, para fomentar ó dar pábulo á la vana curiosidad de los hombres, y para satisfacer su deseo inmoderado de saber más de lo que conviene, no conteniéndose dentro de los límites de la sobriedad encargada por el Apóstol á todos los fieles (1): es muy lógico inferir que no son ni pueden ser las almas de los di-

sirais nos prieres, tu sollicitais le saint sacrifice de la messe pour obtenir la paix et le bonheur. Esprit.—Eh bien, ne fallait point d'abord parler votre langage?... Si j'ai menti, je veux dire vrai: Le purgatoire n'est pas.—Et l'enfer?—L'enfer est moins encore»

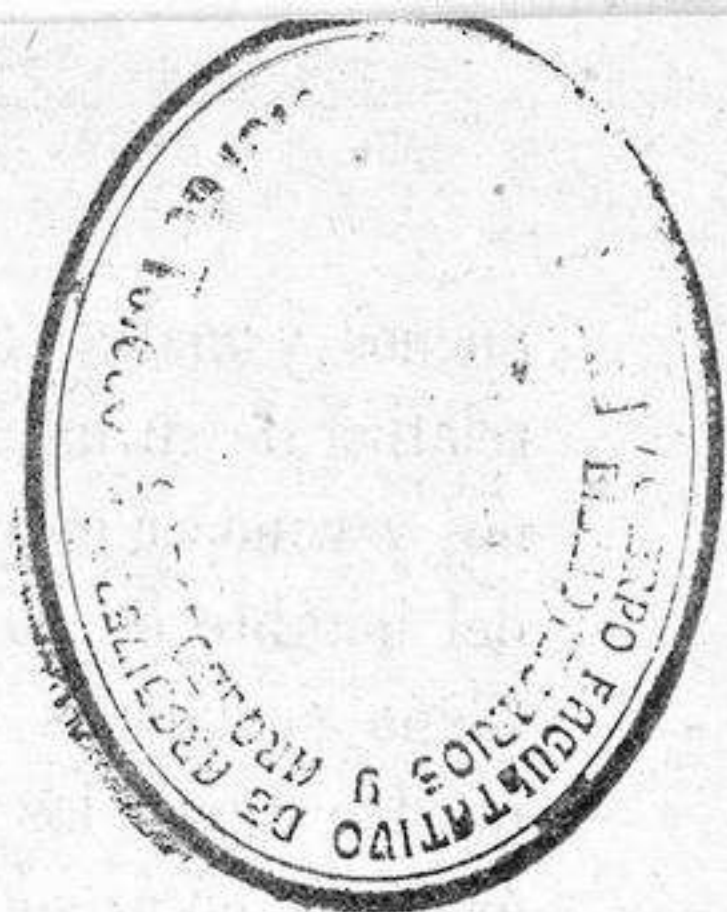
En la obra de «Magia» cap. 4. de Des Mousseaux se encuentran muchas confesiones explícitas de que el espíritu aparecido era *Belcebú*, *Lucifer*, el demonio en fin, que se había encubierto bajo la apariencia de las almas de los finados.

Puede también consultarse sobre este punto la obra de Maignon «*Les morts et les vivants*» entret. 1. et suivants, y las de Mirville «*Des esprits*» chap. 1, y «*Questions des esprits*» chap. 2

(1) Ad Rom. 12. 3.

fundos los verdaderos generadores de los fenómenos que nacen del espiritismo, por más que los espíritus evocados por los *mediums* se presenten bajo su forma, tomen su figura y simulen perfectamente las almas de nuestros padres, amigos, deudos ó conocidos que dejaron de existir.





XI.

LA INTERVENCIÓN DE LOS ESPÍRITUS CELESTIALES TAMPOCO RESUELVE EL PROBLEMA; ES ADEMÁS INJURIOSA Á SU SANTIDAD Y Á SU ELEVADA MISIÓN.

Ninguna de las teorías expuestas puede resistir, según se acaba de ver, la mirada escudriñadora y severa de la sana filosofía, ni sufrir el exámen riguroso practicado á la luz refulgente de la recta razón; sino que todas ellas bajan la vista, avergonzadas de su pretensión orgullosa, ruborizadas por su loco empeño y convictas de su insuficiencia y absoluta incapacidad, para explicar satisfactoriamente los fenómenos que han dado nombre al espiritismo. Estos agentes no pueden ser otros que los espíritus angélicos ó los espíritus infernales, llamados también por los libros santos *potestades tenebrosas* (1). Que dichos efectos no superan la virtud y eficacia de los seres que son puros espíritus, ni están fuera del alcance de la esfera de su actividad natural, lo dice resueltamente el ya citado Cardenal Arzobispo de Sevilla en completa conformidad con la doctrina de Santo Tomás, su mentor y su maestro. Hé aquí sus palabras terminantes sobre esta materia (2): «Los espíritus puros, ó sea los ángeles

(1) Ad Ephesios. 6. 12.

(2) Filos. Elem. tom. 2. págs. 248 y 249.

buenos y malos, en virtud de la superioridad y perfección relativa de su naturaleza, pueden producir muchos fenómenos y conocer muchas cosas á que no alcanza la inteligencia del hombre en su estado presente de unión con el cuerpo. Como sustancias espirituales puras, simples é inextensas pueden mover los cuerpos sin contacto cuantitativo; pueden existir y obrar en lugares distantes, sino simultáneamente, al menos en brevísimo espacio de tiempo, porque no están sujetos á las leyes del movimiento local de los cuerpos, consiguientes á la ocupación *circunscriptiva* del lugar que las sustancias extensas exigen. De aquí es que pueden, por ejemplo, conocer casi instantáneamente lo que sucede en lugares distantes; pueden producir espectros y apariciones, bien sea combinando los flúidos y diferentes cuerpos de la naturaleza, bien sea influyendo sobre los órganos de los sentidos, ó alterando el medio; pueden dar respuestas por palabra, por escrito y por señales convencionales, sirviéndose de los órganos y miembros del cuerpo humano, como acontece en los hombres que se denominan *mediums* en el espiritismo; pueden producir sonidos armónicos, ruidos, con otros fenómenos análogos; pueden finalmente conocer las cosas futuras necesarias y libres, pero con la diferencia que el conocimiento de las primeras entra en la esfera de sus fuerzas naturales y puede ser mas ó menos cierto y seguro; pero de las segundas, solo pueden tener un conocimiento *conjetural*, no cierto ó absoluto; porque éste es propio de Dios, único que puede penetrar en lo interior de la voluntad y tener presciencia de sus determinaciones libres. Sin embargo, el conocimiento perfecto que poseen de las causas naturales, de su conexión, de los fenómenos necesarios futuros, y consi-

guientemente de la influencia que estas causas y efectos necesarios han de ejercer en las determinaciones de la voluntad humana, son causa de que su conocimiento de los futuros contingentes y libres, aunque sin salir de la esfera de *conjetural*, sea mucho más seguro que el que alcanzar puede el hombre con su previsión y sus fuerzas (1).»

Examinado hasta donde se extienden las facultades naturales de los espíritus angélicos, así buenos como malos, entremos á investigar á cuál de las dos clases deben atribuirse las maravillas obradas por el espiritismo. Casi es hacer injuria á mis lectores intentar demostrarles formalmente la imposibilidad de que sean los espíritus angélicos los que tan

(1) Nótese que todo lo dicho conviene igualmente á los ángeles y á los demonios; pues éstos, según Santo Tomás, por el pecado nada perdieron de lo que por su naturaleza les corresponde; así que conservan un dominio sobre la materia mucho mayor que el de nuestras almas y un conocimiento mucho más completo que nosotros sobre las causas naturales, porque esas dos perfecciones son inherentes y esenciales á su constitución intrínseca. En la part. 1.^a cuest. 64. art. 1.^o de la *Suma* puede verse tratada y probada con sólidas razones y apoyada con la autoridad de San Dionisio esta doctrina del Angélico Preceptor. Sólo apuntaremos una razón más sobre las aducidas por el sabio filósofo español, y es la que señala el Santo Doctor en la respuesta al quinto argumento: *Tertio modo cognoscunt (daemones) per experientiam longi temporis.*» Es decir: que la experiencia adquirida por el largo trascurso de los años les da una grandísima facilidad para conjeturar muy probablemente lo que sucederá, aun respecto de las causas libres, atendido su modo de obrar *ut in pluribus*. Pero, como se ve, este conocimiento no va mas allá de una conjetura mas ó menos fundada, y no llega jamás á la certeza absoluta de la evidencia y de la ciencia. Es tal, no obstante, el alcance de este conocimiento conjetural, que llega á decir un adagio vulgar: «El demonio sabe mas por lo que tiene de viejo que por lo que le corresponde como á demonio.»

ridículo papel desempeñan en las sesiones espiritistas: mas como no falta quien hasta este extremo lleva su audacia, por no decir ignorancia inconcebible, forzoso se hace probar, siquiera sea muy á la ligera, que no cabe atribuir racionalmente á los ángeles las comunicaciones á que se refiere el espiritismo. La naturaleza, origen y destino de estos seres bienaventurados rechazan semejante teoría. Proceden de Dios como de su primer principio, obran por orden y permisión de Dios y tienen á Dios por último fin de sus acciones. Sería impropio de la grandeza de su destino, de la majestad de su ministerio y de la santidad de su naturaleza, estarse continuamente comunicando con los hombres sobre los asuntos más triviales de la vida, sobre las cuestiones de la ciencia racional, y sobre las disputas, más ó menos ociosas, más ó menos importantes de las escuelas; todo lo cual fuera preciso atribuirles para que pudieran considerarse como autores de las manifestaciones espiritistas. A esto se agrega el estar las revelaciones, que constituyen las doctrinas del espiritismo, en abierta contradicción en muchos casos con el dogma católico (1), revelado por ese mismo Dios, á quien los ángeles

(1) «Son muchos los ejemplos, dice el citado P. Ceferino, hoy dignísimo Cardenal Arzobispo de Sevilla, que pudiéramos citar de respuestas espiritistas contrarias á la verdad católica y á la sociedad. La revista católica *Le Correspondant* conocida por sus trabajos serios y severa crítica, decía ya en el número correspondiente al 10 de Agosto de 1852: «Los espíritus dicen que la Biblia es un tegido de imposturas, que todas las religiones son falsas, que todos los hombres deben proceder á una partición igual de las propiedades, etc., etc.»

«En una sesión de magnetismo espiritista verificada en Francia con solemnidad y en presencia de muchas personas en 1854, un espíritu evocado é interrogado dió las siguientes respuestas:

obedecen con reverente acatamiento; lo cual sirve para explicar desde el punto de vista, al menos de la filosofía católica, la repugnancia y contradicción de esta hipótesis infundada.

El cielo es una cosa imaginaria.—La muerte es nada.—Los malos no serán separados de los buenos.—El alma entra en la inmensidad. «Consultado un espíritu, dice Bizouard al historiar una sesión magnética, sobre el magnetismo, sobre el alma, sobre el infierno, etc: responde que *el infierno verdadero está en la tierra*; el pecador después de su muerte recibe de Dios una ligera reprensión; el culpable habita un lugar de expiación con una sociedad correspondiente á sus gustos; allí se purifica sin padecer.» *Obra cit. tom. 6, pág. 112.*

«No sería malo que reflexionaran sobre estos pasajes los que en nuestra patria se dedican á la práctica del espiritismo, pretendiendo no solamente pasar ellos por católicos, sino que nada hay en el espiritismo que se oponga á la Religión cristiana.» *Filos. elem. tom. 2, pág. 247, not. 1.^a*

XII.

LA TESIS CATÓLICA, QUE ATRIBUYE Á LOS DEMONIOS LA CAUSALIDAD DE LOS EFECTOS ESPIRITISTAS É HYPNÓTICOS, ES LA ÚNICA RACIONAL Y ADMISIBLE EN TODOS LOS TERRENOS.

Llegamos, por fin, á la solución católica, la única admisible ante el tribunal de la razón y de la ciencia, la cual resuelve el problema complicado y asaz difícil sobre las verdaderas causas de los fenómenos espiritistas é hypnóticos, diciendo resueltamente que los agentes de la mayor parte (1) de dichos fenómenos son los espíritus infernales, á cuya intervención son indudablemente debidos todos aquellos efectos que exceden las fuerzas naturales, y que las mesas, y las diversas clases de *mediums*, y los hypnotizadores son los viles instrumentos de que se sirven para engañar á los ig-

(1) Decimos de la mayor parte de los fenómenos espiritistas, porque «algunos hay que, absolutamente hablando, no repugna sean producidos por causas materiales y humanas, en especial algunos de los que hemos denominado mecánicos y fisiológico; aunque es difícil determinar con precisión cuales sean éstos, ó cual sea el límite absoluto de la actividad de estas causas, lo cual exige mucho pulso y sobriedad.» P. Ceferino González. Filos. elem. tom. 2. pág. 249. Esta doctrina es en todas sus partes aplicable á los efectos producidos por el hypnotismo.

norantes y persuadir á los incrédulos que nada hay de sobrenatural en dichas manifestaciones.

Si las causas han de estar en relación y necesaria consonancia con los efectos por ellas producidos, preciso es y de todo punto indispensable que, á efectos espirituales correspondan causas espirituales y á fenómenos del orden preternatural se asignen agentes que estén por encima de las leyes que presiden á la naturaleza material y sensible. Probado queda ya que entre los efectos del espiritismo y del hypnotismo hay algunos que suponen necesariamente la presencia de un sér dotado de conocimientos nada vulgares y superiores sin duda á los que poseer pueda la inteligencia más privilegiada de la especie humana, é investido además de fuerzas extraordinarias, que superan con notable exceso las naturales y traspasan los límites de las leyes que rigen y ponen en acción la gran máquina de este mundo. De esto se deduce legítimamente que los causantes de tales fenómenos deben poseer inteligencias más vastas y universales que las nuestras y una fuerza tal de acción sobre la materia inerte, que sobrepuje á la de todos los agentes naturales descubiertos y por descubrir. No se conocen otras naturalezas superiores al hombre que Dios, los espíritus celestiales y los que habitan las profundas cavidades del infierno; luego á alguno de estos tres seres mencionados deben por necesidad atribuirse esos efectos que exigen la intervención de una naturaleza privilegiada y de una virtud y poder no conocidos en el mundo físico y material, ni en el psicológico. Afirmar que Dios es el autor de esos fenómenos, inmorales muchos de ellos, inútiles, vanos y curiosos casi todos, es una horrible blasfemia en religión y un absurdo manifiesto y evidente en fi-

lososofía. Por otra parte háse demostrado poco há que no es posible atribuir á los espíritus celestiales la producción de semejantes prodigios espiritistas é hypnóticos; luego no queda otro recurso que darles por generador al espíritu rebelde lanzado por su orgullo de las moradas celestiales, ó afirmar que puede haber efecto sin causa que lo produzca.

La intervención directa de los espíritus malos en las revelaciones espiritistas y en los fenómenos del hypnotismo demuéstranla además de un modo positivo la naturaleza de los mismos fenómenos superiores á todas las causas físicas, los efectos inmorales por ellos producidos, las doctrinas antisociales é irreligiosas enseñadas y propaladas por los espíritus evocados (1) y por los hypnólogos (2), los fraudes manifiestos

(1) En una de las notas que anteceden hemos tomado del P. Ceferino algunos ejemplos de respuestas de esta naturaleza, los cuales sería fácil multiplicar, si no temiéramos molestar demasiado la atención de nuestros lectores.

(2) En corroboración de que la doctrina de los patrocinadores del hypnotismo está en abierta lucha con las enseñanzas del Catolicismo vamos á copiar lo que á este propósito dice el P. Franco en la pág. 213 de *El Hypnotismo puesto en moda*. «Si damos oído á los que tratan del hypnotismo, todos los hechizos, los sortilegios y las brujerías que la Santa Iglesia prohibía, no eran otra cosa que fenómenos hypnóticos, desconocidos de ella por ignorancia y bárbaramente castigados. Fenómenos hypnóticos eran, según ellos, todas las obsesiones, que la Iglesia decía ser invasiones diabólicas... Fenómenos hypnóticos las revelaciones, los éxtasis, las visiones, los estigmas sagrados y todas las gracias especiales, que como sobrenaturales admiramos en los santos. Fenómenos hypnóticos no solo los milagros de los Santos, las profecías, las curaciones, los muertos resucitados, etc. etc., si que también los registrados en las divinas Escrituras y los que obró Nuestro Señor Jesucristo... Este es el lenguaje de los principales hypnólogos. Asi lo enseñan Braid (el

y los engaños arteros con que se burlaron en varias ocasiones de la simplicidad de los que les consultaban, las confesiones hechas más de una vez, y á pesar suyo, por los mismos espíritus de que ellos son los que hablan por medio de las mesas (1), y obran maravillas valiéndose de los *mediums*

inventor del sueño hypnótico) Richer, Figuier, Seppilli, Cullere, Donato, Bourneville. Regnard, Bochut, Campilli, Morselli y otros muchos...»

A confesión de parte, relevación de prueba. La cosa, como se ve, no tiene malicia... Ahí es nada lo que pretenden estos señores: no se contentan con cortar las ramas, sino que aplican la segur al mismo corazón del árbol. De un solo golpe quieren echar por tierra el edificio incommovible de la Iglesia, negando la divinidad de su fundador, dogma fundamental, en el que, como sobre piedra angular, descansa esta institución divina... Traslado á los cándidos admiradores de los prodigios del hypnotismo, y á los tontos asistentes á estas sesiones diabólicas, ya sean reyes, ya hombres de ciencia, ya gente novelera y amante de curiosidades peligrosas, y á los pobres alucinados que se prestan á ser juguete del enemigo implacable del género humano, sujetándose á estos experimentos, cuyo objeto principal es echar por el suelo todo cuanto tenga sabor de sobrenatural y divino. ¿Cuándo abrirán los ojos estos ciegos voluntarios y verán adonde les conducen unas prácticas tenidas, cuando menos, por sospechosas, para no llamarlas evidentemente supersticiosas y diabólicas?

(1) No trascribimos aquí, por haberlas referido en otras notas, muchas confesiones de esta clase verificadas por los espíritus. El que quiera cerciorarse de ellas, puede consultar á Mirvilles, Des Mousseaux y Pailloux que citan en gran numero ejemplos de esta naturaleza. Vamos no obstante á referir, por ser un dato importante que confirma lo que venimos diciendo, el hecho narrado por Des Mousseaux en estos términos: «*Un jour l'idée vint á quelqu'un de demander au démon qui tourmentait une possédée amenée au saint Curé d'Ars pour étre guérie de sa possession.—Qui est-ce qui fait tourner les tables?—c'est moi, reprit il; le magnetisme, le sonambulisme est mon affaire... «Les médiateurs et les moyens de la magie.» chap. 14. pág. 272.*

como de instrumentos animados, y la tenaz resistencia en fin, que muchas veces han opuesto las mesas y los *mediums* á los que les mandaban escribir ó articular el nombre adorable de nuestro Redentor sacrosanto (1). Vienen igualmente en apoyo de la teoría católica sobre la intervención directa de los espíritus infernales en los manejos del espiritismo los testimonios, nada sospechosos por cierto, de espiritistas que gozan de gran fama entre los de la secta, como son el renombrado Dupotet, Reichenbach, Gregory y Ellitsón, los cuales se han acogido á esta hipótesis, convencidos de la ineficacia de las otras, y persuadidos de que únicamente en esta solución se alegan las genuínas causas de todos los fenómenos que en el espiritismo se realizan (2).

(1) Refiere De-Boys que por más empeño que se puso en una sesión espiritista para que escribiese el espíritu: ¡Viva Jesús! jamás se pudo recabar de él semejante exclamación, y en lugar de dichas palabras se encontró escrito sobre la mesa: ¡Viva Satanás! «*La verité sur le spiritisme*» segund. edic. Paris 1843 página 13. En la página 11 dice el mismo autor que en varias ocasiones se resistieron las mesas á responder, hasta que no se les quitó de encima un objeto sagrado que de intento se había colocado sobre ellas, y que otras veces, agitadas de convulsiones terribles y como poseídas de un furioso vértigo, no se aquietaron, hasta tanto que por sí mismas no arrojaron al suelo las reliquias, rosarios ú otros objetos piadosos que sobre ellas se habían depositado. Conforme en un todo con lo expuesto en esta nota, dice el Emmo. Zigliara: «*Quinimo accidit ut ex sola praesentia, vel sacerdotis vel imaginuvelm sacrarum, signorum quorumvis religionis nostrae, artes invocatoriae spirituum nullum sortiantur effectum.*» Propedeutica pág. 14. conclus. 5.^a

(2) Puede consultarse sobre este particular la obra «Des esprits» de Mirville, en la cual se hallan reunidos los testimonios de los principales corifeos del espiritismo, que han atribuido á demonios la producción de semejantes manifestaciones.

Toda vez que, según se acaba de probar, es de todo punto indispensable para que los efectos del espiritismo y del hypnotismo, su hijo natural y legítimo heredero, tengan una explicación racional y satisfactoria, que el verdadero agente de estas maravillas posea: a) completa libertad para obedecer ó desoir á su placer la voz del *medium* ó del hypnotizador; b) que esté dotado de conocimientos extraordinarios y superiores á los de todos los hombres, para que pueda penetrar secretos velados á la mirada más escudriñadora del más agudo ingenio, decir lo que pasa á grandes distancias, prever los sucesos futuros necesarios, y hasta los contingentes y libres en ocasiones dadas, aunque de la manera anteriormente indicada, y disertar sobre los más difíciles problemas de la ciencia, usando su tecnicismo y terminología propia, y hablar todos los idiomas conocidos; c) que tenga un gran dominio sobre la materia, para poner en conmoción moles inmensas é imprimir movimientos artísticos en cuerpos incapaces de suyo de producirlos; d) que sea de una naturaleza depravada y maléfica, para causar enfermedades, demencias y suicidios en el individuo, graves trastornos en la familia y en la sociedad, y propalar ideas revolucionarias, internacionalistas y antireligiosas; e) que posea en alto grado el fingimiento y arte de mentir, para aparecer sucesivamente bajo la forma de alma humana, de

El insigne purpurado citado en la nota anterior, dice á este propósito: «*Substantia spiritualis cujus virtute fiunt operationes... magnetismi vel spiritismi... est diabolus. Hanc conclusionem vel aperte vel implicite concedunt spiritistae, quippe qui vel cultum Diabolo exhibent, vel saltem spiritismi sectatores retrahunt, quantum possunt, á Sacramentis Ecclesiae catholicae et á vera Christi Domini religione.* Zigliara. Propedeutica. pág. citada. Lo mismo afirma en la pág. 112, corolario 5.º

ángel de luz y de espíritu de tinieblas, simulando otras veces ser algún santo, la Virgen Santísima, y hasta el mismo Jesucristo, y para cometer en fin otros fraudes é imposturas; f) que esté, en una palabra, revestido de cualidades extraordinarias para producir los efectos raros y prodigiosos que se observan en el espiritismo y en las sesiones hipnóticas: y no siendo posible, por otra parte, hallar reunido todo ese variado conjunto de buenas y malas cualidades, ni en los flúidos, ni en el alma humana en su estado de unión, ni en la misma después de separada del cuerpo, ni en Dios, ni en los espíritus angélicos, todo lo cual queda ya demostrado; indispensable es buscarlo en los ángeles caídos, en los espíritus soberbios, derribados de su alto puesto por la mano de un Dios omnipotente y celoso de su honor por ellos vilipendiado. Preciso es, pues, deducir, si no queremos pasar plaza de inconsecuentes y antilógicos, que sólo en los espíritus salidos del averno es dado encontrar la genuina y verdadera causa de los fenómenos del espiritismo y de su ramificación el hypnotismo.

XIII.

CONTINUACIÓN DE LA MISMA MATERIA.—PRUEBAS
DIRECTAS DE LA INTERVENCIÓN DEL ESPÍRITU
MALIGNO EN LOS FENÓMENOS DEL ESPI-
RITISMO É HYPNOTISMO.

Hasta aquí hemos probado de un modo, que pudiérase llamar indirecto, la intervención de los ángeles malos en los fenómenos del espiritismo y del hypnotismo, siguiendo una regla de dialéctica formulada en estos términos: *Seclusis reliquis partibus, valet consequentia ad eam quæ se superest*. Hemos pasado revista á todas las teorías inventadas para explicar la causa de estos prodigios; y todas ellas han ido desapareciendo de la escena y se han retirado avergonzadas ante los cargos contra ellas formulados; hemos hecho comparecer una tras otra ante el tribunal severo é imparcial de la razón y de la filosofía católica todas las hipótesis excogitadas para dar solución á este complicado problema, á dar cuenta de las pruebas científicas y de la solidez en que están basadas; y todas ellas han quedado convictas y confesas de impotencia, bien sea física bien moral, para dar una explicación plausible que satisfaga las exigencias de la verdadera ciencia. Sobre todas ellas ha formulado el jurado inexorable de la luz natural ilustrada por la fe el siguiente veredicto: «Ninguna de vosotras está en posesión del secreto de esta máquina misteriosa: ninguna de vosotras contiene la

verdadera clave para la solución de este enigma por demás oscuro: ninguna de vosotras ha encontrado el hilo de Ariadne para salir airosa de este intrincado laberinto.» Una sola queda en pié esperando con ánimo tranquilo y con la mirada serena el fallo que sobre ella se vá á pronunciar; y segura como está de ser la legítima poseedora de la verdad en esta materia, no teme la sentencia que ha de recaer en este juicio contradictorio sobre su justa pretensión, y tiene una convicción íntima de que el tribunal se pondrá de su parte y declarará buenos y legítimos sus derechos y fehacientes y valederas las pruebas en su favor alegadas. Porque, ó hay que confesar que ninguno de los contrincantes lleva razón, y que la herencia en litigio es *vere nullius*, y que el problema es insoluble; ó hay que adjudicar la propiedad al que presente mejores títulos. ¿Y qué escrituras, qué instrumentos públicos acreditan el dominio de la verdad, en el asunto que nos ocupa, en favor de la teoría católica, en pró de la tésis de los espíritus infernales? Hélos aquí: una naturaleza maléfica en el orden moral, enemiga de Dios y de la humanidad, un sér dotado de conocimiento intelectual y de libre albedrío, que pueda comunicarse y de hecho se comuniqué, permitiéndolo Dios, con los hombres para sus fines dañados y perversos, un agente inmensamente superior á todos los naturales con un poder extraordinario sobre la materia, una inteligencia capaz de conocer secretos impenetrables á la simple luz de la razón, una causa que pueda trastornar la imaginación, los sentidos y todos el sistema fisiológico del hombre, y bastante poderosa para inclinar la voluntad, aunque sin violentarla, y con una moción objetiva ó moral solamente, á los mayores crímenes, á las más atroces maldades. Tales

deben ser los títulos nobiliarios, tal la ejecutoria que debe presentar el agente que pretenda ser la verdadera causa de los portentos espiritistas é hypnóticos. Pues bien; esta ejecutoria, esos títulos sólo el espíritu infernal los reúne en nefando consorcio, sólo él posee esta mezcla y esta amalgama de buenas y malas cualidades.

Estas son las pruebas directas y convincentes que militan en pró de la teoría de los ángeles caídos. Vamos á desarrollarlas apoyados en la doctrina del Angel de las Escuelas, en cuyas obras inmortales se encuentra el tratado más completo sobre demonología conocido hasta ahora, y al que es difícil se le añada algo con el andar de los tiempos, porque agotó por completo la materia, no habiendo dicho nada nuevo los demonólogos que han escrito después de él, ya que no le hayan copiado literalmente las más de las veces.

Que los demonios son de un temperamento perverso y maléfico en el orden moral, por más que en el meramente natural sean superiores en poder y conocimiento á todos los seres sensibles de la creación, y áun al rey de todos ellos, el hombre, pruébalo Santo Tomás en el libro 3.^o de la *Suma contra los Gentiles*, cap. 109, con testimonios irrecusables de la Sagrada Escritura. El apóstol San Pedro nos representa el demonio como un león rugiente que vaga noche y día en torno de cada uno de nosotros ansioso de devorarnos (1). Su ocupación constante es tentarnos, y por esto en el Evangelio de San Mateo (2) se le designa con el

(1) Tamquam leo rugiens circuit quaerens quem devoret. 1.^a Petri cap. 5.

(2) Et accedens tentator. Matthaei 4. v. 3.

nombre de *tentador*. San Juan nos dice que el diablo desde el momento de su caída no ha cesado un instante de pecar; (1) y en otro pasaje nos lo pinta como homicida desde el principio y como mentiroso y padre de la mentira (2). En el libro de la Sabiduría se lee que por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo (3). El odio de estos espíritus precitos contra el hombre es tan grande, que el daño que se hacen á sí mismos no es bastante á detenerlos en su vertiginosa carrera y en su empeño de perdernos, aunque no lo consigan. «Atacan, dice San Crisóstomo, á los mismos á quienes no tienen ninguna esperanza de vencer, por el único motivo de fatigarles inquietarles y turbarles, ya que otra cosa no puedan (4).

Aunque la intención principal del demonio sea siempre perder nuestras almas por medio del pecado y privarnos de los dones de la gracia, su odio inveterado le mueve á hacernos todos los males temporales que están en su poder. Los excesos á que se entregó contra Job; los siete maridos de Sara, hija de Raguel, á quienes mató sucesivamente el demonio Asmodeo; las vejaciones corporales con que atormentó á los posesos, las cuales están descritas en el Evangelio: los sacrificios crueles é inhumanos que exige de sus adoradores, como lo atestigua la historia de casi todas las naciones, son otras tantas pruebas de ese odio, predicho y

(1) Ab initio diabolus peccat 1.^a Joan. 3. v. 8.

(2) Homicida erat ab initio... mendax et pater mendacii Joan 8. v. 44.

(3) Invidia diaboli mors introivit in orbem terrarum. Sap 2. v. 24.

(4) Homilia de Lázaro.

anunciado desde el principio del mundo (1). Este carácter malévolo del espíritu infernal creído siempre por la Iglesia católica, era igualmente atribuído por las naciones privadas de la luz de la revelación á los que ellos llaman genios malos y cacodemonios, es decir, génios maléficos, en contraposición á los ágatodemonios, ó genios benéficos, en el lenguaje de Platón. Los más insignes filósofos de la antigüedad pagana columbraron la existencia de esos seres de voluntad perversa, movidos tal vez por los prestigios vulgares y corrientes en todo tiempo, los cuales no creían pudieran atribuir á los simples agentes de la naturaleza, mostrándose más cuerdos en este punto que nuestros modernos hypnólogos. El Doctor Angélico explica filosóficamente esta perversión de la voluntad de los ángeles caídos, fundado en su obstinación en el mal; porque no repasan ideas, no reforman juicios, puesto que conciben de una manera irrevocable, *apprehendunt immobiliter*, tales son sus palabras (2). De modo que tan aferrados están hoy en su loca pretensión de ser semejantes al Altísimo (3), como aquel día en que resonó por vez primera en las bóvedas celestes este grito execrable de rebelión. Siguen fijos y constantes en su orgulloso empeño de que se les tributen los honores debidos á la divinidad, y, á trueque de conseguirlo, no perdonan medio ninguno, no retroceden ante ningún obstáculo; han levantado un pendón y han coligado un ejército contra Dios, y

(1) Genesis 3. v. 15.

(2) *Differt autem, dice el Santo, apprehensio angeli ab apprehensione hominis in hoc quod angelus «apprehendit immobiliter per intellectum, sicut et nos immobiliter apprehendimus prima principia.»* Suma teolog. 1.^a part. cuest. 64. art. 2.

(3) *Ascendam in cœlum, et ero similis Alt'ísimo.* Isai. 14. v. 13.

siguen y seguirán para siempre rotas las hostilidades, y tratando de escalar el trono del que domina en los cielos, en la tierra y en todas partes. Por esto procuran incesantemente alistar bajo sus banderas nuevos afiliados y hacen cuanto pueden para perder los hombres y obligarles á renegar de su Dios y de su Hacedor Supremo, y les instigan para que les tributen el honor debido á su Criador. Quieren engrosar sus filas disminuyendo las de los verdaderos adoradores de la Divinidad; y con tal de conseguirlo, no tienen inconveniente en humillarse, apesar de su desmedida soberbia, á un saltimbanquis, á un embaucador que les llama y se pone al habla con ellos, accediendo á sus deseos, y poniéndose á su disposición, y sugetándose á sus caprichos; y son capaces de extremar todo su poder y representar los papeles más cómicos, y ridiculos, con tal de conseguir que un fiel vasallo del Rey del cielo deserte de su campo y se pase al bando enemigo.

Añádase á esto la envidia refinada que les roe las entrañas, viendo que las sillas, de las cuales fueran ellos ignominiosamente arrojados, han de ser ocupadas por los hombres inmensamente inferiores á ellos en poder y en naturaleza; y se tendrá explicado el porqué de esa animadversión, de esa mala voluntad contra todo el linaje de Adán, del que se creían vencedores en la batalla librada allá en el paraiso, cuando vieron tendido á sus pies al padre y cabeza de todos los hombres. ¿Puede darse explicación más plausible y racional de esa malicia diabólica, de ese empeño satánico en procurar la perdición de todo el género humano? ¿No es esto poseer la malicia en su mayor intensidad y la perversión en un grado bárbaramente heróico?

Y no se diga que de las prácticas espiritistas é hypnó-

ticas reporta grandes bienes la humanidad, ya aplicándose por su medio medicinas eficaces á enfermedades rebeldes á todo tratamiento, ya adquiriendo conocimientos que van á engrosar el caudal reunido á fuerza de trabajo por las ciencias naturales, ya descubriendo secretos útiles al individuo y á la sociedad: porque, aún admitidas todas estas ventajas, sobre las que mucho hay que hablar, todavía al saldar cuentas, siempre resultan mayores los gastos que los ingresos, las quiebras más considerables que las ganancias. Porque tales trazas se da nuestro común enemigo, que nos daña aún cuando nos halaga, que nos perjudica cuando nos dispensa algún beneficio. Tal es el sentir del Doctor de Aquino (1). Acostumbra, dice el Santo, el enemigo del género humano favorecernos con un bien real; pero siempre con la mala idea de dañarnos más á mansalva; dice el demonio alguna verdad, para abrirse mas fácilmente paso al error; ilumina para oscurecer más tarde; hace un pequeño favor para robar un bien de más importancia; y á menudo ofrece lo temporal para arrebatarnos lo eterno.

Queda con esto plenamente probado que están investidos de suficiente malicia los espíritus infernales y poseen en una medida colmada la primera cualidad que hemos evidenciado ser indispensable y necesaria á todo el que reclame el derecho de propiedad sobre estas obras tan raras y estupendas, para todo el que pretenda patente y privilegio de único introductor de mercancías tan peregrinas y sospechosas, para todo el que quiera pasar plaza de genuino autor y de ver-

(1) *Quia etsi aliquando aliquod bonum faciat (daemon), non tamen bene facit, sicut dum veritatem dicit ut decipiat.* 1.^a part. quaest. 64 art. 2 ad. 5.m

dadero agente de los fenómenos espiritistas é hypnoticos.

Que los ángeles malos están dotados de conocimiento intelectual y de libre albedrío es una verdad de fe, indudable para todo católico; pues las sagradas páginas nos dicen en mil pasajes que gran número de los espíritus angélicos pecaron en el cielo, rebelándose contra Dios su criador, lo cual es absolutamente imposible para todo ser privado de libertad y cuyo modo de obrar sea uniforme y necesario; sopena de decir que pueden pecar las piedras, los árboles y los animales brutos. La libertad presupone necesariamente el conocimiento intelectual, del cual aquélla es una consecuencia necesaria; en el entendimiento está por lo tanto la raíz y la razón suficiente de la voluntad y de la libertad, y no se da un solo sér que goce de voluntad y libre albedrío que no esté dotado al mismo tiempo de conocimiento intelectual: esto nos quisieron indicar los antiguos con su célebre aforismo: *Nihil volitum quin praecognitum*.

La existencia de los ángeles buenos y malos, aunque como hemos indicado ya, fué vislumbrada por los filósofos étnicos y paganos, precisamente porque no podían atribuir á Dios ni á los hombres los prodigios operados por los magos y adivinos, tenían, sin embargo, una noticia muy vaga y confusa de la naturaleza de esos séres, superiores á todo el mundo visible, y de las propiedades y virtudes de ella dimanantes. A la revelación nos vemos precisados á recurrir para que nos descorra el velo que la encubre y nos aclare este misterio oculto en gran parte á la luz vacilante de nuestra pobre razón natural. La Iglesia católica enseñada y dirigida por el mismo Dios, autor de la revelación, nos manda creer que todos los ángeles son sustancias completamente inmateria-

riales y del orden espiritual. *Firmiter credimus*, nos dice el Concilio IV de Letrán, *quod unus est solus verus Deus aeternus... qui sua onnipotenti virtute simul ab initio temporis utramque de nihilo condidit naturam, spiritualem et corporalem, angelicam videlicet et mundanam, ac deinde humanam quasi communem ex spiritu et corpore constitutam*. Luego, según las palabras aducidas, los ángeles tienen operaciones espirituales, puesto que estas guardan una íntima relación con su naturaleza de la que se derivan; y así como á los seres materiales y corpóreos corresponden operaciones de un orden material y corpóreo, á las sustancias inmateriales y espirituales se les deben igualmente asignar operaciones de ese mismo orden superior, y en un grado tanto más intenso cuanto mayor sea su espiritualidad.

Se acaba de ver, por el canon citado del Concilio de Letrán, que los ángeles son mas espirituales que los hombres, puesto que ellos forman el puente que une las dos orillas opuestas, Dios y el hombre; sus propiedades, por lo tanto, y sus virtudes operativas deben ser igualmente más inmateriales que las de éstos: los seres humanos son, no obstante, y á pesar de su naturaleza inferior, sustancias intelectuales y libres; luego los espíritus angélicos poseen estas dos cualidades y virtudes en una medida muy superior á la que corresponde á los individuos de la especie humana.

Como se ve, todo este raciocinio está basado y arranca de la naturaleza misma de los espíritus puros, y como los ángeles caídos nada perdieron por el pecado de lo esencial y correspondiente á su constitución intrínseca, de lo que como á ángeles les pertenece en el orden natural; dedúcese lógicamente que siguen siendo ahora en este orden tan cognosci-

tivos y libres como antes de ser precipitados á los profundos abismos, donde ahora moran por su rebelde obstinación.

Una razón más para probar que existe conocimiento y libre albedrío en los demonios. Acabamos de evidenciar que su naturaleza pertenece al orden inmaterial; y precisamente á esta cualidad se sigue siempre y de un modo necesario el conocimiento intelectual.

En efecto: Santo Tomás considera la inmaterialidad como la raíz y origen de la inteligencia; y á medida que aquélla es mayor crece la amplitud de ésta (1): porque consistiendo la intelección en que el sér conocido se halle en el inteligente, resulta que éste se halla en posesión intelectual del sér de aquél. Ahora bien, los seres materiales están coartados y determinados por la materia á su propia forma, sin que les sea dado adquirir otra sin perder la primera: mas no sucede lo mismo con las formas puras que, en el mero hecho de no estar su sér limitado y ligado, tienen amplia facultad para recibir otras formas sin necesidad de despojarse de la suya propia; por esto se dice que el alma, entendiendo, se hace de alguna manera una cosa con el sér entendido, porque posee dentro de sí intencionalmente la forma de lo que entiende. «*Anima intelligendo est quodam modo omnia,*» había ya dicho el Filósofo en el tratado de Anima lib. 3. texto 37. Por esto vemos que cuanto mayor es la inmaterialidad de un sér, tanto mayor es la perfección con que entiende; por esto Dios que es espíritu purísimo posee la inteligencia en grado sumo y es la inteligencia misma vi-

(1) «*Inmaterialitas alicujus rei est ratio quod sit cognoscitiva, et secundum modum immaterialitatis est modus cognitionis.*» 1.^a part. quaest. 14 art. 1.^o.

viente; y las almas humanas, espirituales en sí mismas, pero que informan al mismo tiempo la materia, ocupan el último peldaño en la escala de las inteligencias y tienen por objeto connatural los seres materiales y corpóreos, y no pueden entender más que refiriéndose á los fantasmas de la imaginación: por esto los espíritus angélicos tienen un modo de conocer más primoroso y más perfecto que el nuestro, pues entienden directamente los seres abstraídos por completo de la materia, los seres espirituales puros.

A todo sér cognoscente le corresponde un apetito proporcionado á su conocimiento; á una percepción sensitiva responde siempre un apetito del orden sensible; y el que posee un conocimiento racional, por necesidad debe también tener un apetito racional, llamado por otro nombre voluntad. Como ésta no ama otra cosa que lo presentado por el entendimiento como digno de amor, síguese de aquí que cuando el objeto entendido no arrastra en pos de sí, por su falta de grandiosidad ó por no satisfacer cumplidamente sus deseos y aspiraciones, toda la atención de la facultad intelectual, ésta lo presenta á la voluntad con indiferencia de juicio, dejándola libre para quererlo ó dejarlo de querer, según mejor le parezca. Esto es lo que se entiende por libertad ó libre albedrío.

Luego los ángeles malos lo mismo que los buenos entienden por ser espíritus puros, y porque entienden quieren ó tienen voluntad, y porque no todas las cosas imprimen necesidad á su entendimiento, sino que algunas se le presentan como indispensables para adquirir su último fin, su felicidad suprema, mientras que otras se le muestran como indiferentes para el logro de su bienaventuranza, síguese de

aquí que respecto de aquéllas la voluntad de los ángeles no es libre en amarlas ó dejarlas de amar, y respecto de las últimas se halla en la más completa indiferencia y las escoge á elección de su libre albedrío. Queda, pues, probado que en los demonios hay entendimiento y libre albedrío.

Es de fe que los espíritus infernales pueden comunicarse con los hombres para sus fines dañados y perversos, ya de un modo invisible, ya tomando formas y apariencias materiales. Esta comunicación es precisamente con lo que primero tropezamos en las Sagradas Escrituras al describirnos el principio de nuestra perdición y de nuestra ruina; después lo encontramos repetido á cada paso en los libros del antiguo y nuevo testamento. Por ser esto tan claro para el que tiene la dicha de estar informado por la luz esplendente de la revelación, vamos á decir dos palabras nada más sobre la facultad de los demonios de comunicarse y ponerse en contacto con el género humano. Santo Tomás considera como infiel é incrédulo y desconocedor de la verdadera fe al que niega esta comunicación con el espíritu de las tinieblas (1).

El sabio abate Moignó, que hace poco ha bajado al sepulcro con general sentimiento de la religión y de la ciencia, dice sobre este particular lo siguiente: «La Iglesia Católica infinitamente sabia... cree firmemente en la posibilidad de las relaciones íntimas, voluntarias é involuntarias, establecidas entre los demonios y el hombre... Cree en la posibilidad de un pacto formal ó tácito con el demonio; cree en la conjuración ó evocación explícita ó implícita del demonio con el objeto de producir efectos admitidos por el mundo entero

(1) Suplemento de la Suma, cuestión 58. art. 2.º

y que son universalmente designados bajo los nombres siguientes: *adivinación, encantamiento, evocación ó nigromancia, fascinación, maleficios, prácticas supersticiosas, mágia, hechicería, etc. etc.*

«Pues bien, ha acontecido ¡cosa extraña! que en el momento en que la crítica moderna, la explicación racionalista y el libre pensamiento negaban enérgicamente la existencia del demonio, la obsesión, la posesión y todas las influencias satánicas, hemos visto de repente el mundo estremecido asistir á una de las más extrañas manifestaciones de los poderes infernales, el *magnetismo*, adormeciendo sus víctimas y trasformándolas en adivinos, profetas ó médicos improvisados; *las mesas giratorias y golpeantes*, escribiendo revelaciones del mundo invisible; el *espiritismo*, pretendiendo tener á su disposición todos los grandes espíritus de los tiempos antiguos y modernos, y haciéndoles hablar por el intermediario de *mediums* encantadores...

«Sería irracional después de un testimonio brillante, tan brillante como el de la revelación, la tradición y la historia, poner en duda, ya sea la terrible acción de los demonios en el mundo y sobre el hombre, ya sea la posibilidad de pactos culpables con las potesta de infernales (1).» No podemos añadir ni una palabra después de las trascritas del Director que fué por muchos años de la acreditada revista científica *El Cosmos*, gloria y prez de la Iglesia y honra de la vecina República.

El poder de los ángeles rebeldes sobre el mundo material es tan grande que escede sin comparación al de todos los agentes naturales y al del hombre, rey de la creación y

(1) Esplendores de la fe, tomo 4 pág. 558.

de los seres corpóreos é invisibles. Sobre este punto están acordes la recta razón, la tradición unánime de los pueblos y la palabra infalible de Dios, consignada en los libros sagrados. Y á la verdad; si el hombre, apesar de su pequeñez, llega á enseñorearse de los elementos, encauza los ríos, domina los mares, arranca de las entrañas de la tierra las preciosidades allí escondidas, sírvese del fuego á su antojo, y lo aplica á mil usos de la vida, y lo convierte en poderoso auxiliar de las artes y de la industria, encierra el vapor, encadena el rayo y neutraliza su poder destructor, aprisiona en el *cliché* los rayos luminosos y fija en él la imágen objetiva, trasmite su pensamiento en breve tiempo al confín de la tierra, sujetando á un hilo de alambre la fuerza prodigiosa de la electricidad, y hace tantas maravillas aplicando como quiere las fuerzas de los agentes más poderosos de la naturaleza, como el calórico, el lumínico, la electricidad y el magnetismo; ¿qué poder no tendrá el demonio sobre esta misma naturaleza, siendo un espíritu puro muy superior en su sér á todos los hombres, con un entendimiento de un alcance tal que supera con exceso incalculable al de los talentos é ingenios más privilegiados de la humanidad? ¿No conoce él mucho mejor que los sabios más renombrados el secreto de muchas leyes naturales, ignoradas por la ciencia, apesar de sus progresos y del estado brillante en que se encuentra? Si el hombre por medio de sus conocimientos, y por la fuerza de su inteligencia, y valiéndose de las noticias adquiridas por el largo trascurso de los siglos y transmitidas por una cadena no interrumpida de notabilidades científicas, que han venido sucediéndose hasta nuestros días, ha logrado apoderarse de tantos secretos naturales, ha descubierto tantas cons-

telaciones y tantos planetas nuevos por medio de telescopios de una virtud y un alcance pasmosos, ha perfeccionado las artes, las ciencias y la industria hasta un grado increíble, sino se viera y se palpara; ¿qué no podrá hacer el espíritu infernal con sus conocimientos mucho más perfectos que los nuestros, ya porque proceden de una naturaleza que aventaja con un exceso indefinible á la nuestra, ya con el caudal inagotable de verdades adquiridas desde el principio del mundo y conservadas de un modo indeleble en su memoria intelectual? ¿Quién será capaz, fuera de Dios, de poner coto al poder estupendo de los poderes del abismo? ¿Quién podrá imaginar hasta donde se extiende la esfera de su actividad natural, si ha de estar proporcionada á la elevación de su sér inmensamente superior á todo el mundo de los cuerpos y á todo el mundo de las inteligencias no desligadas por completo como él de la materia? ¿Quién se admirará, en vista de esto, que diga Santo Tomás que pueden los ángeles hacer cuantas maravillas naturales se observan en este mundo visible, aplicando las virtudes ocultas de los agentes de la naturaleza;? (1) ¿y que esté en su mano obrar prodigios estupendos, ó milagros impropriamente dichos, poniendo en acción las virtudes de la naturaleza para nosotros desconocidas? (2) Todo el artículo tercero de la

(1) «*Spirituales potestates possunt facere ea quae visibiliter fiunt in hoc mundo, adhibendo corporalia semina per motum localem.*» 1.^a part. quaest. 110. art. 4. ad 3^{um}.

(2) «*Non omnis virtus naturae creatae est nota nobis; ideo cum aliquid fit praeter ordinem naturae creatae nobis notae per virtutem creatam nobis ignotam, est miraculum quoad nos. Sic igitur cum daemones aliquid faciunt sua virtute naturali, miracula dicuntur, non simpliciter, sed quoad nos.*» Ibid. ad 2.^m

cuestió ciento diez de la primera parte de la *Suma* lo dedica el Angélico Doctor á demostrar que este mundo visible está sujeto naturalmente á la voluntad de los espíritus invisibles en cuanto al movimiento local, y que mediante él puede producir efectos muy superiores á los que caen bajo el poder del hombre y de los agentes de la naturaleza. Ya en el artículo anterior nos había dicho que cuanto cae bajo el dominio de una naturaleza inferior, puede ser obrado de un modo mucho más perfecto por otra superior, (1) y que en la naturaleza pueden, por la causalidad y eficiencia de los ángeles, producirse efectos á los cuales no se extiende el poder de los agentes de la naturaleza. (2) ¿Hay matemático en el mundo que

(1) «*Id quod potest virtus inferior, potest superior, non eodem sed excellentiori modo.*» *Ibidem* art. 2.º ad 2.m

(2) «*Nihil prohibet ex virtute angelorum aliquos effectus sequi in rebus naturalibus, ad quos agentia corporalia non sufficerent.*» *Ibid.* ad 3.m Esta misma doctrina la repite y la desarrolla el Santo Doctor en la cuestión 16 «De malo» art. 9 y 10, y en el libro 3.º de la *Suma contra gentiles*, cap. 103, y en otros lugares de sus obras. Pero creo muy conveniente transcribir un pasaje del Santo en la cuestión 16 «De malo» artículo nono, donde trata *ex profeso* acerca del poder de los demonios sobre los seres materiales; porque parece escrito para nuestros días. Dice así: «*Signa sive miracula quae Magi faciunt per privatos contractus daemonum, non sunt supra ordinem universalium causarum, sicut illa quae virtute divina fiunt. Sed fiunt virtute activorum naturalium supra hominum comprehensionem et facultatem propter tria: Primo quidem, quia daemones magis cognoscunt naturalium activorum virtutem quam homines. Secundo, quia celerius possunt ea congregare. Tertio, quia activa naturalia quae assumuntur ut instrumenta se possunt extendere ad majores effectus ex virtute vel arte daemonum, quam ex virtute vel arte hominum. Et sic hominibus miracula videntur quae per daemones fiunt.*» Con estas pocas palabras explica nuestro Angélico Maestro cuanto tienen de prodigioso el espiritismo y el hypnotismo que tanto ruido meten en nuestros aciagos días.

pueda reducir á cálculo la infinidad de fenómenos que realizarse pueden por la trasmutación local? ¿No es éste el más perfecto entre los movimientos corporales y del que se vale la naturaleza para dar las mil y una maravillas que á cada paso observamos y que varían hasta lo infinito? ¡Ay de nosotros si no tuviese ligado su poder y coartada su virtud natural el ángel de las tinieblas por el autor de la naturaleza! Mucho daño ha causado á la humanidad el genio del mal ¿pero qué hubiera sucedido, si Dios nuestro Señor no le hubiera atado corto y no hubiera atajado sus pasos? Desde la caída de nuestro primer padre no ha cesado un instante de hacernos todo el mal que le sugiere su voluntad perversa y su odio inveterado á las obras de Dios; pero no ha hecho todo lo que podía y quería, porque un poder superior al suyo ha puesto límites á su acción devastadora y ha dicho «basta» á su rabia infernal y á su satánico furor.

Y vednos ya trasladados al terreno sobrenatural, en donde se destaca más de relieve y se descubre por la luz esplendorosa de la revelación el poder inmenso de las potestades tenebrosas puesto en acción contra la última obra de la creación y la más primorosa entre todas las de este mundo visible, salida, digámoslo así, del seno mismo de su hacedor supremo y vivificada por el soplo eterno del Criador. Las escrituras sagradas nos hablan en varios lugares del poder raro y extraordinario de los ángeles precitos sobre la naturaleza; escogerémos, para no hacernos pesados, dos ó tres que lo patentizan claramente. ¿Quién no ha oído hablar de la ostentación de la virtud maléfica y del lujo de rabia desplegados por Satán contra el pacientísimo varón de Hus? ¿Todos sus edificios destruidos, sus ganados y numerosos

rebaños muertos, sus hijos pereciendo en un mismo día, ya por el fuego del cielo, ya por los terremotos, ya por la impetuosidad de los vientos; y el mismo santo Job convertido en un abrir y cerrar de ojos en un retablo de dolores y en un albañal de podre y asquerosa lepra? ¿Quién ignora los prodigios, que por virtud del demonio obraron los magos de Faraón, pretendiendo imitar, al fin mona siempre de Dios. como le llama Tertuliano, los verdaderos milagros hechos por virtud divina, sirviéndose de Moisés y Aarón como de instrumentos? Y cuenta que Santo Tomás, apoyado en el testimonio del Aguila de los Doctores, es de opinión que estos magos produjeron por virtud demoniaca verdaderas ranas y verdaderos animales, aunque de la manera ya explicada, esto es, aplicando las virtudes naturales (1) ¿Quién no ha leído en el Apocalipsis los portentos estupendos que ha de obrar al finalizar el mundo el Anticristo movido por Satanás? Serán aquellos de tal calibre, de magnitud tal, que arrastrarán en pos de aquel engendro del infierno la mayor parte de los hombres de aquellos infortunados tiempos, viendo en él un semidios por lo menos.

Véase, pues, con cuánta razón dice San Gregorio que, apesar de haber perdido el demonio la felicidad de que gozaba, no ha perdido sin embargo su grandeza natural cuyo poder sobrepuja á la de todos los hombres. (2)

(1) «*Magi Pharaonis fecerunt ranas, adhibendo quaedam activa naturalia, quae Augustinus in tertio de Trinitate nominat semina ex occultis elementorum sinibus accepta.*» *De malo quaest* 16 *art. 9 ad 10.m*

(2) «*Quamvis enim internae felicitatis beatitudinem perdidit, naturae tamen suae magnitudinem non amissit, cujus adhuc viribus omnia humana superat.*» *S. Gregorius. lib. 34. Moral. cap. 17.*

La tradición, en fin, de todos los pueblos sumidos en el gentilismo ha atribuido siempre al demonio, fuera cualquiera el nombre con que le designara, un poder extraordinario y muy por encima de el del hombre y demás agentes de la naturaleza. Los prodigios operados por la magia (y magia la ha habido siempre y es el medio ordinario de que se vale el enemigo de Dios para embaucar á los hombres y obligarles á rendirle el culto debido á sola la Divinidad) hemos dicho antes que fueron los que motivaron la creencia de Platón en estos seres invisibles maléficis, pero inmensamente superiores á todo este mundo visible. Los dioses y semidioses del paganismo no eran más que los espíritus de las tinieblas bautizados con los nombres de Júpiter, Saturno, Marte, Mercurio, Juno, Venus, Cibele, Vulcano, Caco y otros y otros, pero que la razón destituida de la fe y casi amortiguada les hizo inventar para explicarse de algún modo los efectos sorprendentes cuyas causas ignoraban, observando, sin embargo, que su modo de obrar excedía inmensamente al ordinario y común en la naturaleza. Las manifestaciones del poder infernal divinizadas por sus adoradores producian efectos maravillosos y sorprendentes de que nadie dudaba. El demonio jugaba un papel importante y considerable en el gobierno de Grecia y Roma tenidas por las naciones más cultas de la antigüedad pagana. «Vuestros magos, decía ya Tertuliano dirigiéndose á los sabios de su tiempo en són de reto, evocan fantasmas, interpelan las almas de los muertos en apariciones sacrilegas, hacen salir oráculos de los labios de un niño, operan maravillas en torno de un círculo de apariencias, sumen en el sueño á sus víctimas cuando quieren: ved lo que pueden hacer por inter-

vención de los demonios. De este modo se les ve ejercer el arte divinatorio al rededor de sus mesas. Que se presente uno de estos desgraciados, que creéis atormentados por una divinidad, uno de estos que se encuentran súbitamente animados por un poder oculto... que se agitan sin parar y que predicen el porvenir en medio de terribles convulsiones (1), ante los altares. ¡Esta Juno, Esculapio, ó cualquier otro de vuestros dioses, creéis que manifiesta su voluntad por este intermediario? Pues bien: si el cristiano que les interpele no les obliga á confesar ante todos que son demonios, tomad al cristiano, y entregadlo á vuestros verdugos.» (2) Este mismo lenguaje han usado siempre los Padres de la Iglesia desde Tertuliano hasta San Bernardo, sin que jamás ni Porfirio, ni Celso, ni Juliano, el apóstata, háyanse atrevido á negar la realidad de los portentos y del poder admirable de los espíritus malignos.

Queda, pues, plenamente probado, por los testimonios irrecusables de la recta razón, de la palabra divina y de la

(1) Ni que hubiera asistido este Padre de la Iglesia á una de las sesiones espiritistas ó hypnóticas de nuestros días, se explicaría con más precisión y riqueza de minuciosos detalles. ¡Qué viejo es ya lo que se nos quiere vender como inventado ayer! ¡Cómo ha sabido explotar en todos tiempos el demonio la curiosidad y el espíritu de novelería de los hombres! Convencido del buen resultado que siempre le han dado estas supercherías, las ha usado sin cesar, acomodándolas, no obstante, al gusto de la época y á los adelantos de la ciencia, y revistiéndolas de nombres pomposos y de ceremonias ridiculas unas veces, impo- nentes otras, y casi siempre crueles é inhumanas.

(2) Este elocuente testimonio de Tertuliano está tomado de los «Esplendores de la fe» del abate Moigno, en la pág. 557 del tom. 4.

tradición constante de todos los pueblos, que hay poder sobrado en la naturaleza maléfica de los demonios para producir todos y cada uno de los fenómenos atribuidos al espiritismo y á su nueva manifestación, el hypnotismo, y que de hecho los demonios han ejercido y dado pruebas de esa superioridad sobre los cuerpos y sobre la materia en todas las edades del mundo, permitiéndolo Dios para castigar la incredulidad de los hombres y su deseo inmoderado de saber más de lo que alcanzar pueden con la luz natural que en su mente infundiera el Autor de su sér al abrir los ojos á la existencia.

XIV.

MAS PRUEBAS SOBRE ESTA INGERENCIA DE LOS ÁNGELES MALOS EN LOS PRODIGIOS DE LA MÁGIA MODERNA.

Hemos visto ya que el conocimiento natural de los ángeles, por malos que sean, está muy por encima del que puedan tener los hombres de ingenio más agudo y de más vasta inteligencia; réstanos ver hasta dónde se extiende su virtud intelectual, y si está dentro de los límites de su facultad cognoscitiva el penetrar los secretos de nuestra alma, los arcanos de nuestro corazón, y el prever los sucesos futuros que dependen de las causas necesarias, y de las contingentes y libres.

En cuanto á lo primero, es cierto que los espíritus angélicos tienen un conocimiento de Dios mucho más perfecto que el nuestro, sino salimos de la esfera de lo natural; porque, sin ver la divina esencia inmediatamente, cosa reservada sólo á la luz sobrenatural y beatífica llamada por los teólogos *lumen gloriae*, ven á Dios retratado en sus efectos, es decir, le conocen *á posteriori, per speculum in aenigmate*, en expresión de San Pablo; y cuanto mayores son los efectos conocidos, tanto más elevada es la idea que conciben de su causa productora; no porque del sér del efecto discurriendo

lleguen al conocimiento de su causa, sino que de un golpe de vista perciben en la grandeza de aquél la excelencia de ésta. Los ángeles así buenos como malos poseen un conocimiento cabal y perfecto de todos los seres del orden natural, sin que se escape uno solo á su vista penetrante; cóncense con perfección á sí mismos por una mirada intuitiva de su naturaleza, y penetran igualmente hasta la esencia misma de nuestra alma, comprendiendo su constitución y naturaleza íntima, conocimiento y vista más perfectos que los nuestros, pues sólo la conocemos reflejando sobre sus propios actos y elevándonos por medio del discurso, del conocimiento de sus propiedades y manifestaciones, al de la naturaleza de quien proceden y al del agente que las produce. Su inteligencia privilegiada, que gira en una órbita inmensamente superior á la nuestra, hállase naturalmente enriquecida con el tesoro inagotable de todas las ciencias naturales, sin que ninguna, por abstrusa y elevada que sea, se oculte á su escudriñadora mirada, se esconda á la luz clara de su prepotente comprensión; porque al ser creadas las inteligencias angélicas, fueron ilustradas por Dios con las ideas infusas de todos los seres de la creación, según expresión sublime del Obispo de Hipona y de su eco fiel Santo Tomás. «*Ea quae in Verbo Dei ab aeterno praextiterunt, dupliciter ab eo fluxerunt: uno modo in intellectum angelicum; alio modo; ut subsisterent in propriis naturis. In intellectum autem angelicum processerunt per hoc quod Deus menti angelicae impressit rerum similitudines, quas in esse naturali produxit*» (1). Tal es el lenguaje altamente filosó-

(1) 1.^a part. quaest. 56. art. 2.^o.

fico y cristiano de las dos inteligencias más claras y más vastas, de los dos talentos más privilegiados quizás de la Iglesia católica.

Añádase á esto el caudal inmenso de conocimientos acumulados en su memoria durante el largo periodo de su existencia, y conservados en ella de una manera indeleble, que es otro de los modos de conocer que, según el Santo Doctor (1), pertenece á los espíritus angélicos, y se tendrá una idea de la elevación de su mente y de lo vasto y general de su ciencia incalculable.

Pero, por grande y estupenda que sea la fuerza intelectual de esos seres incorpóreos y espirituales, tiene también sus límites y confines, y dista inmensamente del alcance de la vista purísima de la mente divina. Por grandes y elevadas que sean las inteligencias angélicas, no pueden ir más allá ni extenderse más que su naturaleza, y siendo ésta por precisión limitada y finita, como el sér de toda criatura, limitados y finitos deben ser necesariamente sus alcances y sus conocimientos. No pueden por lo tanto llegar hasta la apropiación de lo que es patrimonio exclusivo de la Divinidad. Y tal es entre otros el conocimiento de los pensamientos humanos, de los secretos recónditos de nuestro corazón y de nuestra alma. Las sagradas páginas constantemente atribuyen á sólo Dios este conocimiento profundo de los arcanos de nuestra mente. «El hombre, nos dicen, ve las cosas que aparecen por defuera; mas Dios penetra hasta el fondo de nuestro corazón» (2); «Dios es, se dice en otro lugar, el que escudriña los escondrijos y los

(1) 1.^a part. quaest. 64. art. 1.^o ad 5.^m

(2) 1. Reg. 16. 7.

pliegues más ocultos de nuestra alma» (1); «perverso é impenetrable es el corazón del hombre y ¿quién será capaz de descifrar la malicia en él escondida? yo, el Señor, que escudriño los corazones y leo como en un libro abierto los afectos más íntimos de su alma,» así se expresa Jeremías (2). Tal es el lenguaje uniforme de mil y mil pasajes de los libros canónicos: de modo que podemos afirmar resueltamente ser esta una verdad casi de fe, confirmada unánimemente por los Santos Padres de la Iglesia, en especial por San Jerónimo (3); San Agustín (4), San Ambrosio (5), San Crisóstomo (6) San Cirilo, (7) y otros de nombre no menos esclarecido. Santo Tomás, haciendo coro con todas esas celebridades católicas, examina con criterio filosófico cristiano esta misma cuestión en varios lugares de sus inapreciables escritos, y en todos ellos la resuelve en este mismo sentido. En la cuestión 16 «De Malo» art. 8., distingue el Santo dos clases de pensamientos en el hombre; unos que trascienden al exterior y se manifiestan de palabra ó por algún signo externo, y de esos afirma que pueden ser conocidos por los espíritus angélicos y aún por los hombres; y aduce el ejemplo de los médicos que por el pulso y el movimiento del corazón pueden llegar á conocer la pasión del ánimo que domina en nosotros: otros que permanecen ocultos en el fondo de nuestro corazón, sin que salgan afuera, ni se ex-

(1) Rom. 8. 27.

(2) Jerem. 17. 9 et 10.

(3) In cap. 9. Matth.

(4) In psalm. 7.

(5) Lil. 5 in Luc. cap. 3, et in psalm. 43.

(6) Homil. 30 in Matth.

(7) Lib. 2 in Joannem cap. 19.

terioricen por ningún movimiento ni signo corporal. Estos los clasifica todavía en dos especies, los que permanecen habitualmente en nuestra alma, independientemente del ejercicio de la voluntad, como son los conocimientos científicos y los hábitos intelectuales; y los que por el contrario tienen una necesaria dependencia del libre albedrío y del imperio de la voluntad. De aquéllos dice que pueden ser percibidos por los demonios y por los espíritus celestiales, al paso que niega rotundamente que los segundos estén á su alcance y que puedan ser penetrados más que por el hombre que los concibe y por Dios que obra directamente sobre nuestra voluntad, como primera causa eficiente, como último fin de ella y como su objeto total y adecuado, en el cual está cifrada nuestra felicidad suprema (1). Y al hacerse cargo de

(1) Para el que desee conocer más á fondo la explicación del Angélico Preceptor, vamos á transcribir sus palabras literales. «*Respondeo dicendum quod, sicut Augustinus dicit DUODÉCIMO SUPER GENESIM AD LITERAM ET IN LIB. DE DIVINAT DAEMON., comperitum est certis indiciis, quod daemones cogitationes hominum aliquantulum cognoscunt. Quas quidem contingit dupliciter cognoscere, uno modo secundum quod videntur in se ipsis, sicut aliquis homo proprias cogitationes cognoscit. Alio modo per aliqua corporalia signa; quod maxime manifestum est, cum ex interioribus cogitationibus homo ducitur in aliquam passionem. Quae si fuerit vehemens, etiam in exteriori apparentia habet aliquod indicium... Sed, etiamsi sit levior passio, deprehendi potest a subtilibus medicis per cordis immutationem, quae ex pulsu percipitur: hujusmodi autem exteriora et interiora signa corporalia multo magis daemon cognoscere potest quam quicumque homo... Unde Augustinus dicit in LIB. DE DIVINAT. DAEMON. quod aliquando daemones hominum dispositiones non solum voce prolatas, verum etiam cogitatione conceptas, cum signa quaedam ex animo exprimentur in corpore, tota facilitate perdiscunt... Considerare oportet quod in cogitatione duo sunt attendenda, ipsa scilicet species, et*

una réplica que á esta verdad podría proponerse fundada en su teoría ideológica sobre la necesidad que experimenta el hombre de convertir su atención, siempre que entiende, al fantasma correspondiente de la imaginativa, y que siendo éste una representación material de un sentido interno, cae por lo tanto bajo el dominio del demonio, que impera sobre la materia en cuanto al movimiento local; responde dando á este argumento dos soluciones á cual más satisfactorias. La primera es que, áun concedido al demonio este conocimiento de todas las representaciones imaginativas, no por esto se seguiría que conociera nuestros pensamientos íntimos; porque una misma representación sensible puede ser objeto de varios y multiplicados pensamientos completamente distintos y heterogéneos; y la segunda es, que el demonio no puede penetrar el *uso* que hacemos de los fantasmas cuando entende-

usus speciei, qui est intelligere vel cogitare... Cum intellectus angelicus sit superior ordine naturae nostro intellectu, possunt angeli boni vel mali species in anima nostra existentes cognoscere. Sed quantum ad usum, considerandum est quod usus specierum intelligibilium, qui est actualis cogitatio, dependet ex voluntate; utimur enim speciebus habitualiter in nobis existentibus, cum volumus... Motus autem voluntatis humanae dependet ex summo ordine rerum qui est summum bonum... Id autem quod cadit sub ordine superioris causae, non potest cognoscere inferior causa, sed solum superior causa movens, et ille qui movetur... Unde cum voluntas interius non possit ab alio nisi a solo Deo moveri, cujus ordini immediate subest motus voluntatis, et per consequens voluntariae cogitationis, non potest cognosci neque a daemonibus, neque a quocumque alio nisi ab ipso Deo et ab homine volente et cogitante.» Esta magnífica teoría se encuentra repetida y desarrollada en la 1.^a parte de la *Suma teológica* cuestión 57. art. 4.^o en la *Suma contra los Gentiles* libro 1.^o cap. 68 y en el libro 3.^o capítulo 154 y en las *Cuestiones disputadas* «De veritate» cuestión 8 art. 13.

mos; por que así como este acto del entendimiento, es decir, el pensar actualmente, depende por necesidad de un acto de la voluntad que impere al entendimiento que se ponga en acción, también depende de ella con esa misma necesidad la actual representación á la mente del objeto sensible correspondiente de la imaginación, base, en su sistema, y condición *sine qua non* de todo acto intelectual y de toda percepción intelectual (1). De modo que sin este acto imperativo

(1) «*Non omnia actu cogitamus, quorum speciem apud nos habemus, cum quandoque species sint in nobis in habitu tantum; unde ex hoc quod species nostri intellectus videntur ab angelo, non sequitur quod cogitatio cognoscatur... Ex eisdem phantasmatibus ratio nostra in diversa tendit cogitando. Et ideo etiam phantasmatibus cognitis, quibus anima intendit, non sequitur quod cogitatio cognoscatur.*» *Quaes. octava de Veritate. art. 13 ad 3 et 4m.* En otro lugar dice el Santo: «*Nec tamen sequitur, si angelus cognoscit quod est in appetitu sensitivo vel phantasia hominis, quod cognoscat id quod est in cogitatione vel voluntate, quia intellectus et voluntas non subjacet appetitui sensitivo et phantasiae, sed potest eis diversimode uti.*» *1.^a part. quaest. 57. art. 4 ad 3m.*

Respecto de la segunda solución dice el Angélico Maestro: «*Ad hoc quod mens actu aliquid cogitet, requiritur intentio voluntatis qua mens convertatur in actu ad speciem, quam habet... motus autem voluntatis alterius non potest angelo notus esse naturali cognitione... motus autem voluntatis alterius non habet dependentiam nec connexionem ad aliquam causam naturalem, sed solum ad causam divinam, quae in voluntate sola imprimere potest: unde motus voluntatis et cordis cogitatio non potest cognosci in aliquibus similitudinibus rerum naturalium, sed solum in essentia divina, quae in voluntatem imprimit... Ad hoc quod in actum cogitationis prodeamus, requiritur intentio voluntatis, quae nullo modo ab angelo dependet.*» *De veritate quaest. 8 art. 13.* «*Ad hoc, dice el Santo en otro lugar, quod homo actu considerat secundum species, quae habitualiter in intellectu existunt, requiritur intentio voluntatis... Et similiter per intentionem appetitus sensitivi contingit quod actu imaginetur animal ea quae prius in memoriam*

de la voluntad, ni el entendimiento ni la imaginación funcionan, ni se ponen en acto segundo ó en actual ejercicio, y quedan esperando órdenes de la voluntad, que es la que da la voz de mando y de la cual están pendientes en su actual desenvolvimiento todas las demás potencias racionales del alma; y cuenta que entre éstas enumera el Santo el ejercicio de la imaginativa, en cuanto que participa en alguna manera (*aliqua-qualiter*) de la razón y la sirve y obedece con sumisión política para el acto de entender (1). Y como en todos estos actos juega un papel importantísimo é indispensable el acto interno de la voluntad, terreno vedado y resorte impenetrable, cuyo secreto poseen solamente Dios y el sér de quien emana este acto vital é inmanente; de aquí es que sólo Dios y el hombre conocen los íntimos pensamientos del

(la sensitiva se entiende) *conservabantur: potest autem et hoc in homine fieri per intentionem appetitus intellectivi, secundum quod appetitus superior movet inferiorem.*» (Esto es cabalmente lo que sucede cuando el hombre se vale del fantasma D ó X de la imaginación para pensar actualmente sobre un objeto dado.) *De Malo quaest. 16 art. 11 ad 4m.*

Por estos textos y otros que pudiéramos aducir fácilmente se ve que, según el Santo Doctor, el ejercicio ó el uso, como él lo llama, de los fantasmas de la imaginativa para el acto intelectual depende esencialmente de la intención de la voluntad, que en cuanto á este particular son tan impenetrables á la mirada del demonio aquéllos como ésta; por más que en otros casos tenga el ángel caído entrada libre para alborotar la imaginación y conozca perfectamente las representaciones que por la impresión de los sentidos en ella se reciben de asiento en la memoria sensitiva.

(1) «Non tamen oportet quod angeli cognoscant motum appetitus sensitivi, et apprehensionem phantasticam hominis, secundum quod moventur á voluntate et ratione; quia etiam inferior pars animae participat aliquaqualiter rationem sicut obediens impereranti. 1.^a part. quaest. 57 art. 4 ad 3m.»

hombre y el uso actual que del fantasma A ó B hace para entender y pensar en un caso dado, según aquello de San Pablo;» *quae sunt hominis, nemo novit* (excepto Dios, como lo interpretan los Santos Padres) *nisi spiritus hominis, qui in ipso est*» (1) Asi se expresa también San Agustín afirmando ser cosa cierta é indudable que el demonio ni ve ni conoce los pensamientos internos de nuestra alma (2).

Verdad es que el demonio puede adivinar nuestros pensamientos ocultos con un conocimiento conjetural, más ó ménos aproximado á la realidad, según la mayor ó menor fuerza de indicación de los medios que le sirven para esta clase de conjeturas; pero de este conocimiento, probable nada más, á una certeza absoluta, hay un abismo de por medio, una sima insondable; de aquí que muchas veces se engaña en esta clase de conjeturas, á pesar de toda la agudeza de su ingenio prepotente y extraordinario. La voluntad por consiguiente y los actos internos del hombre, que directamente penden de ella, permanecen cerrados á todo sér, por grande que se quiera suponer la superioridad de su naturaleza, fuera de Dios, nosotros, y aquellos á quienes queramos hacer participantes de lo que pasa en nuestro interior, en el retrete de nuestra alma.

Anda igualmente á tientas el demonio, cuando se trata de pronosticar sucesos venideros, cuya realización está pendiente de la libre determinación de la voluntad de cualquiera criatura racional. También difunden mucha luz sobre esta

(1) 1. Corinth. 2. 11.

(2) «Internas animae cogitationes diabolum non videre certi sumus. Lib. de Ecclesiis. Dogmat. cap. 81. tom. 3.º inter opera Augustini.»

verdad de fe, en sentir de muchas celebridades teológicas, las enseñanzas del Patrono universal de las escuelas católicas. Distingue perfectamente entre futuros y futuros, y al paso que concede á las inteligencias angélicas el conocimiento perfecto de unos; sólo les concede respecto de los otros una previsión conjetural y problemática. Oigamos sus autorizadas palabras: «De dos maneras, dice el Santo Doctor, pueden conocerse las cosas futuras; ó en sus causas ó en sí mismas. Las causas de los sucesos venideros son de tres clases, ó bien producen sus efectos de un modo uniforme é invariable y por la necesidad de su naturaleza determinada ya por su Autor á esta especie de fenómenos; y en este caso conociendo la virtud de la causa, puede pronosticarse con certeza la existencia futura de su efecto, como los astrónomos predicen con exactitud matemática la hora y el momento de un eclipse: ó bien apartándose de esa invariabilidad necesaria, producen sus efectos, no siempre ni en todos los casos, sino frecuentemente y *ut in pluribus*, pero que raras veces fallan; y en esta segunda hipótesis, el conocimiento de las causas puede conducirnos á una previsión, no cierta y absoluta, sino sólo conjetural más ó menos fundada, de la realidad de sus efectos; de esta manera pronostican los astrólogos las lluvias ó la sequedad, observando la conjunción, oposición y el orden que guardan entre sí los astros, y los médicos preven la muerte ó la cura del enfermo fijándose en el curso de la enfermedad, en su etiología y en la idiosincrasia del paciente: ó finalmente son enteramente causas libres y que producen á placer sus efectos, porque su naturaleza no se halla determinada más bien á este efecto que al otro; sino que independientemente de toda causa creada y

pasando por encima de todos los agentes naturales, está en su mano escoger lo que mejor les parezca, lo cual es propio y exclusivo de los seres racionales que llamamos libres, cuya voluntad puede optar por un extremo ó inclinarse y decidirse por el opuesto; en este caso no es posible á criatura alguna predecir ni conocer ciertamente los efectos que de esta clase de agentes han de resultar, porque son producto de una causa que puede variar á su antojo: así que para adivinarlos, es menester verlos en sí mismos, no bastando el conocimiento, por perfecto que sea, de su causa generadora. Mas en sí mismos no existen, mientras no traspasen el umbral de la realidad, porque están todavía en estado de *futurición*; luego sólo puede penetrarlos en sí mismos la mirada sintética y abarcadora de Dios, para quien no hay diferencia de pasado, presente ni porvenir, y á cuyo mandato obedecen lo mismo las cosas que son como las que no tienen todavía sér, saliendo del fondo de la nada al imperio de su voz omnipotente. En una palabra: los seres futuros, en cuanto tales, no tienen más realidad que en la mente divina; por consiguiente solo á Dios es dado verlos en sí mismos, pues únicamente en su naturaleza simplicísima y en su eternidad inefable hállanse contenidos de un modo inmutable en cuanto á su verdad objetiva, antes que sean llamados á la existencia real y efectiva y formen parte de la naturaleza creada. Como, por otro lado, hemos dicho que los sucesos venideros dependientes de un sér libre no puede conocerlos criatura alguna en sus causas, porque éstas hállanse indiferentes y sin determinarse hasta el momento preciso de la operación, pudiendo hasta el instante mismo de su determinación variar de parecer y obrar de distinta manera, síguese necesariamente

que esta clase de futuros de ninguna manera pueden ser previstos y anunciados con certeza por un ser distinto de Dios, fuera del caso en que él quiera hacerle participante por medio de la revelación profética de este conocimiento, patrimonio exclusivamente suyo. Por esto Isaías señala como un signo característico de la Divinidad el anunciar con antelación esta clase de sucesos futuros. *Annunciate*, nos dice (1), *quae ventura sunt in futurum, et sciemus quia dii estis vos.*» (2. Hasta aquí el Angel de las Escuelas.

Solo añadiremos dos palabras tomadas igualmente de otros pasajes de sus obras para demostrar que el conocimiento conjetural de los demonios excede con una ventaja incalculable al que pueda tener la inteligencia humana más privilegiada, dando por supuesto que de los llamados futuros necesarios tienen un conocimiento ciertísimo, atendida la penetración de su mente angélica, con la cual comprenden todo el alcance de la virtud y energía de todas las causas naturales, y que pueden por lo tanto predecirlos con exactitud y precisión, seguros siempre del buen éxito de semejantes pronósticos; á no ser que Dios obrando fuera del curso ordinario de su providencia cambie ó suspenda las leyes que él mismo ha impuesto á la obra de sus manos.

Los espíritus malignos dice el Santo en la *Suma contra los Gentiles* (3), así como para engañar á los hombres é in-

(1) Isaías 41. 23.

(2) 2.^a 2.^a quaest. 95. art. 1.^o

(3) «Maligui autem spiritus... sicut abutuntur operatione miraculorum, ut errorem inducant et argumentum verae fidei debilitent, non tamen vere miracula faciendo, sed ea quae hominibus miraculosa apparent, ita etiam abutuntur prophetica prae-

ducirles al error, imitan los verdaderos milagros, como se vió en los magos de Faraón; así intenta igualmente deslumbrarnos con el similar y el falso brillo de sus augurios y adivinaciones. Porque teniendo un conocimiento tan cabal y completo de la concatenación y mútua dependencia de los seres naturales, ven con antelación en sus causas ciertos efectos que de ellos proceden, y que si son contingentes respecto de una de ellas en particular, son necesarios en orden á la colectividad de los agentes, que han de intervenir en la producción del efecto: conocen además con mucha perfección los obstáculos que pueden atravesarse á la acción de una causa necesaria ó contingente, y predecir conforme á esta percepción un efecto contrario al que parecía deber suceder, no habida cuenta con este impedimento que se interpone en el camino, y que como más fuerte y de virtud más eficaz, neutraliza ó desvía la acción de la primera, impedimento y obstáculo que puede muchas veces ser puesto en acción por ellos mismos, atendido el grande poder que naturalmente tienen sobre la materia. (1) Por estas razones las

«nunciacione, non quidem vere prophetando, sed praenunciando
«aliqua secundum ordinem causarum homini occultarum, ut videan-
«tur futura praecognoscere in seipsis, et licet ex causis natura-
«libus effectus contingentes proveniant, praedicti tamen spiritus
«subtilitate intellectus sui magis possunt cognoscere quam homi-
«nes: quia cognoscunt quando et qualiter effectus naturalium cau-
«saru[m] impediri possint; et ideo in praenunciando futura mira-
«biliores et veraciores apparent quam homines, quantumcumque
«scientes» 3. contra Gentes, cap. 154.

(1) «*Dæmones de futuris quandoque vera praenunciant, quan-
doque falsa: vera autem praenunciant prius cognoscentes ea, aut
ex revelatione bonorum spirituum a Deo derivata, aut ex causis
extrinsecis quarum virtutem cognoscunt, aut in proprio proposito,*
(nótes) Lien (este extremo) puta, cum praenuntiant ea quae sunt

potestades infernales predican, con muchas más probabilidades de no salir fallidos sus cálculos, las hambres, la sequías, las tempestades, las pestes, los contagios, el curso, desarrollo y crisis final de las enfermedades, y otras mil cosas análogas, que los hombres más observadores de la naturaleza, de las leyes que presiden á sus movimientos y de su desarrollo progresivo, y más avezados á estudiar el movimiento y la posición relativa de los astros y de los planetas; y que los médicos más estudiosos é inteligentes que han pasado casi toda su vida en las clínicas y á la cabecera de los dolientes. Pero como se ve, este conocimiento, por muy probable que sea, no llega á una certeza absoluta; porque para su realización son necesarias muchas concausas, contingentes las más de ellas, que fallan muchas veces y que no siempre se encuentran reunidas; son no obstante las predicciones de los espíritus tenebrosos sobre estas materias mucho más aproximadas á la verdad que las de los astrónomos, meteorólogos, naturalistas, físicos, químicos y médicos, connaturalizados ya con los secretos de la naturaleza y acostumbrados á sorprenderla en su modo misterioso de obrar, oculto y desconocido para la inmensa mayoría de los hombres.

Aun respecto de las manifestaciones de la voluntad y de los efectos que esencialmente penden de nuestro libre albedrío, es mucho mayor el conocimiento conjetural, único admisible en esta materia, de los ángeles precitos que el de los

ipsi facturi. Falsa autem praenuntiant.... quandoque eo quod ipsi falluntur, utpote cum divinitus prohibentur facere quod proponebant; vel cum divina virtut aliquid continet praeter solitum cursum naturalium causarum, ut Augustinus dicit lib. de Divinat. daemon. cap. 6.» De Malo quaest. 16 Art. 7. ad. 2 n.

hombres más conocedores del corazón humano y de la defec-
tibilidad de su naturaleza en el orden moral.

Es demasiado cierto, por desgracia, que la inmensa ma-
yoría de los hijos de Adán se dejan arrastrar de sus pasio-
nes y son relativamente pocos los que saben resistir varo-
nilmente á sus inclinaciones naturales, que por el pecado
heredado de nuestros primeros padres, tienden con más pro-
pensión al vicio y al desorden que al bien y á la virtud.
Cada individuo además, según su complexión é idiosincracia,
siente en sí mismo una tendencia marcada á cierta clase de
objetos vedados con preferencia á otros. Unos hay que son
naturalmente coléricos, otros se dejan dominar fácilmente
del miedo, otros, de grande corazón, muéstranse animosos y ami-
gos de empresas arriesgadas, á otros les arrastran con vehemen-
cia las pasiones eróticas; finalmente, cada uno, según su tem-
peramento y constitución, siente más dificultad en vencer
cierta clase de pasiones, mientras que con facilidad triunfa
de otras que no son tan conformes con su carácter. Lo que
pasa á los individuos sucede igualmente al hombre consti-
tuido en sociedad y formando una agrupación política. Hay
naciones ambiciosas y avasalladoras que todo lo sacri-
fican á esta pasión dominante y que viene á formar el ca-
rácter distintivo de su nacionalidad, al paso que en otras el
cálculo mercantil, las negociaciones bursátiles y el afán de
riquezas materiales presiden á todos sus actos y son la ra-
zón suprema de su política y la clave para explicar la mayor
parte de sus relaciones con las potencias extranjeras y de sus
tratados internacionales; á otras ha enervado y afeminado
la molicie, el deseo de placeres carnales y el refinamiento
del lujo, de la sensualidad y de las comodidades de la tierra,

imposibilitándolas para todo lo que sea energía, virilidad y para empresas grandes y acciones heróicas; otras son eminentemente diplomáticas y poseen á perfección el arte de engañar, y con sus hábiles manejos y mañas arteras logran dominar á sus vecinas é imponerles su voluntad, haciéndolas instrumento inconsciente de su grandeza, y adquirir con sus intrigas solapadas una preponderancia extraordinaria en sus resoluciones, inclinando siempre á su favor la balanza de la que pende con frecuencia el buen éxito de sus negociaciones y alianzas, y consiguiendo con su política de balancín, y con sus transacciones y juegos admirables de equilibrio llevarse bien con las demás potencias y explotarlas á todas para su medro nacional é importancia política.

Pues bien: un hombre de espíritu sagaz y observador predice con mucha probabilidad lo que ha de hacer otro hombre en determinadas circunstancias y atendidas sus inclinaciones naturales: y un hábil político pronostica con bastante seguridad la paz de una nación, ó ve en lotananza que no ha de tardar, habidos en cuenta la susceptibilidad y el carácter nacional, en romper lanzas con el poder rival y con el imperio ó la república que se oponen á sus exigencias. La mayor ó menor seguridad de este juicio y las probabilidades de acierto fúndanse comunmente en la mayor perspicacia del entendimiento, en la claridad y agudeza del talento, en el estudio concienzudo y detenido de las condiciones individuales y del carácter peculiar de un estado y en la experiencia reflexiva, basada en una série de hechos, que ponen en disposición de augurar iguales resultados en igualdad de circunstancias al que tales sucesos vaticina. Claro está que una circunstancia no prevista, una pequeña desigual-

dad en el caso presente con respecto al pasado, una fuerza de voluntad extraordinaria y fuera de lo que se acostumbra, puede dar al traste con todos estos cálculos humanos y echar por tierra este castillo de naipes cimentado sobre la versatilidad del libre albedrío; pero también se comprende que no siempre se interponen estas condiciones y estos obstáculos que hacen tomar á los negocios un giro diverso del que según la previsión humana debieran haber seguido. Por esto hemos afirmado que estos augurios y estas predicciones no son más que probables; pero sin traspasar los límites de la probabilidad, vemos que el tiempo los viene á declarar buenos en muchos casos y acredita la previsión y alcance del talento que los pronosticó.

Todas estas cualidades, todas estas prerrogativas las poseen las inteligencias separadas de la materia en un grado inmensamente superior al del hombre más previsor, al del político más hábil, al del diplomático más acostumbrado á jugar con las pasiones humanas halagándolas unas veces, enconándolas otras. El alcance de su vida intelectual no es posible reducirlo á cálculo: el conocimiento exacto de las pasiones humanas y del carácter peculiar que revisten en cada individuo, les facultan para conocer á fondo nuestras inclinaciones y predecir con bastante fundamento hacia qué parte de la balanza se inclinará. La experiencia adquirida desde el principio del mundo hasta nuestros días, y en atención á que el hombre siempre ha sido hombre, y que los sucesos de hoy tienen un parecido y una semejanza muy aproximada á los de ayer, y que las pasiones han representado en todo tiempo un papel muy importante en la evolución favorable ó adversa de los grandes imperios, de las repúblicas

más florecientes, y que los más distinguidos hombres de estado hínse dejado arrastrar con frecuencia de móviles bajos é indignos de su elevada posición, ordenando á su medro y encumbramiento personal lo que debía redundar en la mayor pujanza y brillo de la nación de que formaban parte y cuyos destinos regían; todos estos conocimientos, repito, acumulados y agrupados en las mentes angélicas y conservados perennemente en su memoria, sin escapárseles un solo detalle, ponen á su disposición una suma enorme de probabilidades para juzgar de las cosas de acá bajo y les dan una fuerza de previsión tal, que con dificultad se engañan y rara vez salen fallidos sus pronósticos, si las cosas siguen su curso natural y la voluntad del Sér supremo no las dispone de otra manera, ó nuestra voluntad, haciendo un esfuerzo extraordinario, no se sobrepone á todo en virtud de su libre albedrío á quien nadie, fuera de Dios, puede mover interiormente y de una manera eficaz: pero este esfuerzo heroico y esta fuerza de voluntad son patrimonio de muy contadas escepciones entre los hijos de los hombres (1).

(1) Santo Tomás dice en muy pocas palabras todo lo que se acaba de indicar: «*Plurimi sequuntur impetus passionum, et inclinationes corporales, in quas efficaciam habere coelestia corpora manifestum est: solum enim sapientum, quorum est parvus numerus, est hujusmodi passionibus obviare; et inde est quod etiam de actibus hominum multa praedicere posunt (daemones); licet quandoque et ipsi in praenunciando deficiant propter arbitrii libertatem*» Sum. cont. Gent, lib. 3. cap. 153. En otro lugar dice el mismo Santo Doctor: «*Circa actus humanos ex libero arbitrio dependentes... daemones per experientiam multa cognoscunt... Ea quae futura sunt praecesserunt quidem in saeculis praeteritis secundum aliquam similitudinem... Cognitio quae ex similibus procedit in rebus contingentibus, non habet certitudinem propter transmuta-*

XV.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO.—PODER DE LOS ESPÍRITUS
MALIGNOS SOBRE LA IMAGINACIÓN Y SOBRE LOS SENTI-
DOS EXTERIORES DEL HOMBRE.—LA TRASPOSI-
CIÓN DE LOS SENTIDOS Y LA VISIÓN Á TRA-
VÉS DE CUERPOS OPACOS.

Sobre el poder de que gozan los espíritus angélicos, así buenos como malos, para inmutar los sentidos externos y la imaginación del hombre, no puede caber la menor duda al que admita la verdad de las Escrituras sagradas, cuyas páginas están llenas de casos que atestiguan el ejercicio de esta facultad. Los habitantes de Sodoma cegados por los ángeles para que no pudieran encontrar las puertas de sus casas, quedándoles expedita la vista para todo lo demás (1); los enemigos del profeta Eliseo, á quienes Dios, por el ministerio de sus ángeles, echó una venda sobre sus ojos para que no vieran que el camino por ellos seguido iba á parar á Samaria, y la restitución de la vista, cuando se hallaron

*bilitatem materiae, sed est cognitio conjecturalis» De Malo quaest
16 de Daemonibus. art. 7. ad 10. et 11.»*

(1) Génesis 19. 11.

en medio de sus enemigos (1); el ángel que en sueños apareció repetidas veces á San José y le avisó de la pureza de su castísima esposa y de la persecución de Herodes (2); los que hablaron á los tres Magos avisándoles durante el sueño que por otro camino distinto del que habían traído se volvieran á su tierra (3); las visiones imaginarias de la vara que velaba y de la olla que hervía en las brasas, hechas á Jeremías por medio de los espíritus celestiales (4); los innumerables hechos de posesos del diablo referidos á cada paso por los evangelistas, y en los cuales se ve evidentemente la inmutación que los tales padecían en sus sentidos y en la imaginación; son otros tantos testimonios fehacientes que acreditan hallarse los espíritus angélicos investidos de este poder y de esta virtud sobre las potencias sensitivas del hombre, así las exteriores como las interiores. De modo que tampoco le es lícito á ningún católico negar esta verdad, sin renunciar á su fe y sin destruir su fundamento. la palabra de Dios revelada á los hombres en los libros divinamente inspirados y dictados por el Espíritu Santo.

La razón ilustrada y confortada por la fé viene también en apoyo de esta verdad revelada. Hemos probado antes con la doctrina del Sol de Aquino que los espíritus angélicos pueden por medio del movimiento local realizar lo que los séres materiales producen aplicando las virtudes naturales de que Dios dotara para este efecto á la naturaleza. Es indudable por otro lado y consta por la experiencia de todos los

(1) 4 Reg. 6. 18 et 20.

(2) Matthaei. 1. v. 20 et 2. v. 13.

(3) Matthaei. 2. v. 12.

(4) Jerem. 1. v. 11 et 13.

días que los séres materiales nos inmutan con frecuencia los sentidos y la imaginación, como aparece claramente en el que tiene el gusto extragado por la exuberancia y extravasación de la bilis, el cual percibe un sabor amargo en los manjares más sabrosos y regalados, y en el que, á través de unos lentes verdes, ve de este mismo color los objetos todos que á su vista se presentan, y en el que poseido del espíritu de Baco y llena su cabeza de vapores alcohólicos, no acierta á coordinar dos ideas por sentir su imaginación trastornada, hablando mil dislates sin orden ni concierto, y en los que, de resultas de una enfermedad, se les queda la imaginación lisiada, volviéndose locos, maniáticos ó semi-fatuos. Todos estos datos son irrecusables y patentes á cualquiera, y tropezamos á todas horas con ellos en nuestro paso por esta vida llena de semejantes miserias. De estos hechos infiere el Sto. Doctor, que basta el movimiento local para producir estos trastornos en la economía de la vida animal; pues por haberse extravasado la bilis, es decir, por haber cambiado de sitio y lugar natural en el primer caso, por haberse interpuesto un cristal de color entre la retina y el objeto de la visión en el segundo, y por haberse aglomerado en la cabeza, centro del sistema sensitivo y nervioso, y haberse acumulado allí más humores que los de costumbre y más espíritus vitales y sensitivos de los que es capaz de sostener una cabeza serena, hánse producido todas estas perturbaciones de los sentidos y de la imaginación: luego con razón se deduce que podrá por su virtud natural causar estas mismas inmutaciones y estos mismos trastornos fisiológicos el espíritu infernal, con solo cambiar de sitio, donde quiera que se hallen, los agentes productores de estos fenó-

menos, y aplicarlos de un modo para nosotros oculto y con una celeridad asombrosa sobre determinados objetos y en casos dados (1). De esta manera puede muy bien el demonio trastornar las funciones de la vida nutritiva y sensitiva ó restituir la salud perdida por la falta de equilibrio de los humores del cuerpo humano: la vida vegetativa y la sensitiva con sus múltiples y variadas manifestaciones caen por lo tanto bajo el dominio directo del espíritu de las tinieblas, porque ambas á dos necesitan de órganos materiales para su desarrollo y para el ejercicio de las funciones vitales, y puede obrar sobre ellas, valiéndose como de instrumento de los agentes naturales y aplicando su virtud y eficacia al sujeto á quien pretende trastornar y hacerle sentir su maléfica influencia. (2)

(1) «Angelus tam bonus quam malus virtute naturae suae potest movere imaginationem hominis... Dictum est enim quod natura corporalis obedit angelo ad motum localem. Illa ergo quae ex motu locali aliquorum corporum possunt causari, subsunt virtuti naturali angelorum. Manifestum est autem quod apparitiones imaginariae causantur interdum in nobis ex locali mutatione corporalium et humorum. Unde Aristoteles dicit... quod animal cum dormit, descendente plurimo sanguine ad principium sensitivum, simul descendunt motus, id est, impressiones relictæ ex sensibilibus motionibus quae in spiritibus sensualibus conservantur, et movent principium sensitivum, ita ut fit quaedam apparitio ac si tunc principium sensitivum á rebus ipsis exterioribus mutaretur. Et tanta potest esse commotio spirituum et humorum quod huiusmodi apparitiones etiam vigilantibus fiant, sicut patet in phreneticis et aliis huiusmodi. Sicut igitur hoc fit per naturalem commotionem humorum... etiam hoc potest fieri virtute angeli boni vel mali.» 1.^a part. quaest. III art. 3.

(2) *Per commotionem interiorem spirituum et humorum potest angelus aliquid operari ad immutandum actum potentiae nutritivae, et similiter appetitivae et sensitivae et cujuscumque potenciae cor-*

Al explicar el Sto. Doctor el cómo de estas inmutaciones, dice que de dos maneras puede el sentido ser inmutado, ora por el objeto exterior, á cuya mudanza corresponde una sensación distinta de la que produjera antes de sufrir este cambio, ora por una afección interior. Un objeto dulce puede causar en nuestro paladar una sensación amarga por dos capítulos; ó porque se ha mezclado con él un cuerpo amargo, ó porque impregnado de bilis nuestro sentido del gusto, le parece y siente en realidad una sensación amarga en todo lo que saborea y fácilmente trasladada al objeto exterior lo que no es más que una mala disposición interior. De ambas maneras puede engañarnos el padre de la mentira; porque en uno y otro caso depende el trastorno observado de la mutación local; puede, sin darnos cuenta nosotros, mezclar en los objetos percibidos, por medio de un cambio de sitio, cualidades contrarias y más fuertes que las propias y naturales, cuya virtud quede por lo tanto neutralizada y desvirtuada, y hacernos sentir éstas últimas, sin que sepamos darnos razón del por qué sucede así: puede, *verbi gracia*, poner el hielo donde se halla el fuego y producir en nuestro tacto la sensación del frío en lugar de la del calor que naturalmente debiéramos experimentar; ó trastornando nuestro organismo

porali organo utentis.» Ibidem art. 4. ad 2.m Por las palabras transcritas véase claramente cómo, según Santo Tomás, hay poder suficientísimo en la naturaleza de los espíritus malignos para causar de sobra todos los efectos patológicos y fisiológicos, que vanamente y sin sólido fundamento se atribuyen en muchas ocasiones al magnetismo, espiritismo é hypnotismo. Los mismos agentes naturales, manejados por estas naturalezas superiores, producen mejor sus efectos y más sorprendentes maravillas, debido á las habilidad y destreza del ángel que de ellos se vale para sus fines malvados.

y los humores de nuestro cuerpo, lo cual se verifica igualmente por el movimiento local, como ya hemos visto, hacernos sentir un frío intenso en medio de una atmósfera caldeada; ¿no observamos acaso todos los días este mismo efecto en el que padece calenturas intermitentes? Por lo regular siente el enfermo, antes del acceso de la fiebre y como signo precursor de ella, un frío extraño en todos sus miembros, aunque se encuentre bajo el sol abrasador de la canícula. Pues todo lo que puede producir, repetiremos, la naturaleza material por medio del movimiento y cambio de sitio de los humores, puédelo con más razón obrar el espíritu de las tinieblas por su naturaleza angélica (1).

Y no se crea que admitimos la verdad de la trasposición de los sentidos y de la visión de objetos á través de

(1) «Sensus immutatur dupliciter: uno modo ab exteriori, sicut mutatur a sensibili; alio modo ab interiori. Videmus enim quod perturbatis spiritibus et humoribus, immutatur sensus. Lingua enim infirmi, quia plena est cholericis humore, omnia sentit ut amara, et simile contingit in aliis sensibus. Utroque autem modo angelus potest immutare sensum hominum sua naturali virtute. Potest enim angelus apponere exterius sensui sensibile aliquod, vel a natura formatum, vel aliquod de novo formando, sicut facit dum corpus assumit... Similiter etiam potest interius commovere spiritus et humores, ex quibus sensus diversimode immutentur.» 1.^a part. quaes. III. art. 4.

Lo que en este pasaje se dice de los sentidos exteriores lo aplica el Angélico en otro lugar á la imaginación por estas palabras: «Apprehensio sensitiva hominis nata est immutari sicut a proprio motivo dupliciter. Uno modo secundum aliquod motivum exterius, quod quidem fit secundum motum a rebus ad animam; Alio modo secundum aliquod interius motivum, quod quidem fit secundum motum animae ad res. Et utroque motivo daemon uti potest ad immutandum hominis imaginationem vel sensum.» De Malo quaest 16 de Daemonibus, art. II ad 6.

cuerpos perfectamente opacos. Ni la admitimos, ni creemos que, apesar de todo lo dicho, estén estos dos fenómenos dentro de la esfera de la actividad natural de los espíritus malignos. Nótese que decimos la verdad y no la realidad de estos fenómenos, porque aun admitidos los hechos que se citan por autores respetabilísimos, por más que tampoco falten otros de gran peso en la balanza de la crítica que los niegan en absoluto (1), no creemos que verdaderamente se

(1) Véase cómo se explica sobre uno de estos extremos el Abate Moigno: «He leído todo lo que se ha escrito sobre demonología, he asistido á numerosas experiencias, no de espiritismo, me parecen demasiado ridículas por demasiado absurdas, sino de magnetismo y mesas giratorias. Miembro de una comisión encargada de dar un premio de diez mil francos á quien leyese una carta cerrada, género de penetración que se proclama sin embargo muy común, he tenido que poner en prueba la pretensión y el talento de renombrados magnetizadores, y jamás estos hechos maravillosos se han dignado producirse ante mí. Los otros físicos no han sido ni más dichosos ni más privilegiados. Al contrario, todas las veces que un sabio serio ó una sociedad sabia han sido llamados á examinar los hechos extraordinarios del magnetismo ó del espiritismo, no solamente no han visto nada, sino que siempre han puesto en evidencia la mala fe ó la superchería.

«Podriase, pues, mirar tales hechos como efectos de esto último; pero seria irracional después de un testimonio brillante, tan brillante como el de la revelación, la tradición y la historia, poner en duda ya sea la terrible acción de los demonios en el mundo y sobre el hombre, ya sea la posibilidad de pactos culpables con las potestades infernales. «Esplendores de la fe,» pág. 559.

Es facil que nada supiera de este premio de diez mil francos ofrecido por una sociedad científica de Paris, y que á él no optó, el médico hypnotista que hace pocos meses celebró una sesión de hypnotismo en el palacio de la plaza de Oriente de Madrid. Uno de sus muchos experimentos según relación de los periódicos de la Corte, fué el leer una carta cerrada y de-

pueda leer por las rodillas, ni oír con las manos, ni gustar con los piés; más claro: estamos persuadidos que, para la explicación racional de estos fenómenos, no es necesario apelar á la traslación real y efectiva de los órganos del sentir de un lado á otro del cuerpo humano, ni á que los rayos luminosos pasen á través de cuerpos no transparentes; sinó que para la producción de todos estos efectos, dado caso de que sean reales, y cuya posibilidad admitimos sin dificultad alguna, basta la influencia que hemos probado tienen los ángeles caídos sobre nuestra imaginación y nuestros sentidos.

Santo Tomás, al hablar de la influencia angélica sobre nuestra imaginación y nuestros sentidos, afirma resueltamente que no puede el demonio imprimir en aquélla imágenes que de alguna manera no nos hayan entrado por los sentidos: puede sí combinar las existentes del mil modos y á su placer, para que representen seres fantásticos y nunca vistos, como por ejemplo reuniendo en una imagen compleja las dos simples que en ella existen de antemano del oro y del monte, representarnos un monte de oro; pero jamás puede hacer, por no estar en su mano ni caer bajo el dominio de su facultad natural, que un ciego de nacimiento imagine ó tenga idea directa de los colores, ó un sordo del sonido etc. (1). Lo que se dice de la imaginación, lo aplica

postada en el bolsillo de una noble dama. Es de creer que, si semejante fenómeno se hubiera referido, mientras vivía, al malogrado Moigno, hubiese éste fruncido el entrecejo y arrugado las narices.

(1) «*Daemones non possunt novam formam imprimere in organa corporea sensuum; possunt tamen formas in organis sensi-*

el Santo igualmente á los sentidos; de modo que, según su doctrina, no le es dado ni al ángel ni al demonio hacer percibir el objeto propio de un sentido al que carece de él, y desde el vientre de su madre le faltan los órganos indispensables para ejercer aquel acto vital y fisiológico. Y en esto se ve una vez más cuán consecuente y lógico es el Angélico Maestro y cuán íntimamente trabadas y unidas entre sí están sus teorías y enseñanzas. En efecto: en cien pasajes de sus obras repite el Santo que las sustancias separadas ó las mentes angélicas, cuando producen algún efecto material, lo verifican siempre *applicando activa passivis*, es decir, valiéndose como de instrumento de las virtudes naturales de los agentes corpóreos; de suerte que jamás realizan un fenómeno que en absoluto traspase el orden natural y que en cuanto á la sustancia del hecho no esté contenido dentro

bilibus conservatas aliquomodo transmutare» De Malo. quaest. 16. de Daemonibus. art. 11 ad 1m.

Quod autem objicitur quod sequitur quod secundum hoc daemon non possit aliquid novum homini demonstrare secundum imaginariam visionem, dicendum est, quod novum aliquid potest intelligi dupliciter: uno modo totaliter novum et secundum se et secundum sua principia. Et secundum hoc daemon non potest aliquid novum homini secundum visionem imaginariam demonstrare. Non enim potest facere quod caecus natus imaginetur colores, vel quod surdus natus imaginetur sonos. Alio modo dicitur aliquid novum secundum speciem totius, puta, si dicamus esse novum in imaginatione quod aliquis imaginetur montes aureos quos nunquam vidit. Quia tamen vidit et aurum et montem, potest naturali motu imaginari in homine phantasma aurei montis. Et hoc etiam modo daemo potest aliquid novum imaginationi offerre secundum diversas compositiones motuum et specierum; quasi quorundam seminum in organis sensibilibus latentium, quorum virtutem ipse cognoscit.» Ibid. ad 9.m

de la eficacia propia de los séres de quienes se valen para su producción, por más que el manejo, digámoslo así, y la aplicación de estas virtudes se ejecute de un modo superior al ordinario y corriente por la habilidad del manipulador, que posee con perfección el secreto de las leyes á que están sujetas, y sabe mucho mejor que nosotros cómo deben combinarse para el logro del intento ó del fin apetecido. Pueden calentar sí, por ejemplo, pero aplicando el fuego ó una virtud calefactiva, trasportados por ellos en pocos instantes de lugares remotísimos, ó producidos invisiblemente y en un momento por frotaciones, roces, corrientes eléctricas ó combustiones desconocidas de los hombres; pero siempre tenemos que, en resumidas cuentas, quien verdaderamente quema ó calienta es el fuego ú otro sér que tenga esta propiedad. De esta teoría luminosa infiérese legítimamente que no habiendo en la naturaleza fuerzas para dar vista á un ciego de nacimiento ú oído á un sordo desde el vientre de su madre por un defecto orgánico y esencial, ó calor y vida á un muerto, el demonio con toda su virtud y poder hállase incapacitado para hacer que vea, oiga ó viva el sujeto privado de vida, ó del órgano necesario é indispensable para la visión ó audición: luego, por hiperestésicos que se supongan el epigastrio, los piés ó las rodillas, no pueden por ellos ser percibidos los objetos que la naturaleza no ha puesto á su alcance. Podrán sí en ese estado ser mucho más sensibles á la acción del frío, del calor, de la dureza, de la blandura, de la aspereza, de la suavidad, etc; porque todas estas cualidades son perceptibles por el sentido del tacto, el único que reside en aquellas partes del cuerpo humano; pero oír, ver, oler ó gustar, jamás: no por virtud natural, puesto que la

naturaleza exige para esta clase de funciones órganos más complicados y de una estructura mucho más delicada que para el simple tacto, como se observa á poco que se considere el sinnúmero de piezas finísimas y casi imperceptibles que componen el aparato de la visión, *verbi gracia*: nó por virtud angélica, puesto que ésta no puede producir por sí sola lo que en los agentes de la naturaleza material no se encuentra ya dispuesto y preparado para el caso. El mudo, apesar de la completa facultad que para hablar tiene de la naturaleza, como hombre que es, con todo jamás se le ha visto hablar, por carecer del órgano vocal; de igual manera no oye el sordo, por defecto del aparato auditivo; así tampoco verá el ciego, mientras le falte el órgano de la visión, y como el ciego cualquier miembro humano privado de este sentido, por hypnotizado é hiperestésico que se le suponga. De manera que la verdadera habla, audición ó visión en los casos referidos será un verdadero milagro, puesto que todos estos efectos exceden las facultades de toda la naturaleza creada, incluso los ángeles buenos ó malos.

Lo mismo hay que decir respecto de la visión á través de cuerpos perfectamente opacos; pues es una ley natural constantemente observada que cuando dos fuerzas se encuentran en su camino siguiendo opuesta dirección, la mayor vence la menor, y si son iguales, se neutraliza por el choque y se anula la impetuosidad de ambas. Dos balas de igual masa y velocidad se paran en el acto, si chocan en la misma línea. Del mismo modo los rayos luminosos rómpense y anúlense al chocar con un objeto que no da paso á la luz, un muro por ejemplo, una tabla gruesa ó un cuerpo tupido, impidiendo que lleguen á nuestra retina é impriman en ella

la imágen de que eran vehículo; y dado que pasara alguna parte á través de los poros de los dichos cuerpos, resultaría, á lo más, una excitación infinitesimal en el órgano de la visión, la que en matemáticas, en mecánica, en física y en fisiología, equivale á cero, según parecer constante de todos los sabios en estas materias. Y cuando lo sensible es igual á cero, no existe ninguna excitabilidad ni hiperestesia de los sentidos que lo pueda percibir. Para sentir una sacudida infinitesimal, requiérese una facultad ó un órgano elevado á una sensibilidad igual al infinito, si la potencia ha de estar proporcionada con el objeto, lo cual en este caso es un absurdo manifiesto, porque ninguna fuerza física y natural es infinita. Luego tampoco está dentro de los límites de la naturaleza creada, finita en sus individualidades lo mismo que en su conjunto, puesto que sumandos y suma deben ser homogéneos, el producir la visión en medio de la más completa oscuridad, ó cuando la luz, portadora de la imágen objetiva, no puede llegar á impresionar el nervio óptico, por hallar un obstáculo insuperable naturalmente antes de llegar á la retina, receptáculo del sér visible. Luego tampoco podrá en esta hipótesis, valerse el demonio de ningún agente natural que le dé semejante resultado.

Entonces, se dirá, admitida la realidad de estos fenómenos de la trasposición de los sentidos y de la visión de objetos completamente cubiertos, sin que estas envolturas den paso á los rayos lumínicos, habrá que confesar necesariamente que se opera en ambos casos un milagro palpable y manifiesto, cosa que excede, según Santo Tomás, á la facultad de todo sér creado y que constituye un privilegio exclusivo de la divinidad.

No acertamos á ver ni la necesidad del milagro propiamente dicho, ni la verdad de la trasposición real y efectiva de los sentidos, ni la verdadera visión operada á través de cuerpos no diáfanos; sino que estamos firmemente convencidos que basta la influencia descrita de los espíritus malignos sobre nuestra imaginación y nuestros sentidos para dar explicación plausible y satisfactoria de todos estos hechos maravillosos. La imaginación muévase á veces á impulso de la voluntad, y en este caso hemos afirmado antes con nuestro Angélico Preceptor, que le está vedada al demonio la entrada en esta potencia del hombre, que participa en esta ocasión *aliqua liter*, de algún modo, de la razón; pero otras veces la ponen inmediatamente en acción las representaciones sensibles allí almacenadas, permítase la expresión, previniendo este movimiento el juicio de la razón y el imperio de la voluntad, obrando entonces el hombre más bien como animal que como racional; en cuya hipótesis su ejercicio débese llamar un movimiento necesario, natural y del orden completamente corpóreo y sensible, por lo cual no hay inconveniente que se introduzca en su recinto el ángel de las tinieblas y cause una completa revolución por medio del cambio y traslación de los fantasmas en este órgano sensitivo del hombre. Este fenómeno lo observamos durante el sueño y en los locos, y en los tomados del vino ó de otro licor espirituoso. Admitida esta teoría muy en armonía con el poder que sobre los cuerpos hemos dicho ejercen los espíritus angélicos; ¿qué inconveniente halla la razón en que movida de esta suerte la potencia imaginativa pronuncie la lengua, nó lo que los ojos ven, sino lo que á su fantasía sugiere un génio maléfico, exactamente igual á lo que está escrito en el

libro cerrado presentado á su vista ó en el libro abierto aplicado á lo rodilla ó al epigastrio? Cuando un sujeto aprende de memoria un trozo de un autor, ¿no puede recitarlo tan perfectamente como si lo leyera, aplicando el volumen á la espalda ó presentándoselo cerrado? ¿Los que este fenómeno presenciaron y no estuvieron en el secreto, no se persuadirían á la primera impresión que leía en el libro sin abrir ó que lo efectuaba por la espalda? Y, sin embargo, se ve claro que en este caso habría un fenómeno equivalente, en cuanto al resultado, á la lectura, sin que ésta fuera una verdad: pues lo mismo afirmamos nosotros que puede suceder en los casos de trasposición de los sentidos y de la visión á través de cuerpos que no dan paso á la luz. Además el movimiento de la lengua no es en muchas ocasiones más que un movimiento automático, sin que sepa lo que se dice el que la mueve, como lo vemos todos los días en los locos que hablan sin tón ni són, en los delirantes á causa de una fuerte calentura y en los que se encuentran en completo estado de embriaguez, quienes en estas ocasiones parecen sentir debajo del frenillo un prurito que les impele á hablar á borbotones, asemejándose á una máquina parlante. Pues bien: ese poder concedido á una imaginación calenturienta ó exaltada por una fiebre aguda ó por el espíritu de Baco, ¿por qué no se le ha de atribuir cuando el que le da calor ó la exalta es el espíritu infernal? En el primer caso habla el hombre como pudiera hacerlo un papagayo ó un loro de las Indias; y en el segundo recita versos ó un trozo de literatura sin saber lo que se dice. No lee lo que está escrito, sinó lo que su imaginación movida por un sér superior le sugiere en completa consonancia con lo que está escrito en un libro que se presenta á sus ojos ven-

dados ó aplicado al occipucio.

Tampoco le cuesta gran trabajo al poder diabólico, por hallarse dentro de sus facultades naturales, producir en el cerebro ó en la retina del hypnotizado la misma impresión que sentiría con la presencia del objeto visible: y ved aquí explicado por qué el hypnotizado cree ver el objeto visible, aunque esté tapado, ó con el epigastrio, apesar de ver en realidad con los ojos. Lo mismo debe afirmarse del sentido del gusto, del olfato y del oido. Con esto queda explicado el pretendido milagro y aclarado el misterio de la decantada trasposición de los sentidos y la tan cacareada visión á través de cuerpos opacos, tan frecuentes y ordinarias en las sesiones espiritistas y en los experimentos hypnóticos, sin necesidad de apelar á que un sentido percibe el objeto propio y peculiar de otro, ni á que la luz penetra por entre los poros de un cuerpo opaco y tupido y permite la visión á través de éstos; pues ambas cosas pugnan abiertamente con las leyes naturales y con el sentido común.

Igual juicio debe formarse y el mismo criterio hay que aplicar en los casos en que el hypnotizado habla idiomas para él del todo desconocidos, ó diserta sobre materias científicas que jamás aprendió, ó anuncia hechos que se están realizando á largas distancias y en países remotos (1).

(1) Estos fenómenos maravillosos que tanto ruido meten en nuestros días y se atribuyen al espiritismo é hypnotismo, no son de hoy ni de ayer; ya Santo Tomás habla de ellos como de cosa corriente en su tiempo. «*Experimento*, dice el gran Doctor del siglo trece, *scitur multa per daemones fieri... puta quod arreptitii loquuntur lingua ignota; quod recitant versus et auctoritates, quas nunquam sciverunt, quod necromantici* (los espiritistas de aquella época) *faciunt statuas loqui et moveri et s-*

Faint, illegible text covering the majority of the page, likely bleed-through from the reverse side.

XVI.

INTERVENCIÓN INDIRECTA DEL DEMONIO SOBRE NUESTRA VOLUNTAD.—DOS PALABRAS SOBRE LA SUGESTIÓN, ESPECIALMENTE LA LLAMADA Á «PLAZO FATAL.»

Réstanos sólo examinar si el poder de los espíritus infernales extiende su dominio hasta la misma voluntad del hombre, y si está en su mano el inclinarla de algún modo á perpetrar los crímenes que durante el sueño hypnótico pueden ser sugeridos al hypnotizado; para concluir que posee esta causa todas las cualidades que hemos dicho ser indispensables para el que pretenda ser el verdadero agente de todos los fenómenos del espiritismo é hypnotismo.

Es indudable que la voluntad no puede ser violentada

milia.» 1.^a part, quaest. 115. art. 5.^o Por aquí se ve que el demonio se ha valido siempre de las mismas tretas y artimañas para embaucar á los tontos é incautos, con la única diferencia de manifestarse á las claras y sin embozo en tiempos de ignorancia y en donde predomina el culto de las falsas deidades, ó de cubrirse con el ropaje de aparatosa ciencia en los días en que, divorciada la razón de Dios, se ha creído omnipotente, y confiada en sus propias fuerzas en vista de los progresos y adelantos científicos, ha pretendido explicárselo todo por la luz natural de su inteligencia, prescindiendo por completo de la fe y de la revelación.

en sus actos propios y peculiares, ó *elícitos*, como los llaman los Escolásticos, y no puede sufrir en ellos coacción verdadera, sea cual fuere la causa que la impela ó incline á querer ó no querer; porque esto sería una contradicción palpable y manifiesta, y equivaldría á querer no queriendo; puesto que la voluntad es una inclinación natural que nos lleva con más ó menos fuerza hacia el objeto de nuestro amor ó nos aparta y retrae de lo que aborrecemos; y así como es imposible que una piedra tienda naturalmente hacia el centro y con esta misma tendencia natural se dirija á la circunferencia; así el acto de la voluntad que es esencialmente y por la necesidad de su naturaleza un acto voluntario, es del todo imposible que sea á la vez involuntario, como debiera serlo por precisión si pudiera ser violentado. Por esta razón afirma el Angel de las Escuelas (1) ser metafísicamente imposible que pueda ser inferida verdadera violencia á la voluntad en sus actos propios, y que no teniendo ni pudiendo tener razón de sér la cosa, no pueda ser hecha por Dios; de modo que ni hombres, ni ángeles, ni nuestra alma, ni Dios pueden realizar este imposible y hacer que la voluntad quiera no queriendo. Puede sin duda ninguna Dios Nuestro Se-

(1) «*Et sic dicimus quod nulla creatura potest cogere voluntatem agendo in ipsam, quia hoc nec Deus poterat.*» *De veritate quaest. 22. art. 9.º* «*Violentum voluntario repugnat,*» dice el Santo en el lib. 3.º de la Suma contra los Gentiles cap. 38. «*Non tamen voluntas potest se cogere, quia in hoc importatur contradictio, scilicet quod aliquid sit acceptum a seipso; quia violentum est in quo nihil confert vim patiens, confert autem vim inferens. Et sic voluntas non potest se cogere, quia sic seipsa in illa vi aliquid cogeret se, et nihil conferret, in quantum cogetur, quod est impossibile.*» *De Verit. quaest. 22. art. 9. ac 1.*

por hacer que la voluntad abrace ahora lo que un instante antes odiaba con todas sus fuerzas; de ello tenemos un notable ejemplo en la conversión de San Pablo, cuando más enfurecido estaba contra los discípulos de Jesús. Pero cuando la voluntad se determina bajo la moción de Dios á querer, lo verifica voluntariamente, y jamás sucederá que se junten en un solo acto, y respecto del mismo objeto, y considerado desde un mismo punto de vista, la *volición* y la *nolición*, permitasenos este tecnicismo, porque expresa de una manera muy gráfica el objeto que nos proponemos.

Queda, pues, fuera de toda duda que todo el poder del demonio es impotente para imprimir verdadera coacción á los actos de nuestra voluntad.

Por otro lado es demasiado cierto, por desgracia, que en la perpetración de muchos crímenes y maldades juega un papel importante la sugestión diabólica, y que de alguna manera nos mueve á pecar é inclina nuestra voluntad á que, separada de su último fin, ponga su felicidad en la criatura repudiando á Dios, único objeto capaz de satisfacer todas nuestras aspiraciones. Preciso es, por lo tanto, ver en qué consiste este influjo que sobre nuestra voluntad ejerce el enemigo jurado del linaje de Adán.

Es una verdad de fe consignada en cien pasajes de la Escritura Sagrada que el ángel caído tienta á los hombres y les incita á la maldad, movido de su odio inveterado contra Dios y contra la última obra salida de sus manos creadoras. La tentación de nuestra madre Eva descrita con tanta minuciosidad en las primeras páginas del Génesis, y la osadía incalificable de haberse atrevido el espíritu infernal á tentar al mismo Jesucristo en el desierto, según nos lo refieren los

Evangelistas, son suficiente prueba de lo que venimos diciendo. Del hecho no cabe por consiguiente la menor duda; cómo se verifica, esto es lo que nos incumbe patentizar.

La voluntad puede ser movida interior ó exteriormente, de un modo físico ó con una moción moral solamente. En el recinto de nuestra voluntad hemos probado anteriormente que no puede penetrar el demonio, y que éste es un lugar sagrado en el que solo Dios y nosotros podemos entrar. Solo Dios por lo tanto y nosotros podemos ser la causa física é inmediata de las determinaciones de nuestro libre albedrío, aquél como causa primera eficiente de nuestro sér, y como fin último y supremo de nuestra felicidad, y nosotros como causas segundas é inmediatas de quienes parten directamente todos nuestros actos vitales, y vital es el acto de la voluntad. No le queda, pues, á nuestro común enemigo otro portillo para hacer llegar hasta nosotros sus envenenados tiros que nuestras potencias exteriores y los sentidos internos, como la imaginación, por ejemplo, sobre los que hemos probado ya que tiene influjo directo; ni otro modo de mover é inclinar nuestro corazón á sus perversas sugerencias, que incitándole moralmente, presentándole como dignos de amor objetos abominables, ó como merecedoras de odio las cosas más santas y dignas de respeto. Hé aquí los dos modos de que se vale el demonio para labrar nuestra ruina y eterna perdición.

Sabido es de todos cuánto influyen nuestras pasiones en los actos de nuestra voluntad, y que gran parte de los hombres abrazan más bien lo que á ellas acomoda que lo conforme al dictámen de la sana razón. Cada día experimentamos el diverso modo de proceder y de juzgar de un individuo, cuando se halla dominado de una pasión y,

cuando libre de ella y de su influencia, raciocina á sangre fría; en este último caso sucede frecuentemente parecerle abominable lo que mirado á través de la pasión le encantaba y le tenía como fuera de sí (1). Por otro lado es cosa averiguada y axiomática entre los filósofos que toda pasión se desarrolla en el hombre por medio de una trasmutación corporal, y que según el temperamento de cada individuo se halla el hombre más propenso á dejarse arrastrar de una pasión que de otra. Así por ejemplo el bilioso se siente más inclinado á la ira, el sanguíneo experimenta con mayor fuerza el impulso de las pasiones eróticas, el flemático se deja vencer más fácilmente del miedo, y así de las demás pasiones. Esto prueba de un modo evidente cuánto influyen los humores del cuerpo humano en el desarrollo de las pasiones. Teniendo el demonio poderío sobre los seres materiales y pudiendo ejercer su maligna influencia sobre nuestros cuerpos, de la manera ya explicada, dicho se está que excitando estos humores y avivando nuestras pasiones en lo que tienen de común con las de los animales, puede indirectamente mover nuestra voluntad inclinándola á abrazar aquello á que la pasión la incita é instiga con vehemencia. Y como el hombre se convierte en un criminal, cuando no enfrena sus apetitos sensitivos, cuando no modera el ímpetu de sus pasiones desordenados; de aquí se sigue que moviendo este resorte el espíritu maligno, nos induce con facilidad á cometer acciones criminales y á la perpetración de actos vedados por la razón y por la ley, así divina como humana. Y como sabe él per-

(1) «*Ei, dice Santo Tomás. qui a passione detinetur. videtur esse bonum id ad quod per passionem inclinatur.*» 1.^a 2.^a quaest. 80. art. 2.

fectamente que la inmensa mayoría de los hombres no tiene otro guía ni otro norte en las determinaciones de su voluntad que el capricho de las pasiones, poniendo á éstas en acción é impulsándolas con vehemencia, logra trasformar al hombre en una fiera indómita, capaz de cometer los mayores delitos y las más horribles maldades. Éste es el medio más común de que usa el diablo para apartarnos de las sendas del deber y para inducirnos al pecado y divorciarnos de nuestro Dios y Señor (1).

Creemos excusado añadir que por grande que sea la influencia de las pasiones y por muy fuerte que sea su impulso, hay en la voluntad del hombre fuerzas suficientes para tenerlas á raya y para impedir que salten las vallas de la razón; y que dejándose arrastrar de ellas y siguiendo sus movimientos desarreglados, se hace responsable delante de Dios y ante su propia conciencia del desorden originado de poner bajo los piés de la pasión las potencias que en el

(1) «*Philosophus dicit quod aliquis in passione existens a modica similitudine movetur, sicut amans ex modica similitudine amati. Et ideo daemones tentatores dicuntur, quia experiuntur per actus hominum quibus passionibus magis subduntur, ut secundum hoc in eorum imaginatione efficacius imprimant quod intendunt... Sic ergo patet quod diabolus interior, persuadet peccatum, imprimendo in vires sensitivas interiores vel exteriores; per modum autem disponentis potest esse causa peccati, in quantum per similem commotionem spirituum et humorum facit aliquos magis dispositos ad irascendum vel concupiscendum, vel ad aliquid hujusmodi. Manifestum est enim quod corpore aliquo modo disposito est homo magis pronus ad concupiscentiam, et iram, et hujusmodi passiones, quibus insurgentibus, homo disponitur ad consensum. Sic ergo patet quod diabolus interior instigat ad peccatum persuadendo et disponendo, non autem perficiendo peccatum.*» De Malo quaest. 3. art. 5.º

hombre deben siempre ocupar el lugar más alto y elevado, y de consentir que la razón y la voluntad se sujeten al impulso é influjo de una pasión brutal. Hay en el hombre poder bastante, y además un deber riguroso, de avasallar los apetitos sensitivos y no permitir que se enseñoreen de la razón, que es la que le constituye hombre y por la cual se distingue de los animales brutos. Con esto queda probado que ni la pasión, ni el demonio valiéndose de ella, pueden necesitarnos á pecar ni obligarnos á que sigamos sus instigaciones perversas (1).

Además de esta instigación con que el diablo nos impele al pecado, y que puede llamarse interior y física, no porque llegue hasta el retrete de la voluntad, sino porque interiores y del orden natural son las pasiones del hombre por él perturbadas, por más que sean extrínsecas respecto de aquella potencia, y su modo de obrar sobre ella del orden moral; puede la malicia diabólica incitarnos al crimen y á las acciones pecaminosas con una moción y un impulso solamente moral, presentándonos objetos que nos induzcan é inclinen al pecado.

El objeto de la voluntad no es simplemente el bien, sino el bien presentado como tal al apetito racional del hombre. La voluntad es una potencia ciega, sus ojos son el entendimiento, y es una condición indispensable para que ella se

(1) También es del Santo Doctor de Aquino esta doctrina. Hé aquí como se explica en las Cuestiones disputadas: «*Et per hunc modum hujusmodi passiones voluntatem inclinant, non tamen de necessitate immulant, quia in potestate voluntatis est hujusmodi comprimere, ut usus rationis non impediatur, secundum illud Genesis 4.º «Subter te erit appetitus illius» (scilicet peccati)» De Veritate. quaest. 22. art. 9. ad 6m.*

incline á amar ú odiar un objeto, el que le sea presentado por la razón como digno de amor ó de odio. El objeto, pues, el que lo presenta, y el que alega razones para persuadir su bondad ó malicia mueven é inclinan á la voluntad de un modo moral para que lo abrace ó lo repela, dejándola no obstante en libertad para que escoja á su placer lo que mejor le parezca, supuesto que ningún objeto fuera de Dios, halla toda la razón de bien, y que ninguno, á no ser el bien supremo, constituye su felicidad completa y su bienaventuranza cumplida.

También en este sentido puede el ángel de las tinieblas incitarnos al pecado y excitar nuestra voluntad exteriormente para que se resuelva á seguir sus malignas sugestiones. Atendida nuestra mala inclinación y nuestra innata propensión al mal desde el pecado de nuestro primer padre, sucede con frecuencia que la sola presencia de un objeto vedado mueve nuestro apetito á desearlo, y como no esté el hombre muy sobre sí y acostumbrado á vencerse y á ir contra la corriente de sus pasiones, al apetito sensitivo acompaña de ordinario el apetito racional, que se deja arrastrar con facilidad por sus malas inclinaciones y frecuentemente se va en pòs de los bienes del cuerpo que se perciben por los sentidos, abandonando los del alma inmensamente superiores, perceptibles sólo por el entendimiento. Así la vista de la fruta que pendía del árbol de la ciencia del bien y del mal excitó el apetito de nuestra madre Eva, para que desease comer lo que le estaba prohibido. Este deseo inmoderado subió de punto desde el momento que el demonio bajo la forma de serpiente le adujo razones de conveniencia y le hizo creer que era una necedad el privarse de aquel gusto y que

no había razón de abstenerse de él, pudiendo libremente comer del fruto de los demás árboles que había en el Paraíso, y que, finalmente, comiendo de él sería como Dios. Movida de estas razones especiosas y de bella apariencia la madre de todos los vivientes alargó la mano y comió la fruta prohibida, causando después la ruina de Adán y de toda su descendencia.

De este ejemplo se deduce claramente cuánta parte es y cuánto influye en nuestra voluntad la presencia del objeto provocativo y cuánto pueden un mal consejo y las persuasiones de quien está interesado en nuestra perdición, pintándonos como blanco lo negro y vendiéndonos como bueno lo que en realidad es malo y detestable.

Por aquí se ve bien á las claras cuán fácil es al enemigo del género humano el tentarnos é inclinarnos al mal, ya presentándonos exteriormente objetos excitantes y conformes con los apetitos animales del hombre, para que á su simple vista se mueva á desearlos; ya moviendo su imaginación y demás sentidos internos, recordándole placeres habidos y deleites experimentados, para que su memoria y vivo recuerdo vuelvan á excitar y renovar su apetito y desee disfrutar otra vez lo que la primera le causó una sensación agradable; ya finalmente haciéndole percibir en los objetos propuestos razones de conveniencia y sugeriéndole ser bueno lo que en realidad la razón condena como malo, y propinándole el tósigo mortal en dorada copa, y cubriendo con ropaje de virtud la desnudéz y asquerosidad del vicio; ya trasformándose en ángel de luz proponiéndole objetos de suyo buenos y laudables para engañarle con más facilidad, cuando le presente otros que no lo sean. (1).

(1) *Ex parte objecti*, dice Santo Tomás, de quien están to-

Todo esto está muy en armonía con el poder del espíritu rebelde, muy en conformidad con su modo de obrar sobre nuestros sentidos exteriores é interiores, y muy en consonancia con su voluntad perversa y dañada, y con el empeño que tiene de perdernos, según hemos demostrado ya en los párrafos anteriores.

Este modo de tentarnos es común y ordinario en nuestro constante adversario; estas dos maneras de influir indirectamente en nuestra voluntad y en sus determinaciones libres son frecuentes y se repiten á cada momento por el ángel perverso empeñado en nuestra perdición y en nuestra total ruina en el orden de la gracia; y para el logro de fines tan dañados no descansa un momento ni perdona medio alguno que conduzca á la consecución de su malvado intento. Pero preciso es confesar que esta tentación común y esta ingerencia ordinaria del espíritu infernal en nuestra voluntad, no

madras casi liberalmente todas estas enseñanzas, *potest intelligi, quod aliquid moveat voluntatem tripliciter: Uno modo sicut ipsum objectum propositum, sicut dicimus quod cibus excitat desiderium hominis ad comedendum; alio modo ille qui proponit vel offert hujusmodi objectum; tertio modo ille qui persuadet objectum propositum habere rationem boni, quia et hic aliquando proponit proprium objectum voluntati, quod est rationis bonum verum vel apparens. Primo igitur modo res sensibiles exterius apparentes movent voluntatem hominis ad peccandum; secundo autem et tertio modo vel diabolus vel etiam homo potest incitare ad peccandum, vel offerendo aliquid appetibile sensui, vel persuadendo rationi. Sed nullo istorum trium modorum potest aliquid esse directa causa peccati: quia voluntas non ex necessitate movetur ab aliquo objecto, nisi ab ultimo fine... Unde non est sufficiens causa peccati neque res exterius oblata, neque ille qui persuadet. Unde sequitur quod diabolus non sit causa peccati directe vel sufficienter, sed solum per modum persuadentis vel proponentis appetibile.» 1.^a 2.^a quæst. 80, art. 1.^o.*

bastan para explicar satisfactoriamente los fenómenos raros y sorprendentes observados con harta frecuencia en las sesiones y experimentos espiritistas é hypnoticos. Indispensable se hace buscar un modo más insinuante, una intervención maligna de más potencia, una fuerza extraordinaria, fuera de la común y vulgar, con que el demonio suele persuadir el mal é impeler á su ejecución, para dar razón plausible de lo que en el lenguaje hypnotista se llama *sugestión*, sobre todo la denominada á *plazo fatal*, que á nuestro humilde entender, constituye uno de los fenómenos de más difícil explicación, uno de los nudos gordianos que más cuesta desatar. Sin embargo, estamos seguros de que con las sabias enseñanzas del Ángel de las Escuelas en la mano, se desatará este nudo gordiano y se solventarán todas las dificultades que á nuestro paso se atraviesen en la explicación de estos hechos verdaderamente prodigiosos y fuera del curso ordinario. Vamos á intentarlo.

Por *sugestión* entienden los hypnotólogos un impulso que el hypnotizador imprime en el hypnotizado con el cual le obliga á ejecutar actos no queridos libremente por éste, y que olvida completamente de ordinario, desde el momento en que recobra su libertad. Este impulso puede consistir en una orden dada de palabra, ó solo mentalmente, al sujeto, en una indicación con la mano, con los ojos ó con la cabeza, en la entrega de un objeto, un revólver por ejemplo, para que lo descargue en el pecho de una persona determinada. Si la acción debe ejecutarse pasado el sueño hypnotico y en un día, hora y lugar determinado, entonces la *sugestión* se denomina «á *plazo fatal*». Es un hecho probado por mil experiencias que el hypnotizado ejecuta con precisión

casi matemática, y sin saberse dar razón del por qué lo hace, cuanto se le ha sugerido durante la hypnósis; de modo que el hypnotizado, perdido su libre albedrío, viene á ser una máquina y un autómeta, de la que se sirve á su placer el operante y le imprime los movimientos que se le antojan, siendo fielmente obedecidos sus deseos y ejecutadas sus órdenes con toda exactitud. (1)

A cualquiera se le alcanza, á poco que reflexione sobre estos fenómenos, que no hay en la naturaleza fuerza física capaz de producirlos, por contrariar á menudo su realización á las leyes fijas y constantes porque se rige el mundo físico, y porque éstas producen uniformemente sus efectos, dadas las mismas circunstancias; todo lo cual está en abierta contradicción con lo que pasa en los hechos referidos de *sugestión á plazo fatal*; pues se ve más claro que la luz, que

(1) Por no extendernos demasiado vamos á referir dos casos solamente de la *sugestión á plazo fatal*. «Es bien conocido de todos, dice el P. Franco, el hecho de una honradísima joven á la cual le fué impuesto durante el sueño magnético, que en tal día y hora tomara una pistola y fuese á descargarla contra el pecho de su madre, que debería hallarse en una determinada habitación. La pobre muchacha cumpliólo todo al pié de la letra, sin que variaran ni el día ni la hora.» *El hypnotismo puesto en moda*. pág. 65.

El Dr. Liégeois, según refiere Cullere, entregó á un joven durante el sueño hypnótico un papel que contenía unos polvos blancos asegurándole que eran de arsénico: sugerióle que al llegar á su casa los echara en un vaso con agua, los revoliera bien y los propinara á su tía, para que muriera envenenada. El infeliz muchacho cumplió exactamente la orden recibida, según relación de su propia tía, que advertida de antemano por el doctor, se apresuró á notificárselo asegurándole que su sobrino había hecho con precisión cuanto se le había ordenado en el sueño artificial. *Magnetisme et Hipnotisme*. pág. 362.

en todos ellos la causa determinante es la voluntad sola del hypnotizador, y no como quiera, sinó precisamente y como condición *sine qua non* sugerida y manifestada durante la hypnosis, porque fuera de ella nos dicen repetidos experimentos que es impotente el mismo operante para obtener del hypnotizado esta ciega obediencia, esta inconsciente exactitud en obrar aquello que fuera de este estado excepcional se le sugiere. (1)

La sola voluntad del hynotizante tampoco es capaz de sujetar de esta manera automática las operaciones del hypnotizado y de ligar hasta tal punto su libertad y privarle de su libre albedrío y de su conciencia; y ambas cosas se verifican no obstante en los casos de *sugestión á plazo fatal*;

(1) Véase lo que á este propósito dice el ya citado P. Franco: «Se trataba de una parálisis parcial provocada en la hypnosis, con orden de que persistiera aún después del sueño. La parálisis persistió en efecto después del sueño. Los médicos se esforzaron, pasada la hypnosis, para que cesara empleando al efecto los remedios usuales que la ciencia prescribe para tales casos. Todo fué en vano. Hubo precisión de adormecer nuevamente la enferma, y habiendo ordenado á la paralítica en el sueño que curara, curó instantáneamente. Una palabra pudo más que todas las sugestiones naturales y más que todos los remedios igualmente naturales. El síntoma, pues, de la cesación de la parálisis no era producido por la sugestión considerada físicamente, porque todas las sugestiones, y aun los remedios practicados fuera de la hypnotización, resultaron sin efecto. ¡Era preciso el hypnotismo! Durante él, una ligera sugestión, sin auxilio de medicamentos, obtuvo un éxito brillante. Luego, ¿no es esto una prueba de que en la hypnosis obra, además de la sugestión, otra fuerza desconocida? Una fuerza desconocida que obedece á la indicación del hypnotizador; pero sólo durante la hypnosis? Luego este síntoma es dependiente de la voluntad: luego no es una fuerza física.» *El Hypnotismo puesto en moda.*» pág. 151.

pues se observa que el hypnotizado ejecuta al pié de la letra lo sugerido durante la hypnosis, apesar de su resistencia, manifiesta en ocasiones, y de sus inclinaciones personales y de su educación moral y religiosa, sin darse cuenta por añadidura de lo que hace, del por qué lo hace y quedándole después de hecho un recuerdo, cuando más vago, ya que no lo olvide por completo.

Un hombre, sea el que fuere, no puede obrar sobre la voluntad de otro más que moralmente y de un modo indirecto, por medio de mandatos, consejos, persuasiones, amenazas, y presentando á sus sentidos objetos que le halaguen ó intimiden; pero todos estos modos de obrar se ve á la legua ser insuficientes para producir los efectos de la sugestión á *plazo fatal* con toda su exactitud y precisión, sin discrepar un ápice de lo sugerido por el hypnotista, asemejándose estos fenómenos al modo de obrar de los agentes naturales que producen sus efectos por la necesidad de su naturaleza, más bien que á los séres morales que obran á capricho siguiendo el dictámen de la razón, recta ó extraviada, y pasando con frecuencia por encima de todos los agentes naturales más poderosos, y sobreponiéndose á veces á las pasiones más fuertes y á las inclinaciones más vehementes, y arrostrando con heroísmo en ocasiones hasta la misma muerte antes que consentir en una acción criminal y pecaminosa que hay empeño decidido en hacerles cometer. Díjérase que en las sugestiones hypnóticas conviértese el hombre en un reloj despertador que en llegando la hora y el minuto designados por la manecilla, desarróllasele el mecanismo, álzase el martillito y empieza á golpear la campanilla hasta que se le concluye toda la cuerda. ¿Y es esto lo que

todo el mundo entiende por moción moral? ¿No son estos movimientos más bien del orden físico ó si se quiere propios de un mecanismo artificial? ¿No sería esto convertir al hombre en una máquina ó en un muñeco mecánico vestido con ropaje y apariencias de racional? Puédese admitir esta hipótesis sin abdicar de nuestra dignidad y sin abjurar de las prerrogativas más nobles de que dotara Dios á la última obra de sus manos y la más perfecta de este mundo visible?

El fenómeno sin embargo existe y se reproduce todos los días á la vista de un sinnúmero de personas de todas las clases sociales, de modo que no cabe dudar de él racionalmente. Hay que asignarle por lo tanto una causa productora, puesto que nunca ha existido ni existirá jamás efecto sin agente que lo realice. Donde no llegue por lo tanto la virtud de los agentes naturales y aun de los libres de un orden inferior, será preciso acudir á un orden superior y á unas causas de más poder y de mayor eficacia, en cuya virtud se contenga la razón suficiente de su existencia. Sobre el hombre y la naturaleza material no se encuentran más seres que Dios, los ángeles y las potestades del abismo. Luego no hay más remedio que buscar en uno de estos tres órdenes el verdadero mago, obrador de estos prodigios y de estos fenómenos por demás raros y maravillosos. Sería haceros una injuria, lectores benévolos, y poner en duda vuestra fé y buen sentido filosófico-cristiano, tratar siquiera de probar que ni Dios ni los espíritus bienaventurados pueden intervenir en esta clase de prestigios vanos y curiosos cuando menos, ya que no altamente inmorales y pecaminosos, como sucede con harta frecuencia, y atentatorios contra el pudor y

la justicia y trastornadores de la paz doméstica y hasta del orden social.

Vamos pues á intentar ponerlos ante la vista y demostrarlos claramente que todos estos fenómenos encuentran explicación racional y satisfactoria en la intervención directa de los espíritus infernales, de aquellos séres superiores á los hombres en naturaleza, pero caídos de su dignidad sobrenatural por su rebeldía y obstinada obcecación en su soberbio proceder contra su Dios y Creador.

Hay que recordar ante todo lo que poco há dejamos consignado, á saber: que ningún ser extraño al hombre, fuera de Dios, puede obrar directamente y con un impulso físico y eficaz sobre su voluntad y libre albedrío, y que ni ángeles ni demonios pueden obligarle á pecar ó á querer aquello que él se empeñe decididamente en repudiar. Pero, á pesar de ser esta una verdad indiscutible y fuera de toda duda racional, todavía no vacilamos en afirmar, siguiendo en este punto á los dos grandes doctores de la Iglesia San Agustín y Santo Tomás, que pueda el espíritu infernal obligarnos con una violencia física y material á cometer una acción de suyo pecaminosa y por su naturaleza criminal, sin que se nos pueda imputar, á lo menos directamente, ni tal crimen ni tal pecado (1).

(1) «Cum afferuntur imaginariae similitudines, inhaeretur eis quasi rebus ipsis, nisi sit aliqua alia vis quae contradicat, puta, sensus aut ratio. Si autem sit ligata ratio et sensus sopitus, inhaeretur similitudinibus sicut ipsis rebus, ut in visis dormientium accidit et in phreneticis. Sic ergo daemones facere possunt ut homines non discernant species a rebus, in quantum, Deo permittente, perturbant interiores vires sensitivas, quibus perturbatis, ligatur usus rationis humanae quae indiget praedictis viribus ad

Para la mayor inteligencia de esta distinción entre un pecado formal y otro material, basta solo fijar la atención en lo que pasa todos los días y á la vista de todos. El homicidio y la blasfemia son cosas de suyo pecaminosas, y no obstante ejecutado aquél y proferida ésta por un loco ó por un individuo en completo estado de embriaguez, no se les imputan estas acciones, á no ser que hayan sido previstas ó debieran preverse, y queridas en su causa; porque no obran entonces como hombres, pues les falta el uso de la razón y la advertencia deliberada y completa de la malicia de tales actos, condiciones indispensables para la perpetración de un pecado. De manera que aquella misma palabra material pronunciada con deliberación y advertencia pasa á ser pecado formal, y proferida sólo materialmente su sonido, si le falta esta malicia, no es pecado ninguno en el sentido ya explicado; al modo que no lo sería en un niño de cuatro años ó en un loro á quien se hubiese enseñado á pronunciar semejantes sonidos articulados.

Presupuesta esta doctrina admitida por todos los teólogos y por los tratadistas de Ética ó Filosofía moral, vamos á probar cómo el demonio puede impulsarnos con una violencia física á lo material del pecado, sin que por esto deba afirmarse que está en su mano el inducirnos necesariamente á pecar, lo cual exige por necesidad el consentimiento de nuestra voluntad en cuyo recinto no puede entrar y cuya puerta le está herméticamente cerrada.

Por dos capítulos puede el espíritu infernal movernos

suum actum, sicut patet in arreptitiis; ligato autem usu rationis nihil imputatur homini, sicut nec bestiae. Undem secundum hoc diabolus non erit causa peccati, etiamsi sit causa actus qui alias esse peccatum.» De Malo. quaest. 3. art. 3. ad 9m

necesariamente á la perpetración de un acto de suyo criminal: por el dominio absoluto que hemos probado tiene sobre todos los seres materiales en cuanto al movimiento local, y por la facultad que posee de inmutar y trastornar nuestros sentidos, así exteriores como interiores.

Facilísimo le es por la primera razón mover maquinalmente la lengua, por ejemplo, de un hombre y forzarla á pronunciar sonidos articulados, que expresen palabras soeces, injuriosas ó blasfemas, así como valerse de la mano y, poniendo en movimiento sus músculos, violentarla á cojer un puñal y clavarlo en el corazón de un sujeto dado ó en el suyo propio, ó bien dispararle un revólver. Todos estos movimientos, en esta hipótesis, no serán más que automáticos y hechos sin conciencia y realizados por una fuerza mayor, de la que es imposible sustraerse; porque el poder del demonio supera con un exceso prodigioso las fuerzas de todos los seres materiales, y materiales son únicamente estas acciones, desde el momento que las despojamos de la malicia que entrañan, y se consuman sin el consentimiento de la voluntad y sin la deliberación del entendimiento. En cuanto á estos actos, llamados en la Moral imperados, enseñan todos los autores unánimemente que puede sufrir violencia la voluntad humana, porque se ejercen por potencias exteriores respecto de ella, y son en estos casos movimientos puramente materiales, sin que tenga en ellos arte ni parte la reina de todas las potencias del hombre, la voluntad: son en una palabra movimientos meramente animales como lo son los de los brutos. (1)

(1) Para que se vea cuán conforme es esta teoría con las enseñanzas de San Agustín y Santo Tomás, vamos á transcribir las pala-

De esta tiránica potestad del demonio sobre nuestros miembros tenemos en las sagradas páginas repetidos testimonios, sobre todo en los Santos Evangelios, en los cuales se nos refieren entre otros los hechos de un ciego, y mudo á la vez, á quien el espíritu maligno había viciado con sus artes diabólicos estos dos sentidos (1); el de aquel energúmeno á quien libró el Señor del poder de Belcebú y al cual arrojaba éste ya al fuego ya al agua (2); y el de aquellos dos miserables endemoniados que poseidos del furor satánico moraban en las cavernas y estaban en acecho, lanzándose como perros rabiosos sobre los caminantes que por delante de ellos transitaban (3) ¿Quién puede dudar que sobre los cuerpos de estos y otros infelices, curados por Nuestro Señor, tenía el demonio un dominio particularísimo, pues trastornaba tan radicalmente sus sentidos, sus humores y sus miembros?

También por el segundo capítulo y permitiéndolo Dios

bras textuales de ambos Santos Doctores. Hablando el primero de la serpiente de que se valió Lucifer para engañar á Eva, se expresa así: «*Neque etiam serpens verborum sonos intelligebat qui ex illo fiebant ad mulierem;.... quandoquidem nec ipsi homines, quorum rationalis natura est, cum daemon in eis loquitur, sciunt quid loquantur.*» *Super. Genes. ad litter. cap. 28 et 29.*

Y el segundo, tratando de los energúmenos, dice lo siguiente: «*Energumeni dicuntur quasi interius laborantes ex intrinseca operatione diaboli.*» 3.^a part. quaest. 71. art. 2.^o Cuyo texto lo explican los expositores de este modo: «*Energumeni dicuntur quasi interius laborantes, id est interius ad operandum acti, sive in quibus daemon intus existens operatur, juxta propriam significationem graecae vocis ENERGUMENON.*

(1) Math. 12. v. 22.

(2) Math. 17. v. 14.

(3) Math. 8. v. 28.

en sus inescrutables juicios, le es dado al demonio imperlernos físicamente á la perpetración de un acto pecaminoso en cuanto á lo material del acto, perturbándonos la imaginación é impidiendo el uso de la razón y por ende el libre ejercicio de la voluntad. Ya hemos probado anteriormente que siendo la imaginación un órgano corpóreo, cuyo asiento se halla en el cerebro, está dentro de las facultades naturales del ángel rebelde el trastornarla y viciarla, hasta el extremo de impedir indirectamente las funciones intelectuales.

Para comprender mejor cómo del trastorno de este órgano corporal se sigue el marasmo y la paralización del libre albedrío, hay que recordar que la voluntad es una potencia ciega y que el entendimiento es la guía que la dirige y como el lazarillo que la señala la senda que ha de seguir y le indica los escollos que debe evitar; y es la luz de la inteligencia tan necesaria para las funciones de la voluntad, que ésta jamás se resuelve á querer ú odiar un objeto cualquiera, sinó á condición de que la razón se lo muestre como digno de estima ó desprecio; de modo que así como el hombre no ve sino abre los ojos, así tampoco la voluntad nada quiere sino se le abren los ojos de la inteligencia y se le muestra así lo que ha de querer. La experiencia y la sana filosofía nos dicen de consumo que el entendimiento no funciona en su estado de unión con el cuerpo, sino con dependencia de la imaginativa. Así vemos constantemente que si ésta se halla impedida, como sucede en el sueño, durante el cual esta potencia queda como sepultada; ó está desconcertada ó lisiada, como acontece á los locos; ó totalmente perturbada, cosa frecuente en los ébrios y furiosos; se encuentra la razón imposibilitada de ejercer el acto de la intelección y del raciocinio, y por lo

tanto la voluntad, falta de luz, no acierta á ver, y privada de guía no sabe dar un paso, y queda por lo mismo impedido el ejercicio de su libre albedrío.

Con esta luminosa doctrina á la vista, se comprende sin dificultad cómo el demonio, sin tener intervención directa sobre la voluntad, puede, sin embargo, aunque indirectamente impedir su libre ejercicio, poniéndole á su paso un obstáculo insuperable.

Y este es precisamente el sentido en que dice el Angélico Doctor en cien pasajes que puede el espíritu infernal no sólo inducirnos, sino obligarnos á cometer una acción mala y pecaminosa por su naturaleza, no siendo en este caso responsables de la perpetración de esta maldad, por faltar entonces una condición indispensable para la moralidad de los actos humanos que es la libertad. En este supuesto y bajo esta presión, cuanto hagamos vendrá á ser un acto del hombre, jamás un acto humano. Véase como se explica el Santo Doctor: «Puede el demonio por su virtud propia y natural, á no impedirlo Dios, inducir necesariamente á alguno á cometer una acción de suyo pecaminosa; aunque jamás puede obligarnos á pecar. Lo cual aparece claro y evidente al que reflexiona que por medio de la razón resiste el hombre á todo lo que inducirle puede al pecado; privado pues de esta arma defensiva, encuéntrase imposibilitado por completo de lidiar y de salir triunfante en esta lucha desigual y es irresponsable de un acto que no ha estado en su mano impedir; y como el demonio puede de tal manera ligar el uso completo de la razón por el señorío que sobre la imaginación ejerce y sobre el apetito sensitivo, como se vé en los energúmenos; síguese necesariamente que

en estos casos puede el espíritu infernal violentarnos y forzarnos á cometer una acción de suyo mala y perversa. Pero entonces, mientras duren este encadenamiento y estas ataduras de la razón, cuanto haga el hombre no se le puede imputar á pecado, por obrar en estas ocasiones como animal y no como hombre, pues en razón de tal constitúyese por la inteligencia, que es la línea divisoria y la que le separa de los animales brutos.» (1)

Es digno de notarse que Santo Tomás, conforme con su constante mentor San Agustín, advierte cuantas veces trata de esta materia, que los demonios no siempre pueden hacer todo aquello para lo cual les faculta su naturaleza, porque existe un poder superior que pone límites con frecuencia á su virtud y eficacia; y que refrena su osadía, y pone coto á su voluntad depravada que les inclina constantemente á hacernos todo el daño posible. Por esto se nota en todos los textos aducidos que añade las siguientes ex-

(1) «*Respondeo dicendum quod diabolus propria virtute, nisi refrenetur á Deo, potest aliquem inducere ex necessitate ad faciendum aliquem actum qui de suo genere peccatum est; non autem potest inducere necessitatem peccandi. Quod patet ex hoc quod homo motivo ad peccandum non resistit nisi per rationem; cujus usum totaliter impedire potest movendo imaginationem et appetitum sensitivum, sicut in arreptitiis patet. Sed tunc ratione sic ligata, quidquid homo agat, non imputatur ei ad peccatum.*» *Summa Theol.* 1.^a 2.^a quæst 80 art. 3.^o

Sic ergo, dice en otra parte el Santo, *daemones facere possunt ut homines non discernant species a rebus, in quantum, Deo permittente, perturbant interiores vires sensitivas, quibus perturbatis, ligatur usus rationis humanae, quae indiget praedictis viribus ad suum actum, sicut patet in arreptitiis: ligato autem usu rationis, nihil imputatur homini ad peccatum, sicut nec bestiae. Unde secundum hoc diabolus non erit causa peccati, etiam si sit causa actus qui alias esset peccatum.*» *De Malo quæst.* 3. art. 3.^o ad 9m.

presiones: «*Deo permittente,*» «*nisi refrenetur a Deo,*» «*non tamen semper hoc facere permittuntur.*» (1) Con lo cual se prueba la especial providencia que Dios tiene de los suyos, y que si á veces afloja la cadena al demonio, por lo general lo hace en castigo de los que por sus pecados se le sujetan libremente ó porque tienen con él tratos ilícitos y reprobados, y permite que sientan todo el rigor de su bárbara tiranía.

De todo lo dicho en este artículo se deduce lógicamente que las potestades del infierno mueven á veces físicamente nuestros miembros y los fuerzan á cometer una acción criminal, por más resistencia que oponga la voluntad; y que á veces nos quitan indirectamente hasta la facultad y el poder de resistir á sus sugerencias malignas, privándonos indirectamente del uso de la libertad, obnubilando la razón é impidiendo y haciendo imposible su ejercicio con el trastorno completo que en la imaginación causan; que ambas cosas están al alcance de su poder superior al de todos los seres naturales; y que finalmente el hombre, si no ha dado causa á esta cruel tiranía sobre él ejercida en estas ocasiones por Satanás, no comete pecado formal, cuando se ve arrastrado y necesitado á perpetrar estos delitos y estas acciones criminales por un poder al que no le es dado resistir.

Admitidas estas verdades muy en armonía con la fe y la ra-

(1) «*Dicendum quod sicut Augustinus dicit in libro de Trinitate: «Multa daemones possunt virtute suae naturae, quae non possunt propter prohibitionem divinam.» Dicendum est ergo quod daemones possunt virtute suae naturae phantasmata perturbando totaliter intelligibilem cognitionem hominis impedire, sicut patet in arreptitiis. Non tamen semper hoc facere permittuntur.» De Malo. quaest. 16. de Daemonib. art. 11. ad. 10um.*

zón, y fundadas además en la naturaleza misma de los espíritus infernales, fácil es dar solución al problema por demás intrincado de la sugestión *á plazo fatal*, sobre cuya explicación hállanse perplejos los mismos hypnólogos, habiendo excogitado mil teorías absurdas que, lejos de aclarar el enigma, lo oscurecen y complican. Mientras los médicos no saben qué decir de la producción inaudita hasta nuestros días de fenómenos físicos por la sola voluntad del operador, y no pueden darse razón de cómo ésta obra, aún pasado el período de la hypnósis; para el católico que cree en la existencia de los demonios, y en su voluntad depravada, y en su ingerencia en nuestros negocios con la dañada intención de perdernos, y en la posibilidad de su intervención maléfica provocada por tratos ilícitos y reprobados por Dios, llamados por San Agustín *contratos* y por Santo Tomás *pactos* con potestades infernales, el enigma se descifra con suma facilidad y el problema se resuelve casi por sí mismo y sin el menor esfuerzo.

En efecto la Iglesia ha creído siempre en la posibilidad de esta intervención diabólica, permitida por Dios en sus altos juicios; y apoyada en la autoridad de los Santos Padres, ha confesado la existencia de este misterio de iniquidad y la realidad de estos contratos inícuos verificados entre los hombres perversos y el padre de la mentira, el diablo. En estos pactos establécese una consigna mediante la cual pónese el demonio al servicio del que le invoca y se le sujeta, y á trueque y como en compensación de esta incalificable servidumbre por parte del hombre, comprométese él á ser instrumento suyo para los efectos maravillosos que pretenda producir, siempre que se ponga la señal convenida de antemano.

No siempre son explícitos estos pactos; basta para el objeto la invocación, llamada implícita por los Teólogos, la que consiste en pretender producir efectos superiores á las causas empleadas para su producción ó completamente inútiles para el caso. Entonces el diablo se vale de aquéllas como de signos con los que se pretende é invoca indirectamente su cooperación. Sabe perfectamente el hombre que se vale de aquellos medios, ser éstos ineficaces para obtener el resultado apetecido, no espera por lo tanto de ellos esa virtud, que le consta no tener, y que no obstante resultan aptos solo por la intervención diabólica (1).

En todos estos casos es claro que, puesto el signo convenido y pactado, ocurre lo que siempre sucedió en las obras de magia y prestigio, es decir que el demonio cumple con lo pactado interponiendo su poderosa influencia y extraordinaria eficacia para producir lo que pretende el que con él pactó. Presupuesto este contrato, bien sea explícito bien implícito, es la cosa más natural del mundo que el espíritu infernal se acomode á la voluntad del prestidigitador, llámese *medium*, hypnotizante ó como se quiera, y, según lo convenido, finja que es el operador el que obra estos prodigios por medio de la sugestión, de la fascinación, de soplo ó de una palabra imperiosa. Y como al demonio le es indiferente el producir estos efectos durante el estado hypnó-

(1) «*Et ideo, dice Santo Tomás, hujusmodi ars (la de la vana observancia) non utitur his ut causis, sed ut signis; non autem ut signis divinitus institutis, sicut sunt sacramentalia signa. Unde relinquitur quod sint supervacua signa, et per consequens perlicita ad pacta quaedam significationum cum daemonibus placita atque foederata.*» *Sum. Theol. 2.^a 2ae. quaest. 96 art. 1.^o*

tico ó diferir su intervención para el plazo que se le antoje al hypnotizante señalar, siguese lógicamente que suspenderá su acción é influencia hasta diez, veinte ó treinta días, en una palabra, hasta que no llegue el plazo preciso y el momento señalado por aquél á cuya voluntad se sujetó y cuyos caprichos determinó satisfacer el demonio, según lo estipulado en el infame contrato. En el momento preciso en que se ha convenido, apodérase el ángel de las tinieblas de los miembros del miserable embaucado, que no sin culpa sujetóse á la acción hypnótica, ó trastórna la imaginación, y tórna como maniático, y fuérsale á ejecutar la orden sugerida por el operante en el sueño hypnótico. Ambos modos de obrar hemos probado ya suficientemente hallarse dentro de la esfera de la actividad diabólica, y puede emplearlos, con permisión de Dios, en castigo de los osados á entrar en relaciones vedadas con el enemigo jurado del género humano.

A más de uno de nuestros lectores se le habrá ocurrido la duda de que no siempre ni en todas las ocasiones precede semejante pacto, ni es fácil designar cómo y cuándo se convino este signo con el demonio, pues sucede con frecuencia que ni hypnotizado ni hypnotizante soñaron en su vida en trabar relaciones con las potestades del averno. Facilísima es la aclaración de esta duda, atendido á que según hemos afirmado, siguiendo en ello la opinión y el parecer común de los teólogos y moralistas, no es de absoluta necesidad el pacto explícito con el demonio, sino que basta el tácito ó el implícito. Y éste se encuentra en los casos de espiritismo ó hypnotismo, cuando el sujeto exige de una causa impotente por su naturaleza, una mirada por ejemplo, un soplo, un pomo de latón, un tic tac, etc. etc., un efecto inmensa-

mente superior á sus virtudes naturales, como lo son en su mayoría los que se realizan por el espiritismo é hypnotismo; porque constándole ó debiéndole constar la ineficacia de estos medios para los fines á que se les aplica, es lógico deducir que espera y tácitamente invoca otra causa superior, otro agente más poderoso en cuya mano esté el realizarlos. «Así ocurrió siempre, dice el P. Franco (1), en las obras prestigiosas de los tiempos antiguos. Los inventores de ellas usaron sacrificios ó formales invocaciones para pactar con el diablo: y los sucesores se valieron de la invención, usando los signos que veían eficaces para producir los efectos preternaturales. Esto que sucedió con los prestigios de la antigüedad, sucede con los presentes y también con el hypnotismo. Dios sabe quien formó el primer pacto diabólico, si Mesmer ó sus maestros: pero todos implícitamente lo aprobaron y aceptaron al pretender los efectos magnéticos por medios ineptos; lo cual es, según la doctrina católica, recurrir realmente, aunque de un modo implícito, al demonio.»

Nos parece haber demostrado que las teorías é hipótesis inventadas por los espiritistas é hypnólogos para explicar los múltiples y complicados fenómenos observados en la magia moderna, adolecen de un vicio radical que es la impotencia moral ó física para la producción de semejantes efectos, superiores á las causas que se les asignan, hemos apelado á la intervención directa de las potestades del infierno para dar cima á tan complicados problemas, hemos aplicado á ellos el criterio católico; y hánse desvanecido como el humo las dificultades, y como si hubiera penetrado un foco potente de

(1) *El Hypnotismo puesto en moda.* pág. 330.

luz en esta lóbrega oscuridad, todo tornóse claro y luminoso, y los hechos aparecen inteligibles y lógicos, y hallan en esta solución una explicación plausible y satisfactoria; al paso que en las otras teorías todo es oscuridad y misterio, todo son dudas y tinieblas palpables, ya que no queremos llamarlas absurdos patentes y monstruosos.

Cuando una llave se mueve sin tropiezo en una cerradura, abriendo y cerrando cuantas veces se la aplica, es señal infalible de que está en relación con el secreto de esta y que es la verdadera llave, y desechadas las demás que vemos no servir para el caso, nos quedamos con la que hemos descubierto ser á propósito para nuestro intento. Así también, cuando una hipótesis ya sea física ya matemática ó de otro género cualquiera, explica perfectamente los casos y problemas sujetos á su análisis y disuelve las dificultades y tropiezos que en su paso se le atraviesan, señal cierta y segura es de ser la hipótesis verdadera; esto es lo que hemos intentado probar en esta serie de artículos, y creemos que las razones aducidas, no de nuestra cosecha, sino sacadas del tesoro inagotable de la doctrina del Angélico Preceptor, demuestran claramente ser la intervención de los demonios la única hipótesis admisible para la explicación racional y lógica de todos y cada uno de los fenómenos del espiritismo é hypnotismo, y con ella se desvanecen todas las dificultades inexplicables en cualquier otro sistema, que presenta tan intrincado problema.

XVII.

EFECTOS DESASTROSOS DEL ESPIRITISMO Y DEL HYPNOTISMO, ASÍ EN EL INDIVIDUO COMO EN LA SOCIEDAD.—SU ENEMIGA CONTRA LA VERDADERA RELIGIÓN.

Investigada ya la verdadera causa del espiritismo, resta decir algo sobre sus principales efectos. No necesitaré esforzarme para evidenciar las funestísimas consecuencias que se originan de la práctica y uso del espiritismo y del hypnotismo, y los gravísimos males que amenazan al individuo y á la sociedad, sino se pone coto por quien puede y debe al prurito, cada día creciente, de consultar á los espíritus y de acudir á los experimentos hypnóticos con el pretexto de sanar de las enfermedades nerviosas, ó por mera curiosidad ó novelería. Nuestro Señor ha dicho que un árbol malo no puede dar frutos buenos; que fué decir: una mala causa debe por necesidad producir malos efectos. De aquí puede inferirse qué resultados podrá dar la intervención diabólica en nuestros asuntos, y qué utilidades reportará la humanidad de esa nueva manifestación del poder de las potestades infernales, sabido como es el odio encarnizado que profesan los espíritus malos á los que están llamados á ocupar los asientos de que ellos fueron lanzados por su insubordina-

ción y rebeldía. Males sin cuento para el individuo, males gravísimos para la sociedad y males de suma transcendencia para la Religión. Hé aquí la síntesis y el resultado final de la práctica y ejercicio del espiritismo y del hypnotismo.

Para nadie son ya un misterio la misantropía, el carácter sombrío y taciturno, el tedio y el fastidio de la vida, la propensión á la locura y al furor, y la marcada tendencia al suicidio, llevado á las vías de hecho en muchas ocasiones, que engendran el espiritismo y el hypnotismo, según confesión de los mismos médicos hypnófilos, en el ánimo de los que á tan abominables á la par que ridículas prácticas se entregan. (1) Todo lo cual se halla plenamente confirmado por el testimonio de los más notables espiritistas que son como los sacerdotes y profetas de esta nueva reli-

(1) Véase como se expresa sobre esta materia el citado Cardenal de Sevilla, Emmo. Sr. Ceferino, en su *Filos. elem.* tom. 2. pág. 245. not. «Lo que no todos saben, dice el renombrado filósofo dominicano, es que son bastante frecuentes y numerosos los casos de demencia y suicidio que deben su origen al magnetismo y especialmente al trascendental ó espiritista: *«Les journeaux des Etats-Unis, rapportent sans cesse des cas de suicide ou de folie amenés par ce commerce avec les esprits.»*

«On lit dans *«le Courier and Inquirer»* du 10 mai: «Six personnes ont été admises à l'hospital de fous de l'Etat d'Indiana le mois dernier: la cause est attribué aux esprits fappeurs.»

«Daus *«le Herald»* du 30 avril, on lit que «M. Junius Alcott citoyen respectable d' Utica, s' est pour la même cause volontairement précipité dans une roue de moulin, qui l' a instantanement broyé.»

«*Le Convier and Yuquirer»* du 18 Juin dit que «chaque jour les journeaux rapportent des exemples de cette horrible influence.» *Bizonard tom. 6. pág. 157.*

gión. Dupotet (1.), d'Orient (2.), Gauthier (3.), Charpignon (4.), Billot (5.), y otros han dejado consignado en sus obras sobre el espiritismo, que todos estos fatales resultados son frecuentísimos en los que acuden á consultar á los espíritus y se dejan regir por sus fatídicas respuestas.

Un hecho de no lejana fecha, publicado por los periódicos de la Côte de Madrid correspondientes á la primera quincena de Abril del año 1877, ha venido á confirmar lo que era ya una creencia general. «El espiritista Sr. Gassó acaba de asesinar á su hija Doña Blanca de Gassó y Ortiz, y despues de perpetrado tan horrendo crimen, con la misma arma con que cometiera parricidio tan execrable, consumó la obra empezada poniendo fin á sus días con un infame suicidio.» (6) Que las ideas espiritistas han debido influir grandemente en este doble atentado incalificable, lo indica bien claramente «El Imparcial,» que, al reseñar los espantosos crímenes cometidos en la calle del Caballero de Gracia la mañana del 6 de Abril, decía del infeliz parricida y suicida á la vez, que «se había consagrado en este último período de su vida al estudio del espiritismo, cuyos problemas

(1) *Essai sur l'enseignement philol, du magnet.* A tal punto llega el fanatismo de Dupotet, que llama héroes y felices á los que se dan la muerte, movidos por los espíritus. Hé aquí sus palabras textuales: *Tont ce qu' il y á de généreux on ce tue, ou envie de se tuer. Heureux ceux qui meurent d' une mort prompte, d' une mort que l' Eglise reprouve.*

(2) *Accomplissement des prophéties* tom. 3.

(3) *Essai prat.* pág. 512.

(4) *Psicolog.* pág. 306.

(5) *Recherches* tom. 2. pág. 259.

(6) «La Correspondencia de España» del día 5 de Abril de 1887, citada por el «Siglo futuro» del 6 del propio mes y año.

influyeron sin duda en su carácter, que se tornó, de expansivo y familiar, en sombrío y desconfiado. Sin embargo su trato era afable y sus cualidades morales revelaban en todos sus actos pusilanimidad y timidez, que parecían hallarse en contradicción con sus condiciones físicas.»

Análogos son los efectos producidos por el hypnotismo, según confiesan su fundador el inglés Braid (1), su restaurador Charcot (2) y los hypnólogos que gozan de más fama entre los de la secta como Pablo Richer (3), Zanardelli (4), Figuier (5), Donato (6) y otros. Un capítulo entero dedica el hypnotizador Zanardelli á la descripción de los peligros del hypnotismo; y entre otras cosas dice: «Corren gran riesgo los que frecuentan los experimentos hypnóticos de sufrir ataques de sangre á la cabeza ó al corazón, la pérdida de la respiración y de la voz, sofocaciones, convulsiones y síncope» (7).

El insigne Dr. Grasset médico afamado y eminente publicista francés dedicado especialmente al estudio de las enfermedades neurálgicas, afirma resueltamente que «si se toma un individuo de buena salud y se le adormece por el procedimiento hypnótico repetidas veces; de un simple nervioso se hará un neurapático, después un histérico y frecuentemente un loco.» (8)

(1) *Neuripnolie* págs. 18 y 52.

(2) Citado por el P. Franco en el «Hypnotismo puesto en moda» pág. 168.

(3) «*La grande historie*» pág. 794.

(4) «*La verità sull' ipnotismo, rivelazioni.*» pág. 28.

(5) «*Storia del Maraviglioso.*» tom. 3 pág. 239.

(6) *L'ipnotismo svelato.* pág. 10.

(7) En la obra y página citadas.

(8) Este testimonio está tomado de Vizioli en su «*Re'azione*»

El médico alienista Dr. César Lombroso, testigo presencial de muchos experimentos verificados en Turin por el hypnotista Donato, refiere con minuciosos detalles hasta diez y seis casos de enfermedades graves ocurridas á otras tantas personas de todas edades, clases y condiciones, de resultas de haberse prestado á la acción hypnótica; y concluye su larga relación con esta especie de corolario: «Por lo tanto las consecuencias más frecuentes que produce el uso del hypnotismo son: la continuación, aunque atenuada, del grande acceso provocado de neurósis hypnótica, el estado de sonambulismo ó semi-sonambulismo, la propensión marcada á volver á caer en él por ligerísimas causas, la tendencia casi insuperable á imitar los actos y gestos de los circunstantes, llevaba hasta la exageración del Miriachit, las convulsiones, la locura, la debilidad mental, la pérdida de la memoria» (la amnesia). (1)

Si tan desastrosos efectos produce el espiritismo en el individuo, son, si se quiere, mayores los que causa en la sociedad. ¿Quién en efecto ignora que allí donde ésta abominable secta adquirió mayor auge y llegó á mayor pujanza, (en los Estados Unidos) logró con las revelaciones de sus espíritus que no hubiese matrimonio en paz, ni familia sin rencillas y disensiones, llenando además las calles de crímenes, los manicomios de locos, los cementerios de suicidas? Quién no sabe que el mal llegó á tal extremo, que alarmó con razón al Parlamento, hasta el punto de que se viera obligado á intervenir, como de hecho intervino, para

sull'operato del Consiglio superiore di sanità.» pág. 147.

(1) *Studii sul'Ipnotismo.* págs. 20 y 24.

atajar en su impetuoso camino los funestos trastornos que en aquella república diariamente se reproducían? Quién no ha oído decir que, más ó ménos según su extensión, en todas partes causaron los mismos efectos las visiones fantásticas, los ruidos misteriosos, las revelaciones de los *mediums*, las evocaciones de los espíritus y todo el conjunto de supersticiones y brujerías, en que consiste la estúpida, feróz y abominable nigromancia moderna? Quién no ha leído las discordias mortales, las disensiones perpétuas y los ódios profundos que por todas partes ha sembrado esa superstición tan perniciosa?

El ilustrado y sabio Matignon describe admirablemente los daños causados á la sociedad por la comunicación con los espíritus en su obra titulada: «*Les morts et les vivants*», pág. 97. Oigamos tan autorizado testimonio: «Dícese, son palabras del autor citado, que el espiritismo nos pone en las manos el medio de conocer los sentimientos interiores de amigos y extraños. Pero, ¡ah! qué instrumento tan perjudicial! ¡qué espada de dos filos tan aguzada! Y quién es capaz de comprender los daños que puede ocasionarnos! Reparad los estragos que puede ocasionarnos! Reparad los extragos que puede causar á las afecciones más santas y puras.... Un amigo, por ejemplo, concibe una duda más ó menos fundada sobre la fidelidad de su amigo; vá á consultar á los espíritus, y éstos le confirman en sus dudas. Ved aquí dos corazones separados para siempre!

•«Empero aun puede tener esa comunicación con los espíritus un desenlace más fatal... Una sospecha atraviesa la imaginación de un esposo; corre á interrogar á una mesa ó á un *medium* cualquiera, y al instante el misterioso inter-

locutor le saca de sus vacilaciones pronunciando el sí fatal.

«¿Quién no se estremece ante la sola consideración de los males que va á causar esa terrible respuesta...? El rompimiento entre dos esposos, la desunión de la familia, calumnias atroces, ódios implacables... Ved aquí los frutos amargos que producirán y que por desgracia han producido ya (1), estas conversaciones con el otro mundo. No creo se me pueda tachar de visionario, si me atrevo á pronosticar que el espiritismo constituirá uno de los más sérios peligros que amenazar pueden al orden social, si consigue aclimatarse entre nosotros y llega á obtener una general aceptación.»

Tampoco en este orden son más sazonados y saludables los frutos producidos por el hypnotismo, sino quizás más amargos y de más funestas consecuencias. Una ligera observación bastará para poner en claro y evidenciar esta afirmación. El hypnotismo, miserable y desdichado engendro del mesmerismo y hermano legítimo del espiritismo háse atrevido á más y ha ido más allá que sus ascendientes, y ha aplicado la segur al corazón mismo del árbol social y ha minado por su base los principios en que este descansa. De una plumada ha borrado la libertad y la conciencia humanas, fundamento sólido é indispensable de todo orden social y re-

(1) El P. Perrone refiere, en confirmación de lo que se indica en el texto, el hecho siguiente, que dice ha sucedido en nuestros días: «Un Norte-Americano desheredó á siete hijos que había tenido de su mujer, por haberle revelado un espíritu que eran fruto de adulterios por ella cometidos. Si era verdadero ó falso lo que aseguró el espíritu, solo Dios la sabe.» Prelec. teol. pág. 314. El ya citado Bizonard en un capítulo titulado «Peligros del espiritismo» enumera muchísimos casos de daños enormes causados por este medio infame.

ligioso, y sin el cual no es posible, ni concebir siquiera la sociedad cualquiera que sea el estado en que se la considere, convirtiendo al hombre en un *autómata*, en una *máquina viviente*, en un *mecanismo*, en un *esclavo inconsciente*, para que haga de él cuanto le plazca el hypnotizador. Este es el lenguaje común y corriente entre todos los hypnólogos. Para no multiplicar textos, aduciremos solamente el del doctor Seppilli, eco fiel en esta parte de todos los aficionados á esta nueva manifestación de la magia moderna. «El individuo hypnotizado, dice, se asemeja á un *autómata*, á un *mecanismo* vivo, que obra, sin discrepar un ápice, según los impulsos exteriores, que á manera de resorte le ponen en movimiento; por esta cualidad puédense facilísimamente provocar en el hypnotizado á voluntad y capricho del operador, y valiéndose de ciertas excitaciones en los órganos sensitivos, una série innumerable de fenómenos, desde los más simples á los más complicados, en todo el radio de la actividad cerebral, los cuales quedan comprendidos bajo la nomenclatura de sugerencias hypnóticas.» (1)

Preciso es estar completamente ciego para no ver los funestísimos trastornos que en el orden moral y social hánse de seguir necesariamente de este desposeimiento y de esta entrega de la libertad y de la conciencia en manos del que de ellas quiera abusar. ¿Quién es capaz de contar los males sin cuento y de la mayor gravedad, que pueden surgir del hombre que obra sin conciencia de lo que hace y que se convierte en animal bruto, privado de la razón que le hace hombre?

(1) Revista sperimentale di freniatria é di medicina legale de Reggio Emilia números, 2 y 3 correspondientes al año 1885 página 325.

Hay fiera más terrible que el hombre, cuando puñal en mano, acomete á todo el que se le pone delante, y no es posible hacerle entrar en sí por haber perdido el juicio? Hay crimen, hay horror que se escape á su actividad puesta á disposición de un criminal, de un malhechor de oficio? Quién no conoce que la práctica del hypnotismo, vuelta hoy facilísima y vulgar, puede ser una arma terrible y de filo muy aguzado, manejada por séres repugnantes que viven del robo, de la rapiña, del asesinato, de la violación, del sacrilegio y de mil y mil otros crímenes cometidos con la mayor sangre fría? Sin necesidad de apelar á los malhechores de profesión, á cualquiera se le alcanza la gravísima tentación que sentirá de valerse del hypnotismo, puesto casi al alcance de todos, el que impulsado por uua pasión vehemente no sepa contenerse y quiera á todo trance satisfacerla, no hallando otro medio adecuado de lograr su intento depravado. Puédense por esta arte maléfica y durante el sueño hypnótico arrancar del paciente secretos íntimos capaces de comprometer la honra y la buena fama de toda una familia bien reputada en la ciudad; el honor de una joven estará á merced de un hypnotizador apasionado, ó del que con este se halle en secreta inteligencia, quién podrá ajarlo villanamente con la mayor facilidad del mundo, sustrayéndose quizá á la acción de los tribunales (1); escrituras, letras de cambio, contratos ma-

(1) Para que no se nos llame exagerados, visionarios y pesimistas, vamos á trasladar aquí lo que á este propósito refiere el P. Franco «Mientras escribimos, dice, estas líneas, nos anuncian los diarios franceses un hecho que está viendo en los tribunales, acerca de una desgraciada joven de distinguida familia, vilmente ultrajada por medio del hypnotismo, con circunstancias que ponen los pelos de punta. Trasladó á las mu-

trimoniales, testamentos, falsas delaciones, denuncias criminales, pueden por este medio ser sugeridos por quién se valga de un hábil hypnotizador para el logro de su intento, en la seguridad de que serán ejecutados sin discrepar un punto por aquel que, desposeído de su libre albedrío, se ha entregado en poder de un embaucador, que tan mal uso hace del depósito que se le confiara. (1)

Y si entramos en el terreno de las sugerencias llamadas à *plazo fatal* ¿quién es capaz de calcular las innumerables aplicaciones que de ellas puede hacer un estafador con detrimento de la paz doméstica y con perjuicio de la hacienda, de la honra, del crédito, del buen nombre y demás bienes inapreciables de los hombres constituidos en sociedad?

En atención á todos estos gravísimos peligros del orden moral y social, además de las consideraciones que se merecen los daños que pudiéranse inferir por el hypnotismo á la salud pública y privada, varios Consejos Sanitarios y Academias Científicas han aconsejado á sus Gobiernos respectivos la prohibición en sus estados de las prácticas y del ejercicio del hypnotismo, habiéndolo en efecto verificado los

chachas y á los padres.» *El Hypnotismo puesto en moda.* pág. 281 en la nota segunda.

(1) También son del P. Franco las siguientes líneas que confirman plenamente lo que veníamos diciendo: «Es raro por cierto son palabras del autor citado, «que mientras estamos escribiendo estas líneas nos vengán á la mano las siguientes del *Giorno* de Florencia: «Telegrafian de Roma á *L'Italia*: El Procurador del Rey solicitará la necesaria autorización para procesar al diputado Catello Fusco, catedrático de Nápoles, por haber arrancado mediante el hypnotismo al sacerdote relajado Pablo Conti la declaración escrita de un robo imaginario, para presentarlo como documento de prueba al tribunal.» Obra citada pág. 66.

gobiernos de Austria, Italia, Alemania, Suiza, Dinamarca y Bélgica en fechas muy recientes, alarmados con razón en vista de la palabra autorizada de sus principales notabilidades científicas, que han dado la voz de alerta y han probado de un modo evidente los males sin cuento que á la sociedad pudieran sobrevenir consistiendo el libre ejercicio de las prácticas hypnóticas.

Tambien en nuestra España han llamado la atención del pueblo fiel y puesto en guardia á nuestro desdichado Gobierno, tan condescendiente en esta materia con mengua y menoscabo de los intereses sagrados confiados á su vigilancia y cuidado, los dignísimos Señores Obispos de Madrid—Alcalá y de Barcelona en pastorales llenas de erudición y de celo por la pureza de la fé y de la moral cristiana, publicadas ambas en el mes de Marzo del corriente año. En ellas se patentizan de un modo claro y palpable los daños de trascendencia suma que seguiránse á nuestra infortunada nación en el orden moral, social y religioso, sin contar los riesgos para la salud, de no ponerse coto y eficaz remedio á este prurito que se ha despertado de poco tiempo á esta parte de acudir al hypnotismo, ya como espectáculo curioso, ya como medio terapéutico para curar cierta clase de dolencias (1.)

(1) No deja de chocar que en nuestro país desmoralizado por el liberalismo, el masonismo y la revolución se hayan hecho de moda las prácticas hypnóticas, precisamente cuando se hallaban ya desacreditadas en las naciones donde más furor hizo por algún tiempo esta nueva manifestación del poder de las tinieblas, y que se haya refugiado este engendro del infierno en las casas de nuestra aristocracia, cuando la han despedido ignominiosamente de sus estados los Gobiernos tenidos por nuestros naciona-

Grandes son sin duda los males acarreados al individuo y á la sociedad por el espiritismo y su derivación el hypnotismo; empero son incomparablemente mayores los daños que infieren á la verdadera Religión: lo cual es una prueba mas de su pésimo origen é infernal procedencia. Me concretaré á indicar aquí los principales para no alargar demasiado este trabajo, que ya excede los límites en un principio propuestos. Uno de los efectos más perniciosos producidos por el espiritismo, es el apagar en sus adeptos todo sentimiento de piedad y de religión, apartándolos de los Sacramentos de la Iglesia, endureciéndoles el corazón, haciéndoles insensibles y sordos á todos los remordimientos de la conciencia, acostumbrándoles á mirar con la más fría indiferencia cuanto al negocio de su alma se refiere y tornándolos impíos é incrédulos en materias religiosas. El espiritismo sanciona y santifica todas las religiones; para con todas se muestra tolerante, excepto con la verdadera. Por esto con sus doctrinas induce á los que le consultan á abrazar el deísmo, el protestantismo, y hasta las prácticas paganas y las supersticiones gentílicas; jamás han aconsejado los espíritus á nadie que, abjurados los errores de su secta, entrase en el gremio de la Iglesia católica (1.) El espiritismo

listas por los más ilustrados y progresistas de Europa. Está visto que estamos condenados á tomar lo que las otras potencias dejan y á dar carta de naturaleza á lo que ellas, convencidas por una dolorosa experiencia, han desterrado de su territorio como perjudicial á la salud, á la sociedad y á la moral honrada, ya que no se quiera llamarla cristiana.

(1) El P. Pailloux cita en confirmación de lo dicho el testimonio nada sospechoso de Allan Kardec, Home y otros pontífices de la secta, que confiesan sin reparo que jamás salió nin-

mina por su base los principios fundamentales de la Religión, haciendo desaparecer la línea divisoria entre el bien y el mal, enseñando que las penas eternas y el infierno son un mito (1), y que buenos y malos han de llegar á conseguir indistintamente la eterna bienaventuranza, despues de pasar por una serie indefinida de ridiculas trasformaciones. El cielo de los espiritistas en nada difiere del prometido en el Koran de Mahoma á sus secuaces: es un lugar donde disfrutan las almas á su placer de toda clase de goces, deleites y voluptuosidades, sin excluir los más torpes y brutales (2).

Con enseñanzas de esta índole, es á todas luces manifiesto que se abre un anchuroso campo á la inmoralidad, á

guno de las sesiones espiritistas con ánimo verdadero de convertirs: á la Religión de Jesucristo. *Le magnetisme*. pág. 214.

(1) Véase sino el diálogo habido entre un espíritu evocado y los que le interrogaban, según lo refiere el espiritista Cahagnet: *Ou va-t-elle (l'âme) après sa séparation du corps—«Dans les lieux célestes—¿Qu'y fait-elle, boit-e'le, mange-t-elle?—Elle y satisfait ses affections—Ya-t-il des lieux bous ou mauvais?—Oui—Y brulet-on, comme ils le disent?—Ils disent ce qu'ils ne croient pas—Alors que fait-on dans ces mauvais lieux; y souffre-t-on? Ou y satisfait ses affections, l'on s'y trouve heureux.»* *Arcanes de la vie future*. 1848.

(2) Para que no se crea que exageramos, vamos á transcribir aquí en compendio las enseñanzas dadas por los espíritus en una de las evocaciones practicadas por el célebre *medium* Swedenburg. «*Ou s'égaré, on se proméne dans un paradis sous forme des champs Elyséens. Ou y contemple des bienheureux qui consomment leur temps en faits gastronomiques, des femmes qui amusent leur loisirs aux raffinements de la coquetterie, des savant on des ignorants qui se livrent á mille variétés d'études, et, ¿qui le croirait? jusqu'à l'étude des langues. Jonissons, jonissons, toujours.»* etc. Des Mousseaux, obra citada cap. 23 pág. 280.

la licencia y al desenfreno, contenidos malamente por el bien parecer ó por la honradez natural, y reprimidos de un modo eficaz solo por el miedo de los tormentos de otra vida ó por la esperanza de los premios prometidos á los que saben sobreponerse á los apetitos desordenados de la carne corrompida y tener á raya las pasiones insubordinadas contra la recta razón. ¿Quién será bastante á contener al hombre dentro los justos límites del deber, una vez roto el freno de la Religión que le sujetaba, y que con sus enseñanzas saludables y eficaces remedios le auxiliaba poderosamente para llevar el yugo pesado de la ley, y para llenar la misión importante de asegurar su eterna felicidad, misión nobilísima que trae todo hombre al abrir sus ojos á la luz de este mundo? ¿Quién será capaz de calcular los daños inmensos que á la Esposa de Cristo se seguirían de propagarse tan deletéreas doctrinas y máximas tan perniciosas? ¿Quién pondrá todavía en duda las tendencias abiertamente hostiles del espiritismo y de su congénere el hypnotismo contra la verdadera Religión?

Tambien en este órden, dejándose el hypnotismo de andar por las ramas, háse aplicado á socavar los principios radicales en que descansa la verdadera Religión y háse mostrado abiertamente hostil á la Esposa inmaculada del Cordero, la Iglesia Católica. Si nos atenemos á las enseñanzas de casi todos los hypnólogos, deberémos confesar que los éxtasis, los raptos y las visiones sobrenaturales de los Santos que venera la Iglesia en los altares no eran más que estados catalépticos ó epilépticos producidos por la hipnosis (1); y los milagros debidamente atestiguados y re-

(1) Por no multiplicar textos y por evitar á los lectores piadosos

conocidos por nuestra Santa Madre como una manifestación divina de la santidad del sujeto que los verificaba, eran fenómenos de la misma clase y categoría que los prodigios operados por los hypnotistas Hansen y Donato. Si damos oído á lo que dicen los hypnófilos de nuestros días, preciso será afirmar que las supersticiones, los prodigios de la magia negra y de la adivinación diabólica, los hechizos, los sortilegios y los maleficios condenados constantemente por la Iglesia Católica, y áun por los poderes civiles, cuando en sus mejores tiempos, mostrábanse protectores decididos de la pureza de la fé y de la sana moral, eran ni más ni menos que fenómenos hypnóticos, que ella en su ignorancia crasa desconocía por completo y *bárbaramente* castigaba por medio del *sanguinario* tribunal de la Inquisición. Fenómenos hypnóticos eran, según estos doctores de nuevo cuño, todas las obsesiones y posesiones diabólicas, que la Iglesia reconocía como tales, hasta las referidas á cada paso por los evangelistas y demás escritores sagrados, y curadas milagrosamente por nuestro Señor Jesucristo y por sus apóstoles. Fenómenos hypnóticos fueron, finalmente, en sentir de estos sábios á la moderna y al gusto de nuestra época

el disgusto de ver estampadas tantas y tan horribles blasfemias y necedades, solo aduciremos en confirmación de lo dicho la autoridad de Cullere, célebre hypnólogo, que en este punto no hace más que repetir lo que es corriente entre los modernos magos. «Entre los extáticos célebres, dice este autor extraviado, en quienes se encuentran todos los síntomas de la catalepsia ó de la letargia, deben citarse Santa Teresa de Jesús, Santa Isabel, Santa Margarita del Sacramento, María de la Encarnación, fundadora de las Carmelitas en Francia, y Magdalena de Pazzi.» Dr. A. Cullere, *Magnetisme et Hypnotisme*. Paris 1886, pág. 24.

infortunada; las profecías, las curaciones, las resurrecciones de los muertos, y demás estupendos milagros verificados por un Dios humanado en su paso por este mundo miserable.

Todo ello tiende, ahí es nada, á destruir con esta malhadada teoría la idea del orden sobrenatural y anular la evidencia y la luz esplendente que sobre nuestra debil razón derraman los motivos de credibilidad que hacen evidentemente creibles las verdades de nuestra Religión sacrosanta y que á tantos incrédulos, filósofos y gentiles han forzado á confesar ser ella la sola verdadera y la única que lleva grabadas en su frente las señales claras de su origen divino.

Y no se crea que éste es el lenguaje de alguno que otro entre los hypnólogos, movido quizá de su odio á la Religión y llevado de sus ideas naturalistas y de sus aficiones al racionalismo; nó, éste es el modo ordinario como se expresa la casi totalidad de los que, admiradores de los portentos del hypnotismo, se dedican á propagarlo y pretenden explicarlo sin querer salirse de la esfera de lo natural; y áun gran parte de ellos se obstinan en creer que es efecto de la materia pura cuanto se produce en esta clase de fenómenos, por demás raros y sorprendentes. Ahí están sinó, para que no nos dejen mentir, los principales patrocinadores de esta descabellada hipótesis, los corifeos del hypnotismo, los cuales todos cantan por un mismo diapasón. Ahí están los testimonios de Braid, Charcot, Zanardelli, Richer, Cullere, Seppilli, Figuier, Donato, Bourneville, Campili, Bochut, Regnard, Morselli, y otros y otros, cuyos textos nos excusamos de insertar, por no hacer interminable este trabajo y para evitar á los lectores la molestia de ver reproducidos tan

monstruosos dislates y tan horrendas blasfemias contra los más venerandos dogmas de nuestra Religión sacrosanta.

Solo harémos notar, para que se vea más claro la enemiga que existe entre el hypnotismo y la verdadera Religión, que la inmensa mayoría de los hypnólogos son materialistas, protestantes ó libre-pensadores, y que todos ellos patrocinan el hypnotismo, como un medio eficaz, en su sentir, para derrocar la columna inconmovible de la Iglesia, fundada por el mismo Dios hecho hombre, y que con dificultad se encontrará un solo hypnotista de profesión, que no se haya echado el alma á la espalda, como vulgarmente se dice, y no haya dado al traste con las prácticas y con los preceptos de la Iglesia católica y de la sana moral, y cuya ortodoxia y firmeza en la fé de los dogmas revelados no deje mucho que desear. Tal es el fin y el objetivo de esta nueva manifestación del poder de Belial, y ésta la síntesis de su perversa doctrina y de sus falsos dogmas; y sus tendencias mal encubiertas, ó manifestadas á veces claramente, no son otras que las de echar por tierra el culto del verdadero Dios, colocando en su altar demolido á Satanás, oculto tras los velos del naturalismo: en una palabra proclamar muy alto el poder de los agentes naturales, de la materia y del Dios-naturaleza, para hacer desaparecer todo lo que tenga sabor de sobrenatural y divino.

Preciso es confesar que el espiritismo y el hypnotismo son tal vez los más temibles enemigos y los sistemas más hostiles al catolicismo de cuantos han aparecido en los siglos pasados. Pues ellos son un pacto, una coalición de las potestades infernales con los hombres malos y perversos, para derrocar toda institución santa; son una sociedad te-

nebrosa que tiene por fin extinguir en nuestras almas la luz radiante de la fé y de la divina revelación; son el grito de rebelión lanzado por Luzbel en el empíreo, y continuado desde las profundidades del abismo, contra Dios y su Ungido; son, en fin, un instrumento diabólico inventado por Satanás en su despecho y rabia, para acabar con el individuo, con la sociedad y con la Religión; pues ésta es la divisa, éste es el lema escrito en grandes caractéres en su infame bandera: «*Guerra á Dios y á su Iglesia: Guerra á la sociedad y á los miembros que la componen.*»

XVIII.

EPÍLOCO Y CONCLUSIÓN.

Voy á resumir en pocas palabras cuanto llevo probado en este insignificante trabajo literario, reduciéndolo todo á los puntos siguientes:

1.º Si bien es cierto que en muchos de los casos he habido manifiesta colusión y fraude en los hechos que al espiritismo é hypnotismo se refieren; no cabe, sin embargo, duda racional de que otros muchos son completamente ciertos y ofrecen todas las garantías de verdad que desearse pueden.

2.º Ni en la teoría de los *flúidos*, ni en la de las *fuerzas latentes* de nuestra alma es posible encontrar la solución satisfactoria y completa del problema complicado del espiritismo; porque en este caso los efectos superarían la virtud de su causa productora.

3.º Por esta misma causa no puede el hypnotismo ser el generador de estos efectos maravillosos; pues las causas que se asignan para la hipnosis, tras de no estar todavía bien definidas, variando por completo los hypnólogos en señalar cuál es la verdadera etiología hypnogénica, sin haber podido ponerse de acuerdo sobre este punto tan esencial, las que comunmente se indican son de una eficacia muy reducida y de una virtud insignificante para la producción de

unos fenómenos de tal magnitud y de tales proporciones. ¿Quién, en efecto, puede conceder, discurriendo lógicamente, que un ruido, una mirada, el tic-tac de un reloj, un objeto brillante, un soplo y otros agentes análogos son capaces de producir un trastorno tan radical en todo el sistema fisiológico y en toda la economía animal del cuerpo humano, como se observa en los hypnotizados? Véase además claramente que esta enfermedad en su génesis, en su desarrollo y en su crisis ó terminación final presenta unos caracteres del todo distintos de las demás enfermedades, áun de las que más se le parecen, como son todas las que atacan el sistema nervioso y muscular. Es digno finalmente de notarse un síntoma peculiar y exclusivo de la hypnosis, cual es el aparecer y desaparecer esta enfermedad á gusto del consumidor, es decir, con estricta y absoluta dependencia del operador, lo cual es una prueba evidente de no ser los agentes empleados su verdadera causa, pues estos obrarían siempre y del mismo modo, dadas las mismas circunstancias, siguiendo las leyes que presiden á la eficacia y al modo de obrar de los seres naturales, lo cual se halla desmentido á cada paso en los experimentos hypnóticos. Adolece además esta hipótesis del vicio radical de asignar para efectos de un orden espiritual y preternatural agentes del orden puramente material y sensible, lo cual es un absurdo manifiesto y á todas luces evidente.

4.º Tampoco explica suficientemente los fenómenos espiritistas la hipótesis que apela á la intervención de las almas de los finados; ya porque éstas, una vez separadas del cuerpo que animaban, no pueden mover naturalmente otros cuerpos; ya también porque sería una blasfemia horrible

afirmar que Dios hace milagros por cosas inútiles, vanas, y hasta perniciosas: y que de milagrosa debiera calificarse tal intervención, probado queda con la doctrina del Ángel de las Escuelas.

5.º Tampoco es dable buscar la causa de las manifestaciones espiritistas é hypnóticas ni en la acción de Dios, ni en la de los ángeles buenos; pues gran parte de dichos fenómenos está en abierta contradicción con la santidad infinita del Sér Supremo y con la naturaleza de los espíritus celestiales, cuya voluntad está identificada con la de Dios. Repugna además que seres tan nobles se mezclen en asuntos de tan poca importancia, y dependan de la voluntad de un *medium* ó de un hypnotizador, casi siempre inmoral y de costumbres sospechosas por lo menos.

6.º No queda por lo tanto otra solución posible que la de atribuir á la intervención diabólica la producción de la mayor parte de los hechos y fenómenos del espiritismo y de su hermano uterino el hypnotismo. Esta teoría tiene á su favor la superioridad misma de los efectos en cuestión sobre todas las fuerzas del mundo físico, el ser una naturaleza inteligente y libre, en un grado de actividad incalculable, la que los produce, y poseer una voluntad depravada y perversa; todo lo cual es indispensable que reúna la verdadera causa de tamaños efectos.

7.º Compréndese sin dificultad la perversidad y malicia de los resultados que de tal intervención han de dimanar; pues una mala causa no puede producir efectos buenos. De la ingerencia de tales agentes en esta clase de fenómenos originanse multitud de enfermedades, demencias y suicidios en el individuo; trastornos, discordias, odios impla-

cables en las familias y en la sociedad civil; doctrinas perversas, rudos ataques y guerra á muerte contra la moral y el dogma de nuestra Religión sacrosanta.

En vista de tan funestos resultados, en atención á tan fatales consecuencias, y considerando los efectos de tanta trascendencia que contra el orden social, político y religioso se producen por el espiritismo y el hypnotismo, creemos que los hombres pensadores y todos los que estimen en algo su salvación eterna y aun su salud corporal, reflexionarán seriamente sobre tamaños peligros, sobradamente probables, y se mirarán despacio antes de ponerse en manos de un embaucador ó de un charlatán, que con tanta facilidad puede arrebatarnos bienes de tanta monta y ponerlos á riesgo de perder lo que hay de más estima en este mundo, la salud y la vida, la paz y la tranquilidad doméstica y la social y la política, y los destinos que nos están reservados mas allá del sepulcro en las regiones de ultra-tumba.

Vamos á concluir este insignificante trabajo, transcribiendo y haciendo nuestras unas palabras de la magnífica y bien pensada pastoral del Exmo. Sr. Obispo de Madrid sobre el hypnotismo, fechada el 19 de Marzo del año 1888. Dice así este insigne Prelado de la Iglesia Española: «La Sag. Cong. de la Inquisición universal, con aprobación del Papa Pio IX, dirigió el 4 de Agosto de 1856 una Carta Encíclica á todos los obispos del orbe católico, en la que ponderando la malicia de los hombres, que en vez de dedicarse al estudio de las ciencias, prefieren ocuparse en curiosidades y en gloriarse de haber descubierto el secreto de hacer augurios y de adivinar cosas futuras, con gran detrimento de las almas, de la piedad y de la sociedad civil,

manifiesta que, fascinadas *por el sonambulismo y la clara visión*, hay algunas mujeres (1) que pretenden ver cosas invisibles, pronuncian sermones sobre la religión, evocan las almas de los muertos, se encargan de responder á todo lo que les preguntan, descubren cosas ocultas y distantes y practican otros muchos actos supersticiosos de esa misma índole. Declárase en dicha Encíclica que cualquiera que sea la ilusión ó el arte con que se hagan esos fenómenos, como quiera que los medios físicos que se emplean con ese fin se ordenan á conseguir efectos que no son naturales, no cabe dudar que tales procedimientos encierran una divagación completamente ilícita y heretical, y además un escándalo contra la honestidad de las costumbres.

«Para reprimir eficazmente tanta iniquidad, sumamente perjudicial á la Religión y á la sociedad civil, se excita de un modo especial en dicho documento apostólico la solicitud, el cuidado y la vigilancia pastoral de todos los Obispos, encargándoles que con el auxilio de la divina gracia, y valiéndose de su caridad paternal, de severas amonestaciones y de los medios que prescribe el derecho, según las circunstancias de las personas, de los tiempos y de cada localidad, trabajen cuanto puedan y no perdonen sacrificio alguno para reprimir y extirpar los abusos del magnetismo á fin de que la grey del Señor se vea defendida contra el «hombre enemigo,» se conserve íntegro el sagrado depósito de la fé, y se preserven los fieles de la corrupción de las costumbres.

«Conocido ese fallo de la Santa Sede Apostólica sobre

(1) «La mayor parte de los ensayos que hacen los magnetizadores y los hypnotistas han tenido lugar en mujeres y doncellas jóvenes, circunstancias que da lugar á fundadas sospechas y desconfianzas.»

las prácticas del magnetismo, y resultando de él que, cuando se emplean medios puramente naturales para alcanzar fines sobrenaturales, ó para explicar estos físicamente, hay un engaño ilícito y herético, y que por lo tanto debe prohibirse el magnetismo revestido de circunstancias y formas supersticiosas y contrarias á la moral; practicándose el hypnotismo en sesiones públicas y en casas particulares, acompañado de esas mismas circunstancias y manifestaciones de adivinar los pensamientos, de transposición de sentidos, de hablar idiomas sin antes conocerlos, de ver la causa de las enfermedades internas, conocer su lugar, su desenvolvimiento, su duración y de señalar los remedios que han de aplicarse para curarlas: siendo fenómenos del hypnotismo, según sentir de los que lo propagan, la clara visión, la lectura de cartas y libros cerrados, el cumplimiento de órdenes mentales, ya se den de presente ó ya dentro de un plazo fijo, la perpetración de delitos sin responsabilidad criminal. por obedecer sus autores á una necesidad originada de la sugestión hypnótica, por mas que estén persuadidos que obran libremente y por propia deliberación; siendo también efectos del sonambulismo hypnótico el predecir los sucesos futuros, aunque dependan de una causa libre y contingente, (1) el conocer los secretos de las familias, el saber lo que de presente sucede en lugares distantes y el ver los objetos y personas que hay en una casa sin haber estado nunca en ella, señalando cómo y de qué manera están colocados los primeros y en que se ocupan las segundas; y fi-

(1) Ya hemos explicado anteriormente cómo y en qué ocasiones pueden predecirse esta clase de futuros por los espíritus infernales, apoyados en la autoridad del Doctor Angélico.

nalmente, dando lugar el hypnotismo á los mismos fenómenos que el magnetismo, y empleándose en uno y otro para producirlos los mismos medios, con insignificantes variaciones: ¿no es lógico y razonable deducir que pueden extenderse al primero la prohibición y reprobación que ha hecho la Iglesia del segundo? Así en el hypnotismo como en el magnetismo, ¿no se emplean medios físicos para conseguir efectos que no son naturales? ¿no se producen por ambos fenómenos, que son contrarios á las leyes psicológicas, éticas y fisiológicas, y á los principios axiomáticos en que descansa la certidumbre de la filosofía y demás ciencias naturales?...

«La razón teológica, de acuerdo con la sana filosofía, enseña que jamás es lícito valerse de un medio que por su naturaleza es malo, para conseguir un fin bueno; y aunque empleando el hypnotismo pudiera curarse una enfermedad y no hubiera en la ciencia médica otros recursos con que combatirla, nunca, jamás la malicia del medio hypnótico quedaría justificada por la bondad y licitud del fin. No se puede lícitamente poner á salvo la salud, ni la misma vida, con detrimento del orden moral y con riesgo seguro y evidente de perder la libertad, la conciencia, las facultades intelectuales y la propia personalidad, que son el fundamento de todos los actos humanos y las prerrogativas mas excelsas con que Dios enriqueció al hombre...

«De todo lo que llevamos dicho sobre el hypnotismo podréis conocer que cualquiera que pueda ser su importancia y su mayor ó menor utilidad como elemento terapéutico, no es lícito usar aquél en las condiciones peligrosísimas con que se ha manifestado, porque empleando medios físicos para

producir fenómenos que no son naturales, falta la proporción racional que debe haber siempre entre la causa y los efectos de la misma, y porque recibiendo éstos su forma de la causa que los produce y siendo los fenómenos de la hipnosis los mismos que los del magnetismo, parece deducirse, sin inferir violencia alguna al criterio lógico, que la causa de la primera debe ser igual, al menos específicamente, á la causa del segundo. Y como las prácticas magnéticas están condenadas por nuestra Madre Iglesia, por las circunstancias supersticiosas y heréticas que las acompañan; con mayor razón deberán tenerse por reprobadas las prácticas hipnóticas, toda vez que la persona que hubiera estado sometida á éstas, no puede salir de las mismas, dados los males físicos y morales que según los hypnógrafos producen, sin detrimento grave de su dignidad racional, sin rebajamiento de su conciencia, sin repugnante desorden en los afectos de su corazón, sin menoscabo de su libertad y sin grandes perturbaciones en todo su sér.

«Renunciad, por lo tanto, á los usos hipnóticos, que concebidos en el racionalismo y encubados en clínicas materialistas, gozan del funesto privilegio de volver locos á los hombres cuerdos, esclavos á los libres, criminales á los honrados, corrompidos á los honestos, enfermos á los que están sanos é impíos á los creyentes; huid de los peligros en ese nuevo elemento que, so pretexto de sanar los cuerpos, mancha la pureza de las conciencias (1) y causa la ruina espiritual de las almas. *Evitad*, os dirémos con el Apóstol, *la novedad*

(1) Los atentados contra el pudor y la violación son el crimen inherente al hypnotismo.» *La Tourette*, obra citada, pág. 490.

profana de las palabras y los males que se encubren bajo el nombre de una falsa ciencia (1), porque, como dice el sábio y elocuente Vicente de Lerins (2), esa soñada ciencia ha sido usada muchas veces para engañar, llamando á la ignorancia saber, á las tempestades tranquilidad y á las tinieblas luz.»

FR. JUAN VILÁ
Dominico.

Ávila.—Colegio de Santo Tomás.

(1) I. Timoth. cap. 6. 20.

(2) Commonit. I., 21.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
I. Introducción.	11
II. Variedad y clasificación de los fenómenos espiritistas.	17
III. Su realidad se apoya en testimonios irre- cusables.	23
IV. Teorías inventadas para explicar los fenó- menos del espiritismo.	33
V. La hipótesis de los flúidos no los explica satisfactoriamente.	41
VI. Tampoco la de las fuerzas latentes con- tiene la verdadera clave para la solu- ción del problema.	47
VII. El hypnotismo complica mas el misterio en lugar de aclararlo.	53
VIII. La fascinación.—Sus varias clases.—Nin- guna de ellas puede ser la causa ver- dadera de la hypnosis.	67
IX. La enfermedad hypnótica es innatural por su génesis, por su desarrollo y por su terminación ó curación.	80
X. Las almas de los finados no son ni pueden ser los verdaderos agentes de los fenó- menos espiritistas é hypnóticos.	93

XI.	La intervención de los espíritus celestiales tampoco resuelve el problema; es además injuriosa á su santidad y á su elevada misión.	105
XII.	La tesis católica, que atribuye á los demonios la causalidad de los efectos espiritistas é hypnoticos, es la única racional y admisible en todos los terrenos.	111
XIII.	Continuación de la misma materia.— Pruebas directas de la intervención del espíritu maligno en los fenómenos del espiritismo é hypnotismo.	119
XIV.	Mas pruebas sobre esta ingerencia de los ángeles caidos en los prodigios de la mágia moderna.	141
XV.	Prosigue el mismo asunto.— Poder de los espíritus malignos sobre la imaginación y sobre los sentidos exteriores del hombre.— La trasposición de los sentidos y la visión á través de cuerpos opacos.	159
XVI.	Intervención indirecta del demonio sobre nuestra voluntad.— Dos palabras sobre la sugestión, especialmente la llamada á <i>plazo fatal</i>	175
XVII.	Efectos desastrosos del espiritismo y del hypnotismo, así en el individuo como en la sociedad.— Su enemiga contra la verdadera Religión.	203
XVIII.	Epílogo y conclusión.	221

